



El club de los enigmas
Isaac Asimov

*Dedicado a Eric Protter
que me dijo: "¿Lo harías?"*

PRÓLOGO

Hace tres años (en momentos en que escribo este prólogo) Eric Protter, de la revista Gallery, me propuso que escribiese mensualmente un cuento de enigmas para dicha revista.

Vacilé. Gallery es lo que se conoce comúnmente como una revista para hombres y como todas las de su género, aunque no con tanta falta de gusto como algunas, es muy aficionada a la divina forma femenina, al desnudo. En principio no tengo objeción a tal cosa y he escrito artículos para Gallery y para otras publicaciones semejantes. Después de todo, nadie me obliga a leer nada que no me agrade, aun cuando aparezca en el mismo ejemplar que uno de mis artículos. Siempre puedo arrancar las páginas donde aparece mi artículo y abrocharlas con otras del mismo tipo, desechando, si lo deseo, el resto de la revista. Y si aparece una fotografía reveladora en el reverso de una página que contiene parte de mi trabajo, no tengo por qué mirarla. Y si la miro, no me voy a morir. (Estoy seguro.)

Mis artículos, no obstante, siempre trataban de temas científicos. Nunca me solicitaron que escribiese narrativa.

Así, pues, cuando terminé de vacilar, dije con gran cautela:

—Eric, como comprenderás, espero, no escribo literatura erótica.

¡Es verdad! ¡Es un tonto prejuicio que tengo! De vez en cuando escribo algún versito osado, pero sólo para hacer reír.

—Lo sé —me dijo Eric—. Sólo quiero cuentos de misterio escritos en tu propio estilo. Los quiero de unas dos mil palabras de extensión y además, que te detengas antes de llegar al final para darle al lector la posibilidad de solucionar el misterio antes que tu detective. Publicaremos el desenlace del cuento en otra página.

La idea me pareció interesante. El primer cuento salió bien, pero en definitiva, no aparecía en él un mayor dominio del género. Fue con el segundo, "Ningún refugio podría salvar" con el que pude hacer lo que me proponía.

Como siempre he deseado mostrarme ecuánime con mis lectores, les diré en qué consiste mi plan. Cada cuento comienza con una conversación entre tres viejos amigos en la biblioteca de un club de hombres. El cuarto es Griswold, que está dormido al comienzo del relato. Algo en el diálogo lo hace despertar y le recuerda una anécdota, que relata hasta el punto en que los otros tres hombres tendrían que ser capaces de resolver el enigma. Nunca lo consiguen y Griswold les da la respuesta.

Cuando Griswold llega al desenlace del cuento, el lector encontrará un indicador tipográfico (#) del hecho y tiene absoluta libertad para adivinar el desenlace antes de proseguir. Puede haber casos en los que este desenlace le resultará obvio. En otros el lector decidirá, indignado, que ningún ser humano podría haber resuelto ese rompecabezas, dada la escasez de elementos de juicio que se le han proporcionado. Puede haber otro que le haga pensar en retrospectiva, que debería haberlo adivinado y aplaudirá mi inteligencia al haber ocultado la respuesta sin incurrir en trampas. Podrá, en fin, decidir que al diablo con el cuento y desistir de

hallar la solución leyendo el final.

Cualquiera que sea la elección, espero tan sólo que un buen número de los cuentos le resulte interesante y que no lamente haber gastado dinero en la compra de este libro.

Una última advertencia. Tengo propensión a aparecer como si supiese toda clase de cosas ocultas sobre espías, departamentos de policía y operativos secretos del gobierno. Si el lector siente curiosidad por saberlo, la verdad es que no sé nada de nada de estos temas. Todo lo invento y si alguien fuese un experto y comprobase que en algunos aspectos cometo errores flagrantes... ¡la razón es la que acabo de dar!

NINGÚN REFUGIO PODRÍA SALVAR...

Aquella tarde de nieve los cuatro estábamos sentados en nuestro club y la conversación era casi calma porque Griswold dormía. Era cuando teníamos la seguridad de que la pelota del diálogo pasaba de uno a otro con máxima eficacia.

—Lo que no entiendo en este aluvión de historias de espionaje que nos invade hoy es para qué diablos sirven los espías en la actualidad. Los satélites espías que tenemos nos lo revelan casi todo —dijo Baranov.

—Ni más ni menos —comentó Jennings—. Además, ¿qué secretos quedan ya? Si haces explotar una bomba en una prueba nuclear, los monitores recogen la explosión. Tenemos cada una de las instalaciones enemigas conectadas con un misil pronto para disparar contra ellas, y nuestros enemigos hacen lo mismo. Nuestras computadoras mantienen a raya a las de ellos y viceversa.

—En la vida real todo es bastante aburrido —dije—, pero supongo que los libros dan dinero.

Los ojos de Griswold estaban completamente cerrados. Como tenía en la mano su cuarto vaso de whisky con soda sin derramarlo, cualquiera hubiera supuesto que no dormía. Cualquiera menos nosotros. Lo habíamos oído roncar durante más de una hora sin dejar caer ni una gota de un vaso lleno. Nuestro amigo sería capaz de sostener con firmeza una copa mientras la mano le respondiera aunque el resto del cuerpo se le hubiera paralizado.

Sin embargo, esta vez nos equivocamos. Estaba despierto. Abrió los ojos y dijo:

—La dificultad de ustedes es que no saben nada de espías. Nadie sabe nada. —Dicho esto, levantó su vaso y bebió un sorbo—. Ni siquiera los espías saben nada de espías —comentó y empezó su relato:

No fui exactamente espía durante la Segunda Guerra Mundial [dijo Griswold], por lo menos, según yo veo las cosas.

Nunca me persiguió ninguna bella mujer aterrorizada para suplicarme que le guardase un microfilm con riesgo de mi vida. Nunca corrieron detrás de mí, subiendo y bajando por la escala de la estatua de la Libertad o por el puente Golden Gate enemigos siniestros armados con Lugers en el bolsillo de sus impermeables. Nunca me enviaron detrás de las líneas enemigas a dinamitar una instalación clave.

En realidad era un joven de poco más de veinte años que vegetaba en un laboratorio de Filadelfia, mientras se preguntaba por qué las autoridades militares no parecían llegar nunca hasta su nombre. Cuando me presenté como voluntario, me expulsaron de la oficina de

reclutamiento. Cuando traté de comunicarme con la junta de calificación de mi distrito militar, me dijeron que no había nadie en la ciudad. Fue años después cuando advertí que me habían mantenido en la vida civil para que cumpliera con mis deberes de espía.

Verán ustedes. Lo que la mayoría de la gente ignora acerca de los espías es que ninguno de ellos sabe en realidad lo que está haciendo. No pueden saberlo. No estarían seguros si lo supiesen. Tan pronto como un espía sabe demasiado, puede ser peligroso si llegan a apresarlo. El espía que sabe demasiado es un peligro si cae preso. El espía que sabe demasiado puede ser tentado por la traición, la bebida o una mujer hermosa a quien acabe susurrándole cosas al oído.

El espía es seguro sólo cuando es un ignorante. Y es más seguro que nunca cuando ni siquiera sabe que es espía.

En algún lugar, en lo más profundo del Pentágono, de la Casa Blanca o de cualquier casa de ladrillos oscuros en ciudades anónimas como Nyack, San Antonio u otra, existen maestros espías que saben lo suficiente para ser importantes. Pero nadie sabe quiénes son, y no me sorprendería que en última instancia, ninguno de ellos lo sepa todo.

Por eso se cometen tantos errores tontos en las guerras. Para todos sin excepción hay zonas oscuras; el exceso de luz los haría poco confiables y los generales tienen la especialidad de elegir las zonas oscuras para llevar a cabo sus operativos.

Lean la historia militar, señores, y verán que lo que digo confiere algún sentido a parte de la locura.

Bien, yo era espía. Era un muchacho, de modo que ocupaba el último de los escalones, lo cual significaba que no sabía nada. Recibía mis órdenes, pero creía que tenían que ver exclusivamente con mi trabajo en el laboratorio. Sin duda era un chico inteligente -cosa que no sorprenderá a ninguno de ustedes- y en general obtenía resultados. Esto me convertía en alguien valioso.

Claro es que a la sazón no lo sabía, pues de haberlo sabido habría pedido un aumento de salario. Después de todo, 2600 dólares por año no eran mucho ni siquiera entonces. Imagino que había otro motivo que los llevaba a mantenerme en la ignorancia: el deseo de economizar.

Años más tarde, al mirar hacia atrás, recuerdo una pequeña hazaña mía que debió haberme significado un aumento de mil dólares... O una medalla de honor del Congreso, lo que ustedes prefieran.

Debo explicarme un poco.

En aquella época luchábamos contra los alemanes, como ustedes deben de recordar. También luchábamos contra los japoneses, pero yo no participaba en eso. No tenía los ojos requeridos para actuar entre los orientales.

Ahora bien, los alemanes eran gente eficaz. Se nos infiltraban, ¿saben? Mandaron una gran cantidad de agentes a los Estados Unidos. Todos venían provistos de falsa identidad, falsos documentos, falsas historias. Su tarea fue extraordinaria y meticulosa.

Podrán preguntarse por qué no podíamos nosotros hacer lo mismo y enviar a nuestra gente a Alemania.

Sin duda podíamos enviarla, pero nunca nos llegó la oportunidad. Los alemanes tenían una sociedad bastante homogénea y nosotros, no. Somos una sociedad heterogénea. Aquí tenemos toda clase de acentos y toda clase de antecedentes étnicos.

De haber cometido uno de nuestros agentes el más pequeño error en Alemania, lo habrían colgado de los pulgares antes de que hubiese terminado de cometerlo. Aquí, es necesario esperar de diez a doce meses antes de estar seguros de que alguien es un agente alemán o, por el contrario, un honrado ciudadano de origen centroeuropeo o algo por el estilo.

Fue así como siempre debimos correr rezagados. Por cierto yo no sabía nada de esto. Nadie sabía nada, salvo unas cinco personas que sabían un veinticinco por ciento cada una. Comprendo que esto arroja un ciento veinticinco por ciento, pero había algo de superposición.

Mi talento especial consistía en identificar a los hombres que ocultaban su verdadera identidad. Era eso lo que me mantenía fuera de las fuerzas armadas. Necesitaban a este infalible identificador, a mí.

Por consiguiente, cuando tenían a algún norteamericano auténtico que había perpetrado lo que podría ser, o no, un fraude en cuanto a su identidad u ocupación, me asignaban la misión de seguirlo. En ese caso me llamaban y me decían que deseaban contratar a alguien para trabajar en la Estación Aeronaval Experimental, donde estaba trabajando yo como químico, pero que no tenían seguridades en cuanto a su lealtad.

Nunca pensé mucho en ello. Teníamos un teniente de navío que abrigaba sospechas frente a cualquiera que conociese palabras de más de dos sílabas, y quien quiera que fuese, siempre resultaba ser un norteamericano honrado, decente, que hacía trampas sólo para pagar sus impuestos o para eludir el servicio militar. Salvo en algunos casos.

En esta ocasión me llamaron a la oficina del teniente de navío. No me dijeron por qué. Mucho después descubrí algunos papeles que al parecer indicaban que el incidente involucraba algo decisivo para el triunfo o la derrota en la guerra. No tengo la menor idea del motivo, pero sin duda la guerra se habría perdido si yo les hubiese fallado.

Como es lógico, yo no lo sabía entonces.

—Griswold —me dijo el jefe—, tenemos un hombre nuevo. Se llama Brooke. Lo escribe con "e" final. No estamos muy seguros de él. Puede que sea un norteamericano auténtico. Puede ser, por otra parte, uno de esos asquerosos nazis. Usted debe establecerlo pero sin que él se entere de que está investigándolo porque no queremos que esté en guardia. Es más, Griswold, debemos saberlo para las cinco de la tarde y saberlo con exactitud. Si para las cinco de la tarde no tiene la respuesta o nos trae una respuesta equivocada... pues le diré, Griswold, que...

El hombre encendió un cigarrillo, me miró con fijeza, entrecerrando los ojos detrás del humo y luego añadió con una voz capaz de cortar el granito:

—Si fracasa, Griswold, no vuelva a pensar en ningún ascenso.

Esto sí que me colocó en actitud de alerta. De haber sabido que el curso de la guerra estaba en juego, me habría encogido de hombros. Perder una guerra no es más que un hito en la historia, pero perder un ascenso es una tragedia personal.

Miré mi reloj. Eran las diez y cuarto de la mañana, lo cual me daba cerca de siete horas para actuar.

No llegué a conocerlo hasta pasada una media hora y entonces a uno de los jefes del laboratorio se le ocurrió pasar otras dos explicándole al hombre todas sus obligaciones.

Por lo tanto, hasta las dos de la tarde aproximadamente, no nos encontramos sentados junto a escritorios adyacentes en el laboratorio.

Por fin pude trabar conversación con el hombre.

Era simpático, lo cual era un punto negativo, sin duda, porque los agentes secretos siempre tratan de ser simpáticos. La dificultad estriba en que también trata de serlo cierta proporción de gente leal, no mucho, pero suficiente como para confundir las cosas.

Supuse que no le molestaría que yo hurgase un poco. Era lo que cabía esperar y era seguro que colaboraría.

En primer lugar, si se mostraba reticente, despertaría sospechas. Si era un agente enemigo, cualquier reserva podría atraerla atención hacia él y lo matarían. Si no era un agente enemigo, la reserva podría ser indicio de estupidez y quizá lo ascenderían a un puesto administrativo más alto. Las dos alternativas eran igualmente indeseables.

Además, los agentes alemanes enviados a infiltrarse en los organismos de defensa del territorio de los Estados Unidos tendían a vanagloriarse de su habilidad para soportar los sondeos y, al parecer, estimulaban las preguntas.

Después de todo, se los reclutaba entre hombres que habían pasado su infancia en los Estados Unidos, de modo que no les era difícil readquirir los giros idiomáticos del discurso de todos los días, aparte de que se los adoctrinaba a fondo en cuanto a los pormenores de la vida local norteamericana.

Por ejemplo, todos ustedes habrán oído decir que la forma de identificar a un espía alemán que finge ser norteamericano es preguntarle quién ganó el campeonato mundial de béisbol el año anterior. ¡No lo crean! Cada uno de ellos sabe perfectamente todo lo referente a los campeonatos mundiales ya la estadística de béisbol, para no hablar ya de los encuentros de box y del nombre de todos los vicepresidentes del país en los últimos cincuenta años.

No obstante, había que encontrar algún medio.

Hablamos de política y de deporte y comprobé que sabía tanto como yo sobre estos temas. Probé el uso de toda clase de expresiones idiomáticas y lenguaje popular y en ningún momento lo desconcertó ninguno de ellos.

Por suerte los dos estábamos realizando condensaciones de reflujo en nuestras mesas, lo cual nos permitía conversar bastante. Por otra parte, en los empleos del estado se considera altamente sospechosa la dedicación excesiva al trabajo, en especial en época de guerra.

En vista de ello propuse hacer juegos de palabras y jugamos a algunos inofensivos hasta que, a través de etapas graduales, llegamos a los de asociación libre. Le dije que le apostaba a que por mucho que intentase ocultar los hechos, yo era capaz, a través de la libre asociación, de decirle cuándo se había acostado con una mujer por última vez y qué habían hecho, exactamente.

Apostamos cinco dólares cada uno y cinco dólares más para el caso de que él no respondiese a cada palabra o giro dentro de los cinco segundos, según mi reloj.

Eran las cuatro y veinte de la tarde cuando comenzamos y puedo asegurarles que ambos estábamos muy serios. Estábamos luchando por el triunfo en la guerra y por diez dólares; tanto el otro como yo teníamos una elevada opinión de lo que son diez dólares.

Dije "mesa" y él dijo "cama". Dije "Di Maggio" y él dijo "corner". Dije "soldado G.I." y él dijo "Joe". Dije "clarinete" y él dijo "Benny Goodman". El juego se prolongó de este modo durante bastante rato, mientras yo complicaba cada vez más las cosas mediante pasos muy cautelosos y delicados.

Por fin a las cinco menos cuarto yo dije "terror de la huida" y él dijo "tristeza de la tumba". En este punto yo hice la señal convenida y un hombre sentado en el otro extremo del cuarto se levantó, se acercó, aferró al compañero y se lo llevó. Mi compañero gritaba todo el tiempo hasta que salió del recinto: "¡Me debes diez dólares!" Debo decirles que no tenía muchas posibilidades de cobrar la deuda.

Por lo que acabo de contarles, creo que pueden ver lo que sucedió, de modo que, si no tienen inconveniente, me pondré al día con el sueño que me faltaba.

(#)

Tuvimos que despertarlo.

—¿Qué sucedió? —le pregunté, sacudiéndolo con violencia, al punto que le costó algún trabajo mantener derecho su vaso de whisky—. Termina la anécdota.

—¡No me digas que no entendiste! —exclamó indignado—. "Terror de la huida" pertenece a la tercera estrofa de nuestro himno nacional, que dice así:

*¿Y dónde existe esa banda que orgullosa juró
que el destrozo de la guerra y el fragor de la batalla
habría de dejarnos sin hogar y sin nación?
Su sangre ha lavado la horrorosa impureza de sus sucios pies.*

*Ningún refugio podría salvar al lacayo y al esclavo
del terror de la huida y la tristeza de la tumba.
¡Y la bandera cubierta de estrellas flamea triunfante
en la tierra de los libres y la patria de los valientes!*

—Vamos, señores, ningún norteamericano leal y auténtico conoce la letra de la primera estrofa de nuestro glorioso himno nacional y ni siquiera ha oído hablar jamás de la tercera (salvo en mi propio caso, desde luego, pues lo sé todo). De todos modos, la tercera estrofa es chauvinista y sanguinaria y, prácticamente, la borraron del himno durante los grandes años de pacifismo consecutivos a la Segunda Guerra Mundial.

Sucede, simplemente, que los alemanes son tan meticulosos que enseñaron a sus agentes con el mayor cuidado las cuatro estrofas del himno y verificaron que las supiesen ala perfección.

Y esto fue lo que los delató.

Lo malo es que mi jefe no me dio nunca el aumento de sueldo y ni siquiera me reembolsaron la pérdida de los diez dólares de la apuesta.

—Dijiste que no llegaste a pagar los diez dólares —señalé.

—Sí —dijo Griswold— pero ellos no lo sabían.

Dicho lo cual, volvió a dormirse.

EL NÚMERO TELEFÓNICO

—Ahora soy una compañía —declaró Jennings con aire de dudosa satisfacción—, pero lo que significa es que tengo un número de identificación como empleador que debo recordar. Esto, además de mi número de previsión social, mi número telefónico, mi número de código postal y el número de mi chapa de automóvil.

—Y tu dirección, la combinación de alguna caja de seguridad que tengas —comentó Baranov con un tono más melancólico aún—, y los cumpleaños y aniversarios de tus parientes y amigos. Somos prisioneros de una sociedad numerada.

—Es la razón —dije— por la cual necesitamos que nos computaricen. Alimentemos la computadora con todos esos números y que ella sea la que se preocupe.

Ante este comentario Griswold se agitó. Su sillón crujió con insolencia al inclinarse él hacia adelante, resoplando a través de su bigote blanco y mirándonos con malignidad.

—Yo no sirvo mucho para recordar números —dijo—, pero recuerdo a un hombre que jamás olvidaba ninguno.

Griswold calló para beber un sorbo de whisky con soda de ese vaso que siempre parece tener en la mano. No había posibilidad de zafarse. Hay algo en la manera de mirar de Griswold con esos ojos un poco inyectados en sangre que provoca en sus interlocutores una suerte de parálisis verbal.

—Se llamaba Bulmerson —dijo Griswold—, y era la época en que vivíamos encerrados en un cuartito del Pentágono, imposible de localizar por nadie salvo Bulmerson, yo y dos o tres que trabajaban con nosotros.

El cuarto tenía un aspecto de armario empotrado que no se usa ya mucho y el cartel de la puerta no tenía nada que ver con lo que ocurría en el interior. Dudo que fuera de nuestro grupo hubiese más de cinco hombres que estuvieran al tanto de nuestras actividades y quiero incluir aquí a las categorías superiores del personal del Pentágono.

Recuerdo al almirante que entró una vez suponiendo que se trataba de un retrete. Con aire desconcertado buscaba los mingitorios como si tuviese la certeza de que teníamos uno oculto en

un armario. Debimos conducirlo afuera amablemente.

Lo que se desarrollaban allí, desde luego, eran tareas de inteligencia. No me refiero a las hazañas heroicas de un James Bond. Se trataba de algo mucho más aburrido. Infinitamente más importante. Se trataba de pesar la información que llegaba y decidir si tenía importancia o no, así como de qué manera un dato podría tener relación con otro y hasta qué punto era posible que quien hubiese dicho "sí" hubiese querido decir en realidad "no" o viceversa.

Después de haber hecho toda esa tarea debíamos estar preparados para aconsejar al Presidente o al Departamento de Estado y destilar los resultados. La verdad es que nos ganábamos el salario que por otra parte no era gran cosa...

Bulmerson era el más antiguo. Hombre robusto, ancho, pelo blanco, siempre con el rostro enrojecido, cuello de toro y costuras en toda la ropa que parecían a punto de reventar. Por su físico merecía haber fumado cigarros. Pero no los fumaba.

Era el hombre que jamás olvidaba un número. Conocía el número telefónico de un millar de funcionarios y de diez mil individuos más y nunca los confundía. También sabía manejar otra clase de números, pero los telefónicos eran su fuerte. Creo que abrigaba la ambición secreta de reemplazar la guía telefónica.

Quizá fuese ese pequeño giro dentro de su cerebro lo que le permitía tener un sexto sentido para determinar cuándo un hombre de estado había caído en la debilidad de decir algo que no fuera mentira. Nadie sabe cómo se compaginan las diferentes aptitudes. Quizá fuese este sentido de los números lo que hacía de Bulmerson un infalible descubridor de raras verdades, aptitud poco frecuente. Hombre muy respetado el tal Bulmerson...

Gran cantidad de datos nos llegaba sin elaborar. Cualquier información anónima recibida por teléfono pasaba a nosotros. No sabemos los motivos que hacen que la gente nos pase información. Nosotros nos limitamos a aprovecharla. Siempre que nos atrevamos a ello. A veces los datos que obtenemos provienen de locos inofensivos; otras de agentes enemigos que intentan deliberadamente confundirnos. Encontrar una aguja en un pajar es otra de nuestras funciones.

Debo decir que teníamos un informante infalible. En primer lugar fue él quien nos encontró a nosotros, hecho ya de por sí impresionante. Nos llamaba directamente y nunca descubrimos cómo había hallado el modo de establecer la comunicación. Siempre acertaba con sus datos.

Sin embargo, nunca logramos establecer su identidad. Tenía una voz suave y ronca; en cierto modo no sonaba mucho a norteamericano. Lo llamábamos Nuestro Muchacho. De haber sucedido todo doce años más tarde, podríamos haberle dado el apodo de la película pornográfica "Garganta Honda". Pero todo sucedió a principios de la década del 60.

No intentamos nunca localizarlo o identificarlo porque temíamos que cualquier medida que tomásemos lo hiciera callar y no queríamos que callara. El hombre era nuestro ojo de la cerradura para mirar dentro del Kremlin. Después de 1965, no volvimos a saber nada de él. Quizá lo sacaron del país, quizá murió. De muerte natural, inclusive... Pero lo que voy a contar sucedió unos dos años antes.

Nos llamaba, pero siempre lo hacía de un modo especial. Primero llamaba otra persona y nos daba un número telefónico y un límite de tiempo. Si marcábamos ese número telefónico dentro del plazo indicado, siempre dábamos con él. Teníamos una pequeña frase para identificarnos mutuamente. Luego él hablaba durante uno o dos minutos y cortaba la comunicación. Siempre seguíamos sus indicaciones y nunca tuvimos motivo para lamentarlo.

Los números eran siempre de teléfonos públicos (esto sí fue controlado) pero no sabíamos qué sistema utilizaba para elegirlos ya que, desde luego, nunca usaba el mismo dos veces. Tampoco parecía recurrir nunca a la misma persona para hacer el llamado inicial. No sabemos cómo elegía a estas personas. Quizá se tratase de borrachos cuya colaboración obtenía comprándoles una botella de vino para hacer ese único llamado. Sin embargo, por teléfono, no se detecta el olor a alcohol.

A Bulmerson le encantaba ser quien contestara el teléfono cuando el mensaje era de Nuestro Muchacho: un número telefónico y la hora fijada. Los demás debíamos apuntar el número. A veces decíamos: "Repita el número, por favor".

Cuando eso ocurría Bulmerson se mostraba insoportable durante el resto del día y aludía a casos de senilidad precoz. Reaccionaba como un niño.

Claro que cuando él contestaba el llamado, se limitaba a escuchar y luego colgaba el auricular sin decir una palabra. Después, cuando llegaba el momento, hacía el llamado sin haber apuntado nada después de registrar el número en aquella su infalible memoria.

Fue exactamente dos meses antes del asesinato del presidente Kennedy.

Yo estaba en la oficina con Bulmerson -que en aquel momento no tenía aspecto muy saludable- y otros dos empleados. ¿Cómo se llamaban? No recuerdo, pero no tiene importancia. Digamos que se llamaban Smith y Jones.

Era un día húmedo, nublado y triste, bastante bochornoso a pesar de que estábamos casi exactamente en el equinoccio de otoño que, según se supone, señala el fin del verano. En las inmediaciones de Washington, desde luego, el verano nunca termina con tanta exactitud.

Bulmerson estaba de mal humor porque el maldito sándwich que había comido para el almuerzo le había provocado ardor de estómago. No me sorprendí, dadas las dificultades que

estábamos pasando en Vietnam.

Ngo Dinh Diem manejaba Vietnam del Sur un poco a su antojo y su modo de hacerlo no nos venía bien a nosotros. Su impopularidad aumentaba y en son de protesta los monjes budistas estaban inmolándose en las calles, cosa que no hacían los de Vietnam del Norte y que nos hacía aparecer como los villanos de la película. Y es más, los "asesores" norteamericanos aumentaban sin cesar y ya pasaban de diez mil.

Era obvio, por lo menos para nuestro pequeño grupo, cuya misión consistía en estudiar el mundo de la política internacional, que estaban arrastrándonos a una trampa mortal pero, al parecer, no se podía hacer nada para evitarlo. No podíamos retirarnos y dar la impresión de abandonar a un aliado y los demócratas, en particular, habrían sido sacrificados vivos de habernos retirado. Pero todos ustedes conocen la historia.

Lo que nos hacía falta era un medio de alcanzar una victoria limpia, más o menos incruenta y sobre todo rápida para después retirarnos. Lo que sucediese después no pillaría, al menos, a los norteamericanos entre dos fuegos. Lo malo es que las cosas no resultaron así.

Y entonces, aquel día al que me refiero, sonó el teléfono. Fue Bulmerson, quien malhumorado, tomó el llamado.

—Tiendita de Adamson —dijo, dando el santo y seña del día. Sin expresión alguna Bulmerson escuchó y colgó el receptor sin decir una palabra. Un poco agitado se volvió entonces hacia nosotros y dijo—: Nuestro Muchacho quiere hablar con nosotros y tiene que ser dentro de treinta minutos, entre las 14.30 y las 14.35. Y es doble Z.

Era la clave usada por Nuestro Muchacho cuando el asunto era de máxima prioridad. La última vez que la había usado había sido durante la crisis de los misiles cubanos el año anterior y fue para decirnos que podíamos meternos con la seguridad de que ganaríamos, cosa muy conveniente. Pero es otra historia.

—No olvides el número telefónico —le dije. Por el rostro sudoroso de Bulmerson pasó una expresión de desprecio.

—¿Estás loco? Es tan sencillo que no hay manera de olvidarlo ni resulta divertido recordarlo. Hasta tú podrías recordarlo. Por lo menos, podrías recordarlo hoy. Hasta te diré cuál es y verás. Es 9...

Fue todo lo que dijo, porque luego hizo un ruido mitad jadeo, mitad quejido, se apretó el pecho y cayó hacia adelante. Quedó tendido allí en el suelo agitándose y sacudiéndose. Ya no era acidez de estómago. Era un trastorno coronario muy serio.

No podíamos hacer nada, salvo llamar a Emergencia. En honor del Pentágono debo decir que en cinco minutos nos hicieron llegar un equipo y los internos hicieron lo posible por reanimar a Bulmerson por un rato, luego lo colocaron en una camilla y se lo llevaron. Fue inútil. El pobre hombre murió en el hospital esa misma noche.

Una vez que se llevaron a Bulmerson permanecimos en la oficina, chocados, mudos. Cuando sucede algo semejante, es difícil recobrar la calma.

En ese momento Smith me codeó. Tenía un color pálido y cadavérico, y no era por lo que acababa de presenciar.

—Bulmerson no llegó a decirnos el número telefónico —dijo.

Era como para quedarse pensativos. En nuestra actividad, lo primero es lo primero.

Miré el reloj. Eran las 14.31 y nos quedaban cuatro minutos.

—No se preocupen —dije—. Nos reveló lo suficiente. Llamé y conseguí hablar con Nuestro Muchacho. Lo que tenía que decirnos era lo que esperábamos oír. Había una manera de acorralar a la República Popular China. Llevaría tiempo, pero si desempeñábamos correctamente nuestro papel, Vietnam del Norte no podría moverse y tendríamos una excusa perfecta para hablar de una victoria y salir de Vietnam del Sur.

Desenlace feliz... salvo que las cosas salieron mal. El 10 de noviembre asesinaron a Diem, el 22 de noviembre, asesinaron a John F. Kennedy y, cuando nuestro gobierno volvió a funcionar, había pasado la oportunidad y no había salida. Johnson debió elevar más y más el número de gente y finalmente... bien, ustedes conocen el fin.

(#)

Griswold comenzaba a cerrar los ojos, pero los tres lo acosamos a la vez.

—¿Cuál era el número telefónico y cómo lo descubriste? —preguntó Baranov.

Griswold arqueó sus blancas cejas.

—Es obvio. Bulmerson dijo que era un número fácil de recordar y tuvo tiempo para darnos la primera unidad, 9. Esto significaba que podía ser 999-9999, o 987-6543, que estarían dentro del límite de lo que cualquiera de nosotros podría recordar. Pero recuerden que luego dijo: "Por lo menos, podrías recordarlo hoy". Eso hacía que el día fuese especial y ¿qué puede dar un carácter especial a un día en relación con un número, salvo la fecha?

Les dije que fue dos meses antes del asesinato del 22 de noviembre, de modo que la fecha

era setiembre 22, O si lo prefieren, 22 de setiembre. Setiembre es el noveno mes, de modo que es posible escribir la fecha como 9-22 022-9. Bulmerson dijo que la primera cifra era nueve, de manera que si dejamos de lado el gui3n, tenemos 922. Si recuerdan el a3o del asesinato, ver3n que la fecha fue 922-1963. Ese fue el n3mero que yo marqu3 en el dial.

LOS HOMBRES QUE NO HABLARÍAN

—Siempre me intrigó —dijo Baranov una noche en el club— el motivo por el cual en la guerra no lanzamos nuestro ataque contra la cúpula del mando. ¿Por qué luchar contra los ejércitos, en lugar de hacerlo contra el hombre que los inspira y los conduce? Si Napoleón hubiese muerto al comienzo de su campaña o, ya que hablamos de líderes, Lenin, Hitler, e incluso Washington...

Jennings lo interrumpió:

—Me imagino que en parte es una cuestión de seguridad extrema y en parte el espíritu de cohesión de los comandos. Si el jefe del gobierno A ordena un ataque contra el jefe del gobierno B, está buscando su propia destrucción, ¿no?

—Pecas de exceso de romanticismo —señalé—. Yo creo que si un conductor muere, puede ocupar su lugar otro, quizá con mayor eficacia. Felipe el Macedonio murió antes de llegar a destruir Persia, pero, ¿quién lo reemplazó? Su hijo, que resultó ser Alejandro Magno.

Como siempre Griswold estaba dormitando en un sillón con su whisky con soda en la mano y, también como siempre, lograba oír lo que decíamos. Abriendo un ojo, comentó:

—A veces no sabemos quiénes son los líderes. En ese caso, ¿qué hacer?

Abrió el otro ojo y nos miró con fijeza por debajo de las cejas hirsutas.

George Plumb [comenzó diciendo Griswold], era un penalista que tenía una interesante teoría sobre el tema de la administración carcelaria. El problema, según él, era que las cárceles de los Estados Unidos se debatían entre dos extremos con los consiguientes trastornos.

Importantes sectores de la sociedad estadounidense consideran que los presos deben recibir tratamiento humanitario con vistas a su rehabilitación. Otros sectores sostienen que los presos están detrás de las rejas para ser castigados y que la prisión en sí, no es castigo suficiente.

Ambas actitudes han llevado a establecer una política de inestable equilibrio: los presos reciben un trato suficientemente malo como para que su resentimiento sea cada vez mayor y, suficientemente bueno, como para que no se mueran de hambre ni sean reducidos a la impotencia a fuerza de palos. Como todos sabemos, ese es el clima que provoca los motines en

las cárceles.

Mi amigo Plumb insistía en que los motines son imposibles de prever. Las revueltas no se producen cuando la crueldad de un régimen carcelario llega a determinado nivel. En una cárcel se soportan condiciones inhumanas sin que se registren más que rezongos, murmullos o un repiqueteo ocasional de jarros de aluminio contra los barrotes de las celdas. En otra, donde las condiciones son notablemente más tolerables, puede estallar una revuelta de grandes proporciones.

Plumb repetía que es un problema de conducción. Si en una cárcel determinada hay un internado suficientemente hábil o carismático, capaz de dirigir la estrategia y la táctica es probable que se produzca intencionalmente una revuelta que normalmente no se habría producido.

Es necesario, afirmaba Plumb, aprender entonces a reconocer al líder, al hombre obviamente respetado, admirado o temido por los internos en general y, mientras aún reine la tranquilidad, trasladarlo a otra cárcel. La cárcel que este hombre abandona permanece tranquila porque los presos han perdido al cabecilla y les llevará algún tiempo encontrar otro. La cárcel a la cual es trasladado no lo conoce y también le llevará tiempo a él llegar a una posición de liderazgo. En varias oportunidades se siguieron los consejos de Plumb y, cuando el traslado del líder potencial era seguido por alguna mejora en el tratamiento de los presos, invariablemente se conjuraban las revueltas.

Hace unos años, en una prisión de cuyo nombre no debo acordarme, parecían estar aumentando las condiciones propicias para una revuelta. Los guardia-cárceles informaban acerca del peligroso malestar que reinaba entre los internados, del evidente espíritu de rebelión.

Se recurrió a Plumb y, por supuesto, su primera pregunta fue cuál era el nombre del cabecilla. Se sorprendió cuando las autoridades de la cárcel, del director para abajo, manifestaron ignorar quién era. No había ningún preso que, sin lugar a dudas pudieran señalar como al líder del resto.

—Tiene que haber uno —dijo Plumb—. Una multitud no se mueve por consenso general. Alguien tiene que gritar: "¿Qué esperamos? ¡Vamos!"

Los gestos negativos fueron unánimes. Si existía un cabecilla, mantenía hasta el momento una identidad tan difusa que nadie lo reconocía como tal.

Hondamente preocupado, Plumb se dirigió a mí. Me conocía lo suficiente como para saber que si yo no podía ayudarlo, nadie podría hacerlo.

—Griswold —me dijo— estoy frente a un maestro de la criminalidad, un tipo tan hábil que

sus maquinaciones son invisibles. ¿Cómo identificarlo entre tres mil internados?

—Puede ser que las autoridades de la prisión no sepan quién es, pero algunos de los internados, por lo menos, tienen que saberlo. Interróguelos —sugerí.

Plumb me dirigió una mirada desdeñosa.

—No lograremos ayuda alguna de ese sector. Los internados no hablarían y usted lo sabe bien. Todos tenemos nuestro código contra la delación y los criminales muy en particular tienen ideas firmes al respecto. Es algo digno de elogio. Pueden matar, robar o violar, pero no están tan perdidos en cuanto a decencia y pudor como para ser soplones. Además —prosiguió—, cada preso tiene que convivir con el resto. Cualquiera que colabore con las autoridades, cualquier sospechoso siquiera de colaboración sabe que solo le espera el maltrato infligido por sus compañeros, el aislamiento definitivo y... hasta la muerte.

—Hay que elegir al hombre, Plumb —dije—. Existe lo que llamamos un líder y también existe el internado que no lo sigue, el que enfrenta a la mayoría aun cuando sea arriesgado hacerlo.

—No es sólo el peligro —respondió Plumb—. El preso atípico será el primer sospechoso. Aunque prometiésemos trasladarlo, sabría muy bien que los informes de sus compañeros lo seguirían a su nueva prisión. Y si le procurásemos la libertad temería de todos modos no estar a salvo de la venganza.

Advertí que en parte, Plumb estaba en lo cierto pero a pesar de ello dije:

—De todos modos, consulte al director y vea si hay alguien en la cárcel que sea un intelectual, que tema la violencia, que sienta horror por los demás internados y que tenga esperanzas de salir pronto. Si trabaja en la biblioteca y por lo tanto se siente superior a los otros, tanto mejor.

—Aunque encontrásemos a alguien así —dijo Plumb— yo no podría utilizarlo. Si lo interrogase a solas, los internados no se enterarían de lo que dijera pero igual, sospecharían de su capacidad para resistir un interrogatorio. A partir de entonces, lo perseguirán y, si conseguimos localizar al cabecilla, aunque el intelectual no haya tenido nada que ver con el asunto, lo matarán igual.

—No lo llame a él solo. Llame a cien, a mil, a tantos como pueda manejar. Y llame a comparecer a su sospechoso más o menos cuando vaya por la mitad de la lista. Hágale saber que está interrogando a todos los internados para darle la posibilidad de que cobre valor para proporcionarle una pista.

Plumb volvió a visitarme unos diez días más tarde. Daba la impresión de estar muy falto de sueño.

Con voz un poco ronca, me dijo:

—Interrogamos a aproximadamente la mitad de los internados, concentrando la atención en los que tenían largas condenas y en los recalcitrantes, pero tratamos en forma deliberada de interrogar también a algunos de los hombres de más edad y de los homosexuales. Nadie quería hablar. Jamás he visto mas ignorancia concentrada en toda mi vida, pero desde luego... era lo que esperaba. Y entre tanto, las condiciones empeoran cada vez más. Los guardia-cárceles están en estado de alerta, pero tengo la sensación de que este líder misterioso, quienquiera que sea, tan perspicaz que consigue mantener el anonimato, tiene también la astucia necesaria para contrarrestar y vencer todas las defensas del director. Por otra parte, no podemos encerrarlos a todos en las celdas, quitarles la ropa, arrojar a los cincuenta presos que menos nos gustan en celdas solitarias ni en fin, hacer todo esto sobre la base de una sospecha. Los gritos de "brutalidad carcelaria" que se levantarían... —Plumb se estremeció.

—¿Encontró a algún prisionero del tipo que le sugerí? —pregunté.

—Sí. Lo encontré. Exactamente. Saldrá en libertad dentro de seis meses. Es ajeno a toda violencia y cumple una condena por fraude comercial. Ni siquiera debería estar en esta cárcel. Habla bien y es muy educado. Trabaja en la biblioteca y es obvio que estar preso lo avergüenza y lo humilla. Y más aun, el hecho de tener que alternar con los otros presos.

—¿Y qué dijo, Plumb?

—¿Qué dijo? Nada. Ni siquiera pienso que haya sentido temor. Creo que en realidad no sabía nada. ¿Por qué habría de saber algo? Se mantiene alejado tanto como puede de los demás internados. Personalmente, creo que se ha creado un pequeño mundo propio en el cual finge estar a solas.

—¿Es inteligente? —pregunté.

—Sí, muy inteligente. Diría que sumamente inteligente. Pasa la mayor parte de su tiempo leyendo en la biblioteca.

—En ese caso, yo diría que tiene que saber.

—¿Qué quiere que haga yo? ¿Que se lo arranque a golpes? Hoy en día nadie toca a un internado.

—Ese hombre debe saber que una revuelta con todos los peligros que implica es muy poco conveniente para él. Sin duda, tiene que estar dispuesto a hacer cualquier cosa para evitarla.

Tiene que haber intentado comunicarle algo. Dígame, Plumb. ¿Recuerda con exactitud lo que le dijo?

Con aire fatigado, Plumb repuso:

—Mire, Griswold. Hemos registrado escrupulosamente todas las gestiones. Pero en realidad, es muy fácil decirle lo que nos dijo. No nos dijo nada. Silencio. Cero.

—¿Quiere decir que declaró que no sabía nada? ¿O bien que no habló en lo más mínimo y se quedó sentado allí sin decir una palabra?

—En general permaneció mudo. Era un hombre menudo, delgado, con una boquita fruncida, un mentón débil, ojos muy claros. Me miraba y apretaba las rodillas y las manos apoyados sobre ellas, con una expresión lejana en los ojos. Ni una sola palabra, casi hasta el fin de la entrevista.

—¿Ah, qué dijo al final?

—Yo estaba exasperado. Le pregunté si oía lo que yo le decía, si me comprendía bien. En ese punto parpadeó al mirarme. En su cara se registró una levísima sonrisa y respondió: “No, no comprendí. Para mí era... griego”. Sus palabras fueron espaciadas y pronunciadas con un tono intencionalmente insolente. Sentí deseos de darle un puñetazo en la nariz. Pero debí despedirlo. ¿Qué otra alternativa tenía?

—Usted registró todas las entrevistas. ¿Cree que estos registros, o su contenido, podrían haberse filtrado a los internados?

—No tendría que suceder, pero... —Plumb se encogió de hombros.

—Es probable que se filtren. Y nuestro hombre ha sido muy listo. Si el resto llega a ver los registros y se entera de lo que dijo, lo considerarán un hombre extraordinario, un héroe. No tendrían manera de saber que nos entregó nuestra respuesta.

Atónito, Plumb preguntó:

—¿En serio?

—Diría que sí. Por el momento no puedo estar seguro, pero diría que sí. ¿Tiene una lista de los internados?

Me la dieron al día siguiente y en menos de cinco minutos pude localizar al hombre que debía ser el que buscábamos. Lo trasladaron y la revuelta no se produjo. Nuestro amigo, el bibliotecario de la cárcel, fue puesto en libertad seis meses más tarde. Luego se le concedió un

indulto y se destruyeron sus antecedentes penales.

Griswold se sirvió un poco más de whisky y se permitió cerrar lentamente los ojos.

(#)

Inclinándose, Baranov le retiró con firmeza el vaso de la mano. Griswold abrió de inmediato los ojos y dijo:

—¡Oye! ¡Devuélveme ese vaso!

—Primero, ¿cómo supiste quién era el líder de la revuelta? —preguntó Baranov.

—¡Cómo! ¿No lo saben? —dijo Griswold—. ¡Me sorprenden! El bibliotecario dijo: "Para mí era griego" con cierto énfasis. Era un gran lector y ocurre que esto es una cita. No se trata de un dicho antiquísimo cuyos orígenes se pierden en el misterio. La frase es nada menos que de Shakespeare, y puede encontrársela en Julio César. Uno de los conspiradores describe una reunión política en la que Cicerón habla en griego. Cuando le preguntan qué dijo Cicerón, el personaje responde que no lo sabe, añadiendo: "Quienes comprendían se sonrieron entre ellos y agitaron la cabeza, pero en cuanto a mí, para mí era griego".

—¿Y? —preguntó Jennings.

—Bien, el conspirador que hizo la declaración en la obra era Casca. Se me ocurrió que si revisaba la nómina de los presos podría encontrar quizá a alguno que se asemejase a Casca o a Cicerón. En la nómina figuraba un tal Benny W. Kasker que, según me informaron al averiguarlo, era inteligente, inescrupuloso y además cumplía una condena de cadena perpetua. Consideré que muy bien podría ser el cabecilla... y lo era.

UN DISPARO CERTERO

Me imagino que todo el mundo habla hoy de terrorismo incluso en el augusto e inaccesible interior de nuestro club. No fue pues una sorpresa que verdaderamente arrebatado, Jennings perorase durante cinco minutos sobre los peligros que corríamos todos por el hecho de que los ataques de los terroristas escaparan a esquemas racionales.

Por fin, cuando se agotó la vehemencia de Jennings, Baranov dijo:

—Vamos, vamos. Los rayos nunca caen en el valle. Ninguno de nosotros es bastante importante para constituir un blanco deseable.

—A veces los eligen al azar —dije—. Es la teoría de Jennings.

Baranov emitió un sonido desdeñoso.

—Los accidentes automovilísticos pueden tocarle a cualquiera también, pero no veo que la gente se muera de miedo. Simplemente se hace lo que se puede.

En este momento Griswold pareció despertar. El primer indicio fue el tintineo de los cubos de hielo en su vaso de whisky con soda. Luego abrió un ojo y resopló detrás de su magnífico bigote blanco.

—Puede ser —dijo— que el rayo no caiga en el valle. —Nos asombraba siempre su capacidad para oír cada palabra que pronunciábamos, a pesar de estar profundamente dormido o parecer estarlo—, y que ustedes tres estén a salvo, pero en cierta ocasión yo fui blanco de una amenaza terrorista. Fue allá por 1969...

Me apresuré a decir:

—Creo que esta noche hay salmón hervido al vapor... —pero los ojos de Griswold estaban ya abiertos y nos inmovilizaron contra la pared como un par de agujas de hielo azulado.

Fue en 1969 [recomenzó Griswold], un año muy malo para los norteamericanos destacados. Poco tiempo antes habían matado a Robert Kennedy y a Martin Luther King. Yo tenía bastantes sospechas de que sería la próxima víctima. Me había dedicado a tareas que todavía hoy no tengo libertad de divulgar pero, desde luego, los secretos nunca son absolutos y

me había hecho enemigos.

El malestar en los sectores universitarios del país iba en aumento y cualquiera podría haber apreciado que las cosas estaban llegando a una etapa explosiva. En mayo de ese año, me propusieron para recibir un doctorado "honoris causa" en una universidad de Connecticut... no recuerdo cuál. Todas estas tonterías siempre se me confunden en la memoria, pero creo que el diploma que me conferían esta vez era un doctorado en humanidades.

Dos días antes de la ceremonia el presidente de la universidad recibió una comunicación anónima en la que le informaban que debía cancelarse el otorgamiento del diploma a causa de mis malignas actividades en Vietnam. Si no se cancelaba la ceremonia y yo hacía mi aparición, me matarían. Recuerdo las palabras textuales. La carta decía: "Si la ceremonia de graduación incluye a ese monstruo, nada me impedirá ponerlo en la mira y matarlo de un disparo certero".

Con todo, la persona que formulaba la amenaza afirmaba ser tan humanitaria como la naturaleza del diploma que pensaban conferirme. Aseguraba al presidente de la universidad que nadie sufriría daño alguno, lo cual no era, por cierto, un gran consuelo para mí.

El presidente se había apresurado a mostrarme la carta en el más estricto secreto y quiso saber si yo deseaba evitar la confrontación. Podía invocar enfermedad y se me otorgaría el diploma "in absentia". Luego me lo enviarían por correo.

Resultaba obvio que era el presidente quien quería evitar la confrontación y el hecho despertó en mí todo lo que tenía de quijotesco. Si él pensaba actuar como un cobarde, yo no.

Además, ¿por qué habrían de privarme de mi hora de gloria, por microscópica que fuese? En primer lugar, no había hecho nada en Vietnam que justificase tanta indignación. Mi misión allí había sido ocultar la verdadera actividad que estaba cumpliendo en el Medio Oriente después de la Guerra de los Seis Días.

Tampoco era cuestión de tomar la carta con demasiada seriedad. Así lo señalé. Le dije al presidente con cierta irritación que no cedería ante las falsas amenazas.

—¿Falsas? —dijo con tono aprensivo—. ¿Cómo puede estar seguro de que son falsas?

—El hombre lo anunció, señor —dije en voz muy alta—. ¡Se imaginará que ni Lee Harvey Oswald ni Sirhan Sirhan enviaron esquelas de amor para advertir a sus víctimas! El autor de esta carta desea simplemente provocar un disturbio en la ceremonia y humillarme. Y yo no tengo la menor intención de hacerle el juego.

El presidente agitó la cabeza con aire de duda.

—Pero no podemos conformarnos con pensar que se trata de una broma... Supongamos

que ignoremos esta carta, que no adoptemos precauciones y que... que lo maten a usted. Y supongamos que llegara a conocerse el contenido de la carta. Mi posición...

—... no sería tan incómoda como la mía —continué con una ironía algo burda—. Si yo estoy dispuesto a arriesgarme, ¿por qué no usted?

—Porque mi responsabilidad tiene que ver con la universidad, no conmigo mismo, estimado amigo. Es posible que hayan enviado esta carta obedeciendo a un impulso, pero si no la tenemos en cuenta, el amor propio del hombre puede ser tan grande como el suyo y puede verse obligado a hacer el intento, aunque en realidad no tenga tantos deseos de hacerlo.

Por un instante consideré la situación y creí comprenderla. Pero por otra parte... podría estar equivocado.

—Muy bien —concedí—. Adopte las precauciones necesarias.

—Estimado señor Griswold, eso no sería suficiente. Tendría un efecto muy perturbador sobre la ceremonia llenar el lugar de guardias y revisar a estudiantes, padres y amigos en busca de armas ocultas... Los actos programados se convertirían, desde luego, en molestia para todos. Lo mejor sería...

—¡Qué disparate! —dije—. La mitad de las ceremonias de graduación de este año se han visto perturbadas de una manera o de otra. La presencia de guardias parecerá una precaución natural y con toda seguridad estimulará al auditorio. Si realmente cree que alguien tiene la intención de introducir un rifle de alto poder con una lente telescópica en las tribunas su tarea es bien sencilla. No es fácil disimular un arma semejante. Disponga que los guardias busquen con especial atención cualquier estuche alargado, bastón sospechoso, muleta, caña de pescar... cualquier objeto alargado y fino. Tendría que ser bien visible, pues anuncian para el domingo un día caluroso y cualquiera que lleve un abrigo o prenda que lo cubra resultará sospechoso de inmediato.

—La clase de egresados deberá llevar sus togas amplias y largas— recordó el presidente.

—Sí, pero deberán marchar en procesión y cualquiera que lleve un rifle oculto bajo la toga caminará con cierta torpeza. Esto se aplica también al cuerpo docente, incluidos usted y yo. Y si estaba por mencionar la banda, no tiene más que revisar sus estuches de instrumentos y verificar que contengan solo instrumentos.

En resumen, lo vencí. No creía ni por un instante que fuese posible introducir clandestinamente un rifle en el estadio y, en caso de serlo, apuntar a nadie con él, de modo que creía saber qué era lo que se debía hacer. Con todo, dejaría que el presidente hiciese todos los trámites del caso. Podría ser divertido o, como dije antes, podría estar equivocado yo.

Dos días después llegué al estadio marchando entre la retaguardia de la procesión con el presidente a mi derecha. Era un día caluroso y soleado, tal como se había pronosticado y los estudiantes vestidos con sus togas y birretes estaban de pie junto a los asientos. Las tribunas estaban llenas de gente feliz formando un tablero complejo de manchas multicolores. En los bordes merodeaban hordas de jóvenes fotógrafos con la esperanza de sacar tomas de los graduados en el momento de recibir el diploma, o cuando se realizase la procesión académica. Unos pocos me fotografiaron, atraídos, supongo, por la majestuosidad de mi porte.

No pude menos que reparar en que el presidente había dejado un espacio inusualmente amplio entre ambos. Sé que estaba pensando, sin duda, en el tirador armado con un rifle y no deseaba convertirse en el proverbial "inocente espectador".

Desde la plataforma me dediqué a contemplar al auditorio. Tenía mayor seguridad que nunca de que nadie dispararía desde las tribunas ni conseguiría hacer un disparo certero como anunciaba, aunque lo intentase. Si alguien trataba de apuntar con un rifle tendría que hacerlo desde algún lugar aislado donde la tarea de apuntar pudiera hacerse con calma y tranquilidad... como en el caso de Oswald. Busqué ventanas que diesen al estadio, pero no las había.

La plataforma central estaba parcialmente techada en el fondo, arriba y también en algunos sectores laterales. Delante de nosotros estaba la gente que llegaba hasta las paredes del estadio y más allá, nada, salvo el cielo azul.

En primer plano estaban los organizadores, los fotógrafos y periodistas, los cuales daban la usual nota de corridas y desorganización. Tanto mejor, uno de los fotógrafos era en realidad uno de mis propios hombres que sabía bien lo que debía buscar y yo quería que pasase inadvertido. Además, en algunos puntos de las tribunas estaban los guardias destacados por el presidente y los que yo no había visto. Habló el presidente, el pastor pronunció una oración de bendición para todos, uno de los estudiantes dijo unas pocas palabras con tono tímido y luego yo me puse de pie, mientras el presidente me dirigía algunos elogios que, según se suponía, justificaban el diploma que se me confería. Terminados los adjetivos, me colocaron el birrete en la cabeza y todos se apartaron, dejándome solo en el estrado para que pronunciase mi discurso durante veinte minutos. Era el momento. Si el presunto asesino pensaba seriamente matarme y si además se proponía de veras no causar daño a nadie más, este era el momento. Yo estaba solo, o por lo menos, más solo de lo que estaría ningún otro durante la ceremonia. Había veinte personas más en la plataforma, pero estaban bastante detrás de mí y se habían sentado. Un disparo apuntado a mi cabeza, por ejemplo, no heriría a nadie si no me daba a mí. Y en ese momento yo tendría que esperar que no diese en el blanco, o mejor aún, tendría que prevenir el hecho antes de que se produjese. Tenía delante mi discurso manuscrito, pero tendría que improvisar, pues debía vigilar lo que ocurría frente a mí. No pude menos que recorrer las tribunas con los ojos antes de comenzar a hablar, pero fue una tontería hacerlo. No era probable que distinguiese nada a esa

distancia y para cuando oyese el estampido del rifle frente a mí, la bala ya habría entrado. ¡Dejaría esa parte a los guardias! Me concentraría en lo que ocurría inmediatamente delante de mí. Confiaba en mi amigo, cuya presencia noté en un costado, pero dos pares de ojos son mejores que uno.

—Agradezcamos el hecho —comencé a decir con estudiada elocuencia— de que no se trate de una vida de innoble molicie la que el mundo de hoy nos llama a vivir y que las controversias y conflictos en que nos vemos envueltos nos exija hoy...

En el instante en que pronuncié la palabra "controversias" localicé al asesino. Al mismo tiempo lo hacía mi colaborador. No tuvo necesidad de ninguna señal, procedió simplemente a avanzar.

Rodearon al hombre con tal limpieza y se lo llevaron con tanto silencio que dudo que el presidente reparara en nada. Terminé mi discurso con frialdad y aplomo y tuve la satisfacción de comprobar que el presidente estaba maravillado de mi autocontrol frente al peligro. Sólo más tarde le contaron el peligro que había corrido.

Pero entre tanto, me vi obligado a permanecer sentado, contemplando la interminable distribución de diplomas. Fue todo muy, muy aburrido.

(#)

Para entonces el vaso de Griswold estaba vacío, de modo que no tuvimos reparos en sacudirlo hasta que despertó.

—¿Cómo vio al hombre del rifle? —le pregunté con exasperación—. ¿Dónde estaba? ¿Cómo introdujo el rifle en el estadio y qué delató su presencia?

Griswold dio la impresión de comprender lo que le preguntaban con gran dificultad. Por fin dijo:

—¿Qué rifle? Les dije una y otra vez que era imposible introducir un rifle. El presunto asesino habló de apuntarme con su mira y de lograr un "disparo certero". El idioma inglés tiene tales características que esto puede referirse tanto a una cámara fotográfica como a un arma. Y en todas estas ceremonias se ven millares de cámaras. Cualquiera podía llegar al estadio con una cámara. Por ello yo estudiaba a todos los que estaban ubicados frente a mí. Cuando vi que alguien levantaba una cámara y la apuntaba hacia mí -alguien que en ningún momento había tomado otras fotografías- mi hombre lo vio y de inmediato lo prendió.

—¿Quiere decir que pensaba tomarle una fotografía? —preguntó Jennings.

—No, precisamente —repuso Griswold—. De haber llegado a apretar el botón habría

partido una flecha envenenada desde la cámara. Probablemente no me habría alcanzado, pero de haberlo hecho, podría haberme envenenado. Detuvieron al hombre para ponerlo bajo observación y aún está en el hospital psiquiátrico, según creo.

IRRESISTIBLE A LAS MUJERES

Baranov suspiró.

—No quiero dar la impresión de no haber tenido nunca éxito en mis relaciones con el bello sexo, pero debo admitir que para lograrlo hay que hacer el esfuerzo de mostrarse seductor. Y no siempre vale la pena.

El respetable ámbito de nuestro club no solía ser caja de resonancia de reminiscencias amorosas y, en lo que a mí respecta, no estaba desde luego interesado en escuchar las de Baranov.

—No tiene por qué implicar un esfuerzo —dije—. En algunos hombres, el despliegue de simpatía es una segunda naturaleza.

Al decir esto, me erguí un poco, como un pavo real. Jennings, en cambio, manifestó con bastante malignidad:

—Te he visto correr tras ellas sin mayor éxito... En tu caso, probaría otros recursos.

Entonces, desde las profundidades del sillón, del cual podría haber jurado que provenían los leves suspiros de un rítmico ronquido, llegó la voz de Griswold.

—Conocí una vez a un hombre irresistible para las mujeres. Nunca necesitó recurrir a la seducción. Por el solo hecho de existir, las atraía como abejas a un panal.

—Hombre afortunado —comentó Baranov.

—Depende de tu concepto de lo que es la fortuna —dijo Griswold—. Una de esas mujeres lo mató...

No voy a mencionar su nombre [dijo Griswold] ni los de las mujeres involucradas. El hecho provocó un escándalo bastante sonado hace varias décadas. Hoy está olvidado y más vale que así sea. No hay por qué resucitar un pasado desagradable para sobrevivientes y descendientes.

Me consultó sobre el caso la policía. En realidad, el jefe, que era muy amigo mío y conocía

mi facilidad para llegar al fondo de las cosas y para pescar al vuelo todo aquello que otros no suelen advertir.

—Griswold —me dijo—, están implicadas en este caso cuatro mujeres y cualquiera de ellas podría ser la asesina. Cada una de ellas tenía su motivo, los medios y la oportunidad, de modo que sólo se trata de identificar a la que cometió el crimen.

—Pero la policía puede hacerlo, ¿no? Sobre todo si investigan a fondo. Tienen pocos sospechosos.

—Es cierto —dijo el jefe de policía—, pero llevará tiempo y hombres, que, en este momento, no puedo darme el lujo de desperdiciar. Si usted se limita a entrevistar a cada una de las mujeres, estoy seguro de que podrá identificar de inmediato a la culpable.

Siempre me satisface ayudar a la policía, de modo que acepté dedicar un día al misterio... tiempo que no solía conceder fácilmente porque en esos días estaba muy ocupado.

En cuanto a ustedes, puedo identificar muy bien a las cuatro mujeres por el color del pelo: una lo tenía negro, otra castaño, otra rojizo y otra rubio. Al parecer no eran las únicas mujeres en la vida del hombre, pero sí eran las que lo habían visitado en las primeras horas de la noche fatal. Todas habían sido rechazadas con mayor o menor firmeza, pues, Don Irresistible había encontrado una nueva amiga que, por el momento al menos, lo había puesto fuera de circulación. Como es natural, las cuatro se sentían profundamente agraviadas. Una de ellas se sintió tan afectada que ya avanzada la noche volvió para suplicarle que no la abandonara. Según parece, la negativa del hombre fue férrea, de modo que la mujer tomó un cuchillo de la cocina que estaba en algún lugar del departamento y se lo enterró con la mayor limpieza en el pecho. Y mantuvo la suficiente presencia de ánimo como para borrar las huellas del mango antes de retirarse. Tal es, por lo menos, la reconstrucción del crimen.

Las huellas digitales halladas en el resto del departamento no tenían mayor importancia: las cuatro mujeres lo habían visitado. Había testigos en cuanto al hecho de que una de ellas había vuelto, pero no fue posible identificarla a causa de la oscuridad reinante, aparte de que se la vio sólo fugazmente.

Ninguna de las cuatro contaba con una coartada satisfactoria para el período en cuestión. Todas estaban muy nerviosas, furiosas por haber sido rechazadas y cualquiera de ellas podría haber sido la que echara mano al cuchillo. La quinta mujer, la amiga nueva, se presentó inmediatamente. No tenía motivos para cometer el crimen y sí una coartada. Decididamente no estaba entre las sospechosas.

Entrevisté a las cuatro y comprobé el asombro de cada una de ellas al enterarse de la existencia de las otras. El asombro no podía ser fingido ante un investigador tan hábil como yo.

No pude evitar sentir un profundo respeto por la habilidad de Don Irresistible para mantener en cada una el convencimiento de ser la única en la vida de ese hombre.

Pelo Negro afirmó que la víctima era irresistible.

—Había algo en él... —dijo.

—¿Exactamente, qué? —pregunté.

—No creo que pueda precisarlo.

—¿Sumamente apuesto? (Yo sabía que no lo era. Había visto su fotografía.)

—No. Solamente pasable.

—¿Hermosa voz?

—No especialmente hermosa.

—¿Educado? ¿Culto? ¿Ingenioso?

—¿A quién le importan esas cosas?

—¿Bueno en la cama?

—Bastante. Pero me sentí atraída por él antes de llegar a esa etapa.

—Pero usted no sabe con exactitud qué lo hacía tan atrayente.

—No sabría expresarlo.

Las cuatro mujeres se mostraron de acuerdo sobre ese punto. Nadie pudo especificar concretamente qué lo hacía irresistible, pero todas concordaron en que lo era.

Pregunté a Pelirroja si el hombre usaba alguna loción para afeitarse particularmente exquisita.

—No usaba ningún tipo de perfume —dijo—. Jabón sin perfume. Desodorante sin perfume. Es algo que me gustaba en él. No soporto los perfumes intensos ni en mí ni en los hombres.

Era algo que las cuatro mujeres tenían en común. Ninguna de ellas tendía a ahogarlo a uno en una pesada ola de sustancias químicas olorosas.

Pelo Castaño fue la única que mostró pesar. Todo el tiempo parecía sorberse las lágrimas y

tenía los ojos enrojecidos. Afirmó que no creía que ninguna de ellas pudiese haberlo matado.

—¿No sintió despecho ante su cínica conducta? —le pregunté.

—Me daba rabia, pero sólo cuando estaba lejos de él. Fuera de su presencia sentía verdadera indignación. —Pelo Castaño se sonó la nariz—. En cambio cuando lo veía, desaparecía. Lo único que sabía era que quería estar junto a él. Simplemente, tenía algo. Estoy segura de que las otras sentían lo mismo que yo.

Simplemente, tenía algo. Era lo único que podía arrancarle a las cuatro. La Rubia daba la impresión de ser la menos inteligente, la más dispuesta a hablar.

—¿Cómo lo conoció? —le pregunté.

—Fue en una fiesta. Nadie nos presentó. Lo vi algo apartado en un rincón y no me llamó la atención. Tenía un aspecto bastante común y no atrajo demasiado mi mirada. Pero luego, al pasar a su lado, no pude dejar de advertir algo atrayente en él. Me detuve, y le dije: “¡Hola!” Él levantó la vista, me sonrió y me dijo: “¿Qué tal?” Y así fue como nos conocimos.

—¿Algo en la sonrisa? —sugerí—. ¿Cierta osadía?

—No diría eso... Era una sonrisa como todas. Hablamos un rato. No recuerdo de qué.

—¿Pero recuerda que fue una conversación fascinante? ¿Brillante, diría?

—No... No la recuerdo en lo más mínimo. Tiene que haber sido una conversación como cualquier otra. De todos modos, me llevó a su departamento y estar con él fue algo maravilloso.

—¿Habilidoso en la cama?

—No estaba mal, pero los he conocido mejores. Lo que sé es que fue maravilloso estar con él.

La Rubia estaba en total acuerdo con Pelo Castaño en cuanto a que en presencia de Don Irresistible jamás habría podido dañarlo, hiciera él lo que hiciera. Las cuatro mujeres estaban de total acuerdo.

Existía la posibilidad de que tuviesen razón. Quizá ninguna de ellas lo hubiera matado. Podría haber sido un ladrón de sexo masculino. Según cabe presumir, Don Irresistible no ejercía su fascinación con los hombres.

Un llamado telefónico al jefe de policía desvirtuó la posibilidad. No había señales de que la entrada hubiera sido forzada y no se habían llevado nada. Además, la persona que vieron entrar en el departamento esa noche tarde era una mujer. La opinión al respecto de dos testigos fue

terminante.

¿Qué tipo de fascinación era la de Don Irresistible? De alguna manera estaba convencido de que si lograba descubrirlo, podría solucionar el misterio.

No voy a negar que jugué con la idea del hechizo.

¿Tenía Don Irresistible algún truco mágico que le daba esos resultados? ¿Ejercía algún tipo de sortilegio en sus víctimas, no en sentido figurado, sino literal?

Tenia mis dudas. Después de todo, una de sus víctimas se volvió contra él y lo mató. Si él recurría a algún tipo de truco mágico, por cierto debía ser suficientemente hábil para que no le fallase en momentos decisivos. No, su don tenía que ser natural y le falló en el momento crucial. ¿En qué había consistido su don y de qué manera le falló?

Me comuniqué una vez más por teléfono con cada una de las mujeres.

—¿Alguna vez se comunicó por teléfono con él?— les pregunté sucesivamente.

Todas habían hablado por teléfono con él.

—¿Le creaba la conversación una cálida atmósfera amorosa?

Cada una de las mujeres pensó un rato y por fin decidió que las conversaciones telefónicas no habían tenido particular importancia.

—¿Le gustaba que él la tuviese entre sus brazos?

—Hasta el éxtasis.

—¿Aún en la oscuridad?

Pelirroja dijo con vehemencia:

—En la oscuridad era mejor aún. Me podía concentrar más en él.

Las otras opinaron lo mismo.

Por fin, decidí que contaba con todos los elementos de juicio. Antes de medianoche hice llegar mi respuesta al jefe de policía. Me había llevado un día de trabajo encontrarla y desde luego acerté, porque...

(#)

Jennings era el más próximo a Griswold y logró pisarle un pie antes de que se volviera a

dormir.

—No te duermas —le dijo—. ¿Cuál era el secreto de su fascinación?

—¡Ay! —se quejó Griswold y luego, soplando detrás de su bigote, nos miró indignado—. Es imposible que no lo sepan. Si descartan lo sobrenatural los sortilegios y las pociones, todo se reduce a los sentidos. Hay tres sentidos de larga distancia: la vista, el oído y el olfato. Resulta obvio que Don Irresistible era un hombre del montón y con una voz vulgar. Cualquiera de las mujeres podía mirarlo desde lejos o hablar por teléfono con él sin caer presa de su encanto. Para ser seducidas era necesario aproximarse y la proximidad involucra el sentido del olfato.

—Pero no usaba perfume —observé—. Tú mismo lo dijiste.

—Ni más ni menos. Pero existen olores naturales. El olor de la transpiración reciente puede ser afrodisíaco. Se han localizado compuestos en la transpiración limpia de los hombres que las mujeres hallan atrayentes. Tienen olor a sándalo, según creo. Sin duda, buena parte de la atracción entre los sexos es resultado de estos sutiles mensajes químicos pero, en nuestra sociedad, con su énfasis en los perfumes artificiales intensos de todo género, los olores naturales se diluyen. Don Irresistible no usaba esencias ni perfumes. Tenía un olor natural pronunciado, sospecho, y las mujeres que al igual que él tampoco usaban perfumes y cuyo sentido del olfato era por lo tanto más fino, lo hallaban atractivo. Y lo hallaban atractivo en esta época insensible a los aromas sutiles, sin saber siquiera por qué. Ahí tenía que estar la clave.

—Sí —dijo Baranov—. Pero, ¿quién lo mató, entonces?

—Es evidente. Yo les dije que Pelo Castaño era la única que parecía apesadumbrada. Tenía la nariz húmeda y los ojos enrojecidos. Puede haber sido el pesar, pero también los síntomas de un catarro nasal. En condiciones normales hubiera sido sin duda incapaz de hacerle daño a su amigo, como dijo. Pero a causa de su resfrío, había perdido transitoriamente el sentido del olfato. Transitoriamente era inmune a Don Irresistible. Transitoriamente nada le impedía acuchillar... y lo acuchilló.

NO ERA ÉL

La noche estaba muy avanzada y una pesada sensación de aislamiento se respiraba en nuestro club. Los cuatro amigos, refugiados en la biblioteca, disponíamos del recinto para nosotros solos.

Jennings debió percibir, seguramente, esa sensación de aislamiento del mundo, pues comentó con aire soñador:

—Me pregunto si alguien vendría a buscarnos si decidiéramos quedarnos aquí.

—Nuestras mujeres extrañarían quizás nuestra presencia al cabo de una semana o dos —dije irónico—. Y se iniciaría la redada.

—Mira —dijo Baranov—. No se puede contar con las redadas. En 1930, un juez llamado Crater salió a la calle en Nueva York y nadie volvió nunca a verlo. En cincuenta años... ni un indicio de su paradero.

—En nuestros días —dije—, con los números de previsión social, las tarjetas de crédito y las computadoras, no es tan fácil desaparecer.

—¿No? —preguntó Baranov—. ¿Y el caso de James Hoffa?

—Me refiero a desaparición voluntaria. A gente que siga viva.

Desde el fondo de su sillón Griswold se agitó y emitiendo gruñidos pareció resucitar.

—En cierto modo —dijo— diría que hoy es más fácil desaparecer. Con la sociedad cada vez más heterogénea, con individuos cada vez más egocéntricos, ¿a quién puede importarle que una persona más, una menos, se escurra sin ruido a través de los movimientos mecánicos de una mínima participación social? Yo conocí una vez a un hombre en el Departamento por cuya identificación se hubiera dado cualquier cosa pero no era él...

—¿Qué Departamento? —preguntó Jennings, pero Griswold nunca respondía preguntas como esa.

Me pregunto [dijo Griswold] si alguna vez han pensado ustedes en la prolija cadena de

coincidencias que forman la red con la cual se aísla al agente extranjero y se neutraliza su acción. No es necesario arrestarlo y ejecutarlo al amanecer. Lo que necesitamos saber es, en cambio, quién es y dónde está. Una vez descubierto, el agente deja de ser un peligro. En realidad se convierte en una verdadera ayuda para nosotros, en particular si no sabe que lo han identificado. En ese caso podemos tratar de que obtenga información falsa. Se convierte así en nuestro canal en lugar de ser el canal del enemigo.

Pero no es fácil. Por lo menos, no siempre es fácil. Hubo un agente extranjero que siempre se las arreglaba para mantenerse justo en el límite de nuestro campo visual. Lo apodábamos "Fuera de Foco".

Sin embargo, poco a poco, fue posible ir estrechando el círculo hasta que llegamos a la conclusión de que el centro de sus operaciones era un edificio determinado medio derruido. En otros términos, localizamos su oficina.

Con infinita cautela, tratamos de seguir sus pasos sin provocar su huida a una nueva base, lo cual nos hubiera obligado a repetir la fatigosa tarea de ubicarlo. Encontramos rastros de su existencia en los comercios de alimentos de las inmediaciones, por ejemplo, en los quioscos de venta de diarios y en la oficina de correos. Pero nunca conseguimos una descripción precisa de su aspecto físico ni pruebas concretas de que fuera el hombre que buscábamos.

Para nosotros siguió siendo el señor Fuera de Foco. Dimos con el nombre que usaba: William Smith y el nombre nos dio una idea para intentar tenderle una trampa. Supongamos que un abogado hubiese estado buscando a un tal William Smith por ser el beneficiario de un importante legado de dinero. En ese caso, los vecinos colaborarían encantados. Si alguien a quien conocemos tiene probabilidades de obtener una herencia inesperada, deseamos ayudarlo, aunque sólo sea porque hacerlo podría despertar su gratitud y darnos la posibilidad de pedirle un préstamo. Smith podría no reaccionar instintivamente por unos instantes si la posibilidad de obtener dinero apareciese inesperadamente delante de sus narices, como la zanahoria frente al asno, y aun cuando creyera que no era el beneficiario no cuestionaría la busca.

Después de aleccionar prolijamente a un abogado le indicamos que buscara la manera de dar con William Smith. No fue posible. Hacía días que nadie lo veía. Nadie tenía información alguna. El único que mostró curiosidad fue el encargado del edificio que teníamos ubicado. Era de suponer que la posibilidad o no de cobrar alquiler del mes siguiente sería una de sus preocupaciones inmediatas. El hecho de que hubiera desaparecido -aunque provocara nuestra frustración- nos dio por lo menos la oportunidad de iniciar una busca policial justificada. Nada dramático: simplemente se abrió el caso de un desaparecido. Un detective de la repartición pidió con aire aburrido ver el departamento. El encargado lo autorizó a entrar.

Dos habitaciones, una pequeña cocina, un cuarto de baño. Nada más. Nada que nos

revelara nada acerca del ocupante, salvo que quizá fuera escritor cosa que, por otra parte, nos había dicho ya el encargado.

Pasaron los días sin que se lograra el menor rastro de William Smith. Ya no era simplemente Fuera de Foco, había desaparecido del todo, y teníamos la ingrata sospecha de que la desaparición era definitiva -como la del juez Crater-, y de que su peligrosidad sería mucho mayor mientras no lográsemos localizarlo.

Y entonces fue cuando nuestro jefe hizo lo que debería de haber hecho desde el principio.

Me envió a mí a inspeccionar el departamento. Siempre, desde que era joven, tuve mucha habilidad para adoptar el aspecto de individuo atolondrado. Es una cualidad útil, además, porque hace que la gente baje la guardia. Yo tenía la seguridad de que el encargado hablaría con mucho mayor libertad cuando le diera lástima verme medio perdido en ese departamento.

El hombre no hizo ademán de retirarse una vez que me dejó entrar y, desde luego, yo no le pedí que se retirara.

—Siguen buscándolo, ¿eh? —me preguntó.

—Sí —respondí—. Tengo que redactar un informe.

—Su familia debe estar muy preocupada. No sé si sabe usted que recibió un legado o algo así. Pienso que la familia debe de querer el dinero aun cuando no lo quiera a él.

—Seguramente —convine y seguí revisando el departamento.

Uno de los cuartos era una pequeña biblioteca, quiero decir, que ni el cuarto era grande ni los libros eran muchos. En su mayoría libros de consulta y de ciencias. Decidí que Smith podría ser un escritor de temas científicos. Necesitaban aparentar algún oficio. Los libros no eran flamantes y algunos parecían bastante usados. Había además un sofá tapizado, una mecedora de madera y una mesa. Eso era todo, salvo los anaqueles de los libros.

El otro cuarto tenía también varios anaqueles, inclusive el que guardaba la Enciclopedia Británica. En él había un gran escritorio, un sillón tapizado, varios archivos, una máquina de escribir eléctrica sobre una mesita especial con su correspondiente silla giratoria, un globo terráqueo y además todos los elementos propios del oficio de escritor: resmas de papel, lapiceras, clips de alambre, papel carbónico, pisapapeles, sobres, estampillas y demás.

El hombre era muy cuidadoso. Todo estaba guardado en los estantes o bien en los ficheros, en cajones del escritorio o sobre él. Con excepción de las piezas de moblaje que acabo de mencionar, no había nada en el suelo. Tampoco había fotografías de ninguna clase en las paredes desnudas de todo objeto enmarcado.

No se habían encontrado huellas digitales útiles.

—Usted no retiró nada de aquí, ¿no? —pregunté.

Después de todo, el encargado disponía de una llave.

—¿Quién, yo? ¿Con la policía merodeando? ¿Está loco?

—¿Está seguro de que no podría identificar al hombre? —insistí.

—Todos ustedes me lo preguntaron mil veces. Traté de decir cómo era, pero no es gran cosa. ¿Sabe cómo es? Como otros mil.

Contuve un rezongo. El agente exitoso tiene que tener el aspecto de otros mil pues, de lo contrario, no sirve para nada. Habían hecho comparecer al encargado a la estación de policía, donde debió mirar una serie interminable de fotografías con el fin de localizar a alguien que se pareciera a William. El hombre terminó por elegir seis, pero ni una de ellas tenía parecido alguno con las otras cinco. Smith seguía fuera de foco.

En la oficina había dos armarios de pared. Ropas, claro. Nada fuera de lo común.

Entré en el cuarto de baño. Los artículos de tocador habituales, más o menos usados.

En la cocina, dispuesta contra una pared, había una pequeña colección de comestibles en frascos o en latas. También algunos cubiertos y un abrelatas. Nada parecía muy usado.

El encargado se encogió de hombros y dijo:

—Pienso que comía afuera la mayor parte del tiempo. Es lo que les dije a los otros.

—¿Pero no sabe usted dónde?

El hombre volvió a encogerse de hombros.

—Yo me ocupo de mis cosas. En este barrio es lo mejor que se puede hacer.

—La gente de la estación de policía afirma que usted dice haber hablado con él alguna vez.

—Le diré... Cuando subía a cobrar el alquiler o a arreglar la flor de la ducha cuando goteaba. Cosas así.

—¿Qué tipo de cosas escribe?

—No lo sé. Nada de lo que yo leo, puedo asegurarle.

El hombre dejó escapar una risita maliciosa.

—No veo libros con su nombre aquí —comenté.

—Una vez me dijo que escribía mucho para las revistas. Tal vez no escribiese libros. No creo que haya usado su nombre real. Creo que me lo dijo una vez.

—¿Para qué revistas escribía?

—No lo sé.

—¿Bajo qué nombre escribía?

—Tampoco lo sé. Nunca me lo dijo y yo no se lo pregunté. No es asunto mío.

—¿No molestaba a los vecinos cuando escribía a máquina?

—Nadie se quejó nunca. Escuche, en esta casa podría pegarle a su vieja a las tres de la madrugada y ella gritar como un cochino y nadie se quejaría de nada.

—¿Oyó alguna vez el ruido de la máquina?

—¿Quiere decir, desde mi departamento? No. Estoy dos pisos más abajo.

—¿Y al pasar por el vestíbulo exterior?

—Claro. Alguna vez. Muy bajo. Un edificio antiguo como este tiene buenas paredes.

—¿Lo vio escribir a máquina alguna vez?

—Por supuesto. Venía a arreglar alguna cosa y oía el "tap, tap, tap" de la máquina. Como le dije, muy pocas veces. Él me dejaba entrar, volvía a sentarse y seguía escribiendo. Probablemente no ganaba mucho, de lo contrario no habría vivido aquí. —El encargado volvió a encogerse de hombros.

Murmuré algo y me retiré. Había allí tres vecinos más. Ninguno supo describir al hombre desaparecido y todos insistieron en que no sabían nada acerca de él. Una vecina creía haber oído escribir a máquina algunas veces, pero nunca había prestado mucha atención.

—Mire, señor, nosotros no nos metemos con nadie —declaró.

Y no mentía. Allí evidentemente, ya no tenía nada que hacer.

Ni falta que hacía. Era obvio que Smith estaba ya dentro de foco. Sin que él se enterase sabíamos quién era y dónde estaba. A partir de ese momento Smith dejaría de serle útil al

enemigo y sería de gran utilidad para nosotros hasta que... hasta que el enemigo supiera que habíamos descubierto el secreto de su identidad. Cuando lo supo lo detuvimos, antes de que ellos consiguiesen que el hombre sufriera un accidente fatal.

Si no les molesta, voy a reforzar un poco mi whisky.

(#)

Griswold hizo ademán de levantarse, pero Jennings empujó su sillón hacia él y le dijo:

—Tendrás que morirte de sed, ni más ni menos, hasta que nos digas dónde estaba y quién era.

Griswold junto las cejas blancas con gesto de fastidio.

—¡No me digan que no les resulta obvio! William Smith nunca existió. Era un truco creado por el enemigo para desviar la atención del Departamento en caso de que llegase a aproximarse demasiado. Casi les da resultado. Pero gracias a un detalle descuidado, me resultó claro que nadie usaba nunca el departamento para escribir nada y, como el encargado llegó a afirmar que había visto escribir a Smith, la conclusión fue que quien mantenía la superchería era el mismo encargado y que él era nuestro sospechoso. Eso es todo. Lo más sencillo del mundo.

—No, no es sencillo —dijo Baranov—. ¿Cómo supiste que no se usaba nunca ese departamento?

—Le faltaba lo esencial. Es posible escribir sin una biblioteca y sin libros de consulta. Se puede escribir sin un escritorio. Se puede escribir sin máquina de escribir. Ni siquiera es necesario contar con papel. Se puede escribir en el reverso de los sobres, en las bolsas de papel del mercado, o en el margen de los diarios.

En cambio, señores, cualquier escritor podrá decirles que existe un objeto sin el cual no puede pasarse el escritor y ese objeto no existía en este departamento. Les dije todo lo que había, pero no lo mencioné.

—¿Qué era? —pregunté, impaciente. El bigote blanco de Griswold se erizó.

—Un canasto de papeles —dijo—. ¿Cómo puede ningún escritor profesional arreglarse sin él?

LA LÍNEA DELGADA

Griswold no había asistido a varias cenas consecutivas de las que habitualmente celebrábamos en el club. Pero en ese momento estaba sentado allí, en apariencia, profundamente dormido. Su bigote nevado e hirsuto se levantaba y se hundía con toda regularidad al compás de la respiración.

—No puede haber estado ausente por trabajo —dije yo—. Tiene que estar ya jubilado.

—¿Jubilado como qué? —preguntó Baranov con tono escéptico—. No creerán ustedes esas historias fantásticas que nos cuenta, ¿no?

—No lo sé —dijo Jennings—. La mayoría de ellas parecen plausibles.

—Es cuestión de opiniones —dijo Baranov—. En primer lugar, todas esas historias de espías y dobles agentes... apuesto a que son fruto de su imaginación. Les diré más, estoy seguro de que nunca salió de este país. ¿Qué clase de espía es el que nunca abandona su país? ¿Qué hay que hacer en los Estados Unidos?

El vaso de whisky con soda de Griswold, lleno hasta el borde y sostenido en el aire mientras dormía, sin que se derramara una gota, se movió apenas en dirección a los labios de nuestro amigo. Fue subiendo y por fin llegó a los labios. Griswold, sin signos de haber despertado, sorbió el whisky con delicadeza, apartó su vaso y dijo:

—No he dicho que nunca haya abandonado el país. —Abrió luego los ojos y prosiguió—: Aún cuando lo hubiese dicho, aquí mismo, en nuestro país, hay bastante que hacer para mantener ocupado a un agente. Hay una honrosa lista de los que murieron aquí, bajo nuestra bandera estrellada... Como Archie Davidson, para mencionar solo a uno.

Archie Davidson [dijo Griswold] nunca salió de los Estados Unidos, algo que ustedes, hombres de mentalidad uniformada, parecen atribuirme también a mí. Debo decir que en sus doce años de servicio en el Departamento Archie nunca dejó de estar ocupado.

¿Se les ha ocurrido, señores, que existen más de un centenar de embajadas extranjeras y un número mucho mayor aún de consulados dentro de los Estados Unidos?

Cada uno de ellos debe reunir información útil a su país, tal como lo hacen nuestras embajadas y consulados en el extranjero en nombre de nuestra nación. La recopilación de información debe realizarse en forma más o menos clandestina en muchos casos, ilegal y con fines que amenazan la seguridad de nuestro país.

Además, las batallas políticas internas de diversas naciones se libran dentro del territorio de los Estados Unidos. Hay distintos grupos terroristas, de disidentes o de gente que lucha por su libertad (se les da diferentes nombres, según el punto de vista) y que operan en nuestro territorio.

Todos estos casos exigen nuestra atención y Archie era un agente excelente: discreto, hábil y persuasivo.

Es importante que fuera persuasivo. Una de las tareas de cualquier agente capaz es lograr la confianza de alguien del lado opuesto. Quien trabaja para el enemigo es, obviamente, una excelente fuente de información, se trate de un individuo que ha abandonado su patria por principios, de un hombre codicioso que busca dinero u otras recompensas o, simplemente, de un charlatán con exceso de confianza en sí mismo. Como es natural, el primero representa la fuente más confiable de información y es quien tiene mayores probabilidades de correr grandes riesgos.

No había nadie como Archie para localizar al enemigo dispuesto a trabajar con nosotros en nombre de sus principios. En el momento al que voy a referirme, contaba con uno de estos hombres. Desde luego no teníamos mayores detalles, pero el Departamento tenía la certeza de que Archie tenía su desertor. Era la forma más sencilla de explicar el tipo y la confiabilidad de los datos que nos pasaba.

Por otra parte nunca tratamos de establecer quién era la fuente. Lo mejor es no averiguarlo.

Cuando se cuenta con un espía en el campo enemigo, cuanto menos se conozca su identidad, más seguro estarán el espía y su contacto. Basta que el agente confíe su identidad a un colaborador por confiable que sea para que se produzca un punto débil. Siempre es posible interceptar e interpretar mensajes, oír clandestinamente alguna palabra, comprender ciertos gestos. La conducta observada por dos individuos puede servir como una pista más confiable a los ojos del enemigo que la conducta de uno solo. Lo mismo puede decirse de la de tres personas y así sucesivamente...

Es mejor, entonces, que exista una línea sumamente delgada entre el agente y el informante enemigo, muy delgada, como digo. Si el agente es el único que conoce al informante, mejor. El informante mismo se siente más seguro si tiene la certeza de que sólo una persona está enterada de lo que hace. En este caso hablará con mucha mayor libertad. Archie tenía la habilidad de inspirar confianza y lo lograba porque sabía que nunca había sido un agente doble.

Para nosotros fue una pérdida especialmente lamentable que matasen a Archie.

No había manera de determinar si lo mataron en el cumplimiento del deber. Nadie dejó su tarjeta de visita. Simplemente lo encontraron muerto en el zaguán de una casa de una calle de arrabal en una de nuestras importantes ciudades del este.

Lo habían acuchillado y se habían llevado el arma. No tenía la billetera y era natural pensar que había sido víctima de un asalto.

Fue así como lo interpretó la policía local. Archie no era una persona muy conocida. Tenía esa manera profesional de disimular su presencia y se hacía pasar por empleado de un comercio de bebidas alcohólicas. La policía no tenía ningún motivo para dedicar especial atención al caso ni la prensa para moverse demasiado.

Tampoco podía el Departamento mostrar demasiado interés. En primer lugar, no descubrimos el hecho hasta bastante después de haber sucedido. En segundo lugar, habría sido contraproducente que el Departamento se pusiera al descubierto.

Parecía lícito suponer que el crimen no hubiera sido más que un asalto con robo vulgar sin relación alguna con el trabajo de Archie. En tal caso, sin duda habría sido un paso en falso dar lugar a que cualquiera se dedicara a vigilar (y desde luego vive vigilándonos una cantidad de gente indeseable) para descubrir que Archie había sido un agente nuestro. El descubrimiento podría haberlos llevado hasta otros y hubiera puesto en peligro buena parte de nuestro trabajo. En particular, podría haber puesto en peligro al informante enemigo que utilizaba Archie y que tal vez aún nos era posible salvar.

Por otro lado, no nos importaba mucho en realidad que a Archie lo hubiese matado un asaltante común o el enemigo. En el Departamento no creemos en la venganza. No vamos a perder el tiempo tratando de establecer quién mató a uno de nuestros hombres para poder matarlo nosotros. Nuestro trabajo es mucho más importante que melodramas de ese género. Además, aunque hubiesen matado a Archie por orden de una importante embajada extranjera, era muy probable que el asesino fuese algún drogadicto pagado que ni siquiera sería capaz de recordar los pormenores de su contratación.

No, lo que era importante para nosotros era el trabajo de Archie, no Archie. Y la parte más importante de su trabajo era en aquel momento su relación con el informante enemigo, esa línea delgada, tan delgada, en verdad, que estaba trazada sólo entre esas dos personas y que ahora, al haber muerto una de las dos, se había cortado.

A menos, sin duda, que de alguna manera Archie hubiese conseguido dejar información que nos permitiera reconstruir la línea. No parecía muy probable que lo hubiese hecho, pero habría sido su deber y, por lo tanto, había que estudiar la posibilidad.

Como era natural, me tocó a mí encargarme de los tratos con la policía. Mi aire de serena

autoridad siempre daba resultado frente a ella y calmaba las aguas tormentosas que se levantaban en forma inevitable cuando la gente local temía que la avasallasen las autoridades federales. Dedicué mucho tiempo a ciertas maniobras que me servían para ocultar el motivo preciso por el cual Washington se interesaba en el caso, pero no quiero aburrirlos con esa parte. Contaré la historia en forma mucho más directa de cómo ocurrió en realidad.

—¿Estaba aún vivo cuando lo encontraron? —empecé por preguntar.

—Qué va... Hacía por lo menos tres horas que había muerto.

—Qué lástima. Siempre es mejor cuando les resta un poco de vida y pueden decir algo.

—¿Cómo por ejemplo, "El hombre que me mató era" para luego estirar la pata antes de llegar a dar el nombre?

—Es preferible que lleguen a dar el nombre. Supongo que no dejó ningún mensaje, ¿no?

—Usted habla de esos que se escriben con la propia sangre en el pavimento. —El hombre de Homicidios estaba apunto de perder los estribos, pero no le di el gusto—. Había un poco de sangre en la chaqueta que llevaba, pero nada cerca de las manos ni en ellas. Y lo que es más, no había garabatos en el suelo, ni palabras formadas con cáscaras de banana u otra basura. Mire, le faltaba la billetera y lo más que pudimos hacer fue establecer su identidad.

—¿Le revisaron los bolsillos?

—Claro.

—¿Nada interesante? ¿Tiene una lista?

—Tengo algo mejor —dijo el detective—. Aquí tiene lo que había. —Al decir esto me pasó una bolsa de plástico y dejamos caer su contenido sobre el escritorio.

Revisé el material. Llaves, monedas, un peine de bolsillo, una agenda, un estuche para anteojos, un bolígrafo. Revisé la agenda. No había nada en ella pero sí varias hojas arrancadas. El buen agente registra lo menos posible en blanco y negro. Si por alguna razón tiene que anotar algo, se deshace de ello lo más pronto posible.

—¿Nada más? —pregunté. El detective agitó la bolsa de plástico sin decir una palabra. Con la sorpresa que es de imaginar vio cómo caía del interior una bolita de papel. La levanté y estiré el papel. Decía con letras irregulares, todas mayúsculas LLAMAR TAXI.

El papelito era una hoja de la agenda. Utilicé el bolígrafo para hacer algunas marcas en otro pedazo de papel sobre el escritorio y comprobé que correspondían en cuanto a color y

grosor del trazo.

—¿Fue escrito esto después del crimen? —pregunté.

—Podría ser —respondió el detective, encogiéndose de hombros.

—¿En cuál de los bolsillos lo encontraron? ¿Estaba ya convertido en una bolita? ¿Dónde estaba el bolígrafo?

Debimos localizar al policía que descubrió el cuerpo de Archie y también al detective que llegó a la escena del crimen. Los resultados fueron definitivos. La bolita de papel estaba en el bolsillo izquierdo de la chaqueta. El bolígrafo sujeto por la mano derecha de Archie, estaba en el bolsillo derecho. Si nadie había tenido en cuenta esos detalles, era porque no se le había dado mayor importancia al asesinato.

Sin embargo, era claro que el último esfuerzo de Archie, excelente agente como era, nos proporcionaba importante información. Tenía que aludir de algún modo a su contacto, a alguna forma de reconstituir la línea de enlace.

Me puse a reflexionar. Archie no decía qué taxi se debía llamar. ¿Era el de una compañía en particular? ¿Utilizaba él alguna compañía en particular y en tal caso, podríamos averiguar cuál era? ¿Había algún mensaje que nos fuese posible obtener si consultábamos las páginas amarillas de la guía telefónica y revisábamos la sección "Taxis"? ¿O bien se trataba de otra cosa?

Pensé con gran concentración durante un minuto y luego adopté un curso de acción que me permitió localizar al informante enemigo y reconstituir la línea. Antes de que el otro lado localizase al informante y la tomara por su cuenta, tuvimos tiempo de reunir varios elementos de juicio que contribuyeron a la solución satisfactoria de la crisis de los misiles en Cuba. Fue, pues, un desenlace feliz...

(#)

—Ni se te ocurra —dije, pisándole un pie para impedir que se durmiese—. No nos has dicho lo importante.

Griswold frunció el ceño.

—Por supuesto que se los dije. Adopté un curso de acción que me permitió localizar al informante enemigo y...

—Sí, pero, ¿cómo? ¿A qué compañía de taxis llamaste?

—No llamé a ninguna. Por favor, hombre, no me digas que no comprendiste. Cuando

haces un llamado dentro de la ciudad, marcas siete números. Cada número, del 2 al 9, tiene siete letras incluidas sobre el disco, que se remontan a la época en que las estaciones telefónicas tenían nombres. Tenemos ABC en la posición 2, DEF en la posición 3, y así, sucesivamente. Es posible dar un número formado por letras, siempre que no contenga ni unos ni ceros. En el "1" no hay letras, y en algunos diales hay solo una zeta asociada con el "0".

Por ello no tuve que llamar a la compañía de taxis. Marqué T-A-X-I-C-A-B, que corresponde en números a 829-4222. Este era el punto de contacto. Sin duda, a Archie le resultó más fácil recordar la palabra que la combinación de números y, cuando agonizaba, todo lo que recordó fue la palabra... Por eso, ya desesperado, la garabateó.

MELODÍA MISTERIOSA

Baranov hizo crujir su diario con decidido ademán de fastidio. Esa noche estábamos como de costumbre sentados en el augusto ámbito de nuestro club.

—Hubo otro asesinato por una pandilla en Brooklyn —dijo.

—¿Qué otra novedad hay? —pregunté, sin mostrarme muy impresionado.

—Lo que pasa ahora —dijo Baranov— es que destinarán quién sabe cuántas horas de trabajo policial a este caso, mientras las tareas de verdadera utilidad se van al diablo. ¿A quién le importa que un pistolero mate a otro? ¡Que se maten todos...!

—Se crea un mal precedente —dijo Jennings con tono sentencioso—. El asesinato es el asesinato y no puedes dejarlo pasar. Además, no sabes en realidad si se trata de un asesinato entre pistoleros hasta que lo investigas.

—Por otra parte —intervine—, casi ninguno de estos crímenes llega a resolverse nunca, de modo que tal vez la policía no pierda demasiado tiempo.

—Sí que lo pierde —respondió Baranov con vehemencia—. Se pierde muchísimo tiempo, demasiado, por poco que sea. Nadie de los involucrados hablará ya la policía no se le permite arrancarles la verdad a golpes. Ni siquiera los parientes más cercanos a la víctima quieren hablar, los muy tontos... Se diría que no quieren que el asesino sea atrapado.

En ese instante Griswold se movió. Sus suaves ronquidos terminaron con una nota estrangulada. Al recobrase se atusó el bigote blanco con la mano en la que no sostenía su vaso de whisky con soda.

—Por supuesto que quieren que el asesino tenga su merecido, pero no por los procedimientos policiales. Quieren que su merecido sea la venganza de la banda, que, dicho sea de paso, es la más segura. La ética criminal se apoya en bocas cerradas. De lo contrario, las fuerzas de la sociedad sabrían demasiado para mal de todos. Una vez hubo un caso... —Griswold comenzaba así otra historia.

Por un instante dio la impresión de quedarse dormido otra vez, pero Jennings, el más

próximo a él, le dio un pequeño puntapié en el tobillo. Los ojos de Griswold se abrieron de par en par. Después de un "¡Ay!" pronunciado muy bajo, comenzó a hablar.

Hubo una vez... Fue el caso de Jinks Ochenta y Ocho. Su nombre de pila era Christopher, creo, pero tenía talento como pianista y su manera de acariciar esas ochenta y ocho teclas le valió el apodo. Por lo menos, nadie lo nombró nunca por otro, que yo sepa.

Podría haber llegado a ser un gran pianista, según muchos. Era capaz de tocar cualquier cosa que hubiese oído una vez, de cualquier estilo y los acordes que improvisaba partían el alma. Tenía asimismo una hermosa voz. Pero le faltaba algo. Carecía de toda iniciativa. Y bebía con la mayor pericia también, malogrando así sus posibilidades.

A los treinta y cinco años, se ganaba la vida con bastante dificultad tecleando en los pianos de diversos bares y clubes nocturnos de segundo orden, y haciendo, además mandados para las bandas. Era un hombre bondadoso, aunque cuando bebía tenía mal vino -y bebía sin parar- el alcohol no parecía interferir su destreza en el teclado.

La policía lo conocía bien y en general lo dejaba tranquilo. Jamás molestaba, de manera que no había la menor oportunidad de levantarle cargo por ebriedad ni escándalo. Nunca consumía drogas ni las distribuía. No participaba en las actividades de las damas de la noche que llenaban los locales donde ejecutaba su música y los encargos que solía cumplir para los "muchachos" eran en verdad completamente inofensivos.

A veces la policía intentaba arrancarle algún dato, pero nunca hablaba.

En una ocasión dijo: "Escuchen, muchachos. No me hace ningún provecho que me vean con ustedes. No se trata de mí, solamente. Tengo una hermana que trabaja mucho, es casada y tiene un hijito. No soy motivo de orgullo para ella, y el solo hecho de que yo viva es un grave estorbo en su existencia. No quiero ser causa de que lo pase peor. No quiero que la molesten y, cualquiera con que advierta que frecuento mucho la compañía de ustedes, los policías, la molestará.

Esa es, desde luego, una de las razones por las cuales la gente no abre la boca, aun en los casos que cualquiera diría que les conviene hablar. Hablar de más es el pecado imperdonable y la venganza se vuelve no sólo contra quien habla sino contra todos los que lo rodean.

La policía lo dejaba, pues, tranquilo, porque lo comprendían y sabían que nunca hablaría y que, además, no tenía nada que decir.

Eso fue lo más triste de su muerte. Lo encontraron en un callejón con un cuchillo clavado en la espalda. Cuando llegó la policía estaba vivo aún. Por excepción, el crimen había sido denunciado. Hubo un llamado anónimo avisando que se oían gritos pidiendo socorro en el

callejón. El informante, desde luego, no dio su nombre y cortó inmediatamente la comunicación. En general se encuentran los cadáveres sólo horas después del crimen, cuando toda la vecindad responde con ojos vidriosos cualquier pregunta y uno se encuentra con que muchos de ellos ni siquiera hablan nuestro idioma.

La policía no descubrió nunca por qué acuchillaron a Ochenta y Ocho. Nadie podía considerarlo un hombre peligroso. Por otra parte, en las bandas hay siempre rencillas internas como sucede en todos los grupos de cualquier sociedad y es posible que alguna gestión cumplida por Ochenta y Ocho hubiese provocado el enojo de uno de los miembros de la que lo rodeaba.

Los policías que aparecieron en la escena del crimen conocían bien a Ochenta y Ocho y, como el infeliz todavía estaba vivo, pidieron con urgencia una ambulancia. Ochenta y Ocho los miraba con expresión apacible, sin mostrar la menor preocupación en los ojos.

—Te sacaremos de esto, Ochenta y Ocho. Te salvarás.

Ochenta y Ocho sonrió.

—¿De qué habla, policía? Me muero. ¿Que me salvaré? Sí, cuando me muera me salvaré de muchas cosas. Estaré allá abajo, en el infierno, con todos mis amigos y mis esperanzas y si hay un buen pianito, me las arreglaré.

—¿Quién te hizo esto, Ochenta y Ocho?

—¿Qué le importa ni a usted ni a nadie?

—¿No quieres que atrapemos al canalla que te dejó así?

—¿Para qué? Si lo atrapan, ¿quiere decir que voy a vivir? No, me muero lo mismo. Tal vez me haya hecho un favor. De haber tenido valor ya me lo habría hecho yo a mí mismo hace años.

—Tenemos que atraparlo, Ochenta y Ocho. Ayúdanos. Si vas a morir, a ti no te hará nada. ¿Qué puede hacerte ya? ¿Bailar sobre tu tumba?

Ochenta y Ocho les dirigió una sonrisa exangüe.

—Seguramente no encuentre ninguna tumba. Me arrojarán a alguna pila de desperdicios. Y no van a bailar allí. Bailarán sobre mi hermana. No puedo permitirlo. Les agradecería que le dijeran a todo el mundo que no dije nada.

—Lo diremos, Ochenta y Ocho, no te preocupes. Pero que sea mentira. Danos tan sólo un nombre, un dato, una señal con la cabeza. Cualquier cosa. Mira, me ayudaría en mi trabajo y yo nunca diré que me dijiste nada.

Ochenta y Ocho parecía divertido.

—¿Quieres ayuda? ¿Qué te parece esto? —Movi6 los dedos como quien golpea teclas invisibles y tarare6 unos pocos compases musicales.

—¿Qué es? —pregunt6 el policia.

—Tienes tu dato, policia. No puedo hablar m6s.

Dicho esto, Ochenta y Ocho cerr6 los ojos y muri6 durante el trayecto al hospital.

Al d6a siguiente me llamaron. Estaba haci6ndose costumbre en la policia y no me hizo ninguna gracia. Yo tenia mis propias obligaciones y ayudar a la policia solo me significaba el honor de que me lo agradecieran. Recompensas m6s palpables... ninguna. Ni siquiera consegu6 nunca que me perdonasen una infracci6n de tr6nsito.

—¿Asesinato entre bandas? ¿A qui6n le importa? ¿Qu6 diferencia hace que lo resuelvan o no?

Fue mi l6gica reacci6n. Estaba conversando con Carmody, un teniente de la secci6n Homicidios.

Con un gru6ido, Carmody respondi6:

—¿Cree que merezco esa respuesta? ¿No basta con que sea la que nos dan todos los idiotas? En primer lugar, el hombre que se bajaron era un pobre infeliz que nunca le hizo mal a nadie salvo a s6 mismo y que mereci6 algo mejor que lo que le toc6 en la vida... pero no nos pongamos sentimentales. Ve6moslo desde otro punto de vista... Si logramos identificar a alguien, estaremos tocando a la organizaci6n a la que pertenezca. Podr6a ser 6til. Quiz6 no consigui6ramos que la condenaran. Es posible que la banda continuara sin 6l. Pero hay una probabilidad, solo una probabilidad, de que el baquetazo provoque algunos agujeros en la organizaci6n, agujeros que aprovechar6mos para meternos, destrozarla y recoger los fragmentos hasta en Newark, bien lejos de Nueva York. Tenemos que jugar esa carta, Griswold, y usted debe tratar de ayudarnos.

—¿C6mo? —le pregunt6.

—Tiene que llevarnos hasta el asesino. Quiero que hable con Rodney, un oficial que estuvo con Ochenta y Ocho, la v6ctima, momentos antes de que muriese.

El policia Rodney no parecia muy feliz. Tener una pista que no lograba comprender no era el camino del ascenso.

Con mucho cuidado nos relató la conversación con Ochenta y Ocho, la que acabo de describir. No sé qué exactitud tenía su versión, pero diré aquí que sin duda lo que contaba era el tema musical.

—¿Qué tema musical? —Le pregunté.

—No lo sé. No eran más que unas pocas notas.

—¿Lo reconoció? ¿Lo oyó alguna vez con anterioridad? ¿Lo identifica?

—No, señor. Nunca lo oí con anterioridad. No sonaba como algo popular. Fueron unas pocas notas sin significado.

—¿Puede recordarlas? ¿Tararearlas?

Rodney me miró, horrorizado.

—No canto demasiado bien.

—No es un recital. Haga lo que pueda.

Después de varios intentos, Rodney renunció a cantar avergonzado.

—Perdone, señor. Lo cantó sólo una vez y no era nada que yo hubiese oído antes. No me sale nada.

Dejamos las cosas allí y Rodney se mostró aliviado al librarse de un interrogatorio que lo colocaba en posición desventajosa.

Carmody me miró preocupado.

—¿Qué podemos hacer? ¿No podríamos someterlo a la hipnosis? Quizá lo recordaría.

—Suponiendo que lo hipnotizáramos —dije—, que recordase el tema, que nosotros lo reconociéramos y descubriéramos su relación con el sospechoso. ¿Podríamos presentar esto como evidencia? ¿Sobreviviría Rodney a un interrogatorio en la corte? ¿Convencería al jurado?

—Tres veces no. Pero si lográsemos descubrir quién es, podríamos tratar de hacerlo confesar: establecer motivo, medios y oportunidad.

—¿Tienen sospechosos? —pregunté.

—Hay una banda que actúa en el barrio, por supuesto. En ella hay tres hombres que, según sospechamos, pueden haber estado implicados en otros tres asesinatos.

—A buscar a los tres, entonces.

—No es eficaz. Si perseguimos a los tres, ninguno sentirá miedo, pues será obvio que estamos a oscuras. Además, bien podría ser otro. Si conociéramos a un solo hombre y cayésemos sobre él y nadie más...

—Veamos —dije—. ¿Cómo se llaman los tres sospechosos que mencionó?

—Moose Matty, Ace Begad y Gent Diamond. El apodo de Ace se refiere a que siempre que saca un as en las cartas, dice: "¡As, por Dios!"

—En ese caso —repuse—, quizá no sea tan difícil. Traiga al oficial Rodney y vayamos todos juntos al piano más próximo.

En un comercio de enfrente localizamos un piano y le dije a Rodney:

—Escuche esto, Rodney, y dígame si es lo que tararé Ochenta y Ocho. —Seguidamente, toqué varias notas.

Con aire sorprendido, Rodney dijo:

—¡La verdad es que suena lo mismo, señor! ¿Quiere tocarlo otra vez?

Obedecí.

—Una sola vez más, Rodney —dije—, pues comenzará a convencerse de que ese es realmente el tema que oyó. ¿Es este?

—Sí, es ese —exclamó Rodney, entusiasmado—. Es ese, ni más ni menos.

—Gracias. Trabajó muy bien y no hay duda de que le harán una mención especial. Teniente, sabemos quién es el asesino o, por lo menos, sabemos a quién acusó Ochenta y Ocho. Bien, no sé si las repercusiones llegaron hasta Newark, porque no seguí el caso a partir de entonces, pero entiendo que atraparon al asesino y hasta lograron encarcelarlo, lo cual es un desenlace feliz. El oficial Rodney recibió una mención especial. El teniente Carmody se quedó con la fama. Yo volví a mi propio trabajo. Y todos ustedes, claro, se habrán dado cuenta de cómo era la cosa.

(#)

—No vemos nada —vociferó Jennings—. Y no te nos duermas. Esta vez, Griswold, has ido demasiado lejos y estás provocándonos. ¿Cómo pudiste reconstruir las notas y cómo las utilizaste para localizar al asesino?

Griswold resopló con marcado desdén.

—¿Que falta hace una explicación? Existen solo siete notas y luego recomienza la serie en la octava con la primera. Do, re, mi, fa, sol, la, si, y luego recomienza la serie. También es posible expresar estas notas con letras: C, D, F, G, A, B y por último C recomienza la serie. Habrán oído hablar de "C media". Y de la "clave de G" o de "D menor" y demás...

Muy bien, Es posible, aunque no habitual, que un nombre consista tan sólo de las notas desde A hasta G inclusive. Un ejemplo es "Ace Begad" y tan pronto como oí el nombre, tuve la certeza de que se trataba del asesino. Formé el nombre con notas musicales: la, do, mi, si, mi, sol, la, re, o sea A, C, E, B, E, G, A, D, con una breve pausa entre la tercera y la cuarta nota y Rodney reconoció el conjunto como el tema musical cuando lo ejecuté... Eso es todo.

ESCONDIDAS

—Conozco el caso —dijo Baranov, mirando con astucia a Griswold— de dos agentes condenados por haber hecho un allanamiento sin la correspondiente orden.

Baranov calló y ni Jennings ni yo dijimos nada. Griswold estaba a un costado de nosotros, contemplando la chimenea donde ardía un leño. La noche era bastante fría. Por un milagro no estaba dormido, ya que su vaso de whisky con soda se movía lentamente hacia sus labios y luego se apartaba. Tampoco él decía nada.

Baranov hizo otro intento.

—Actitudes como esa dificultan la tarea de las organizaciones destinadas a hacer cumplir la ley, en especial cuando deben trabajar en secreto y en interés de la seguridad nacional.

Hubo otra pausa. Jennings dijo con un tono un poco más alto:

—Por otra parte, no puedes permitir que las organizaciones destinadas a hacer cumplir la ley la infrinjan, cuando han jurado defenderla. Con ello corren peligro las libertades del pueblo.

En ese punto Griswold giró en su asiento y nos miró a los tres de frente, las cejas bajas sobre sus ojos de un color celeste porcelana. El bigote se le agitaba levemente.

—Están tratando de lograr que yo reaccione, pero pierden el tiempo —dijo—. No se trata tanto de una cuestión legal como de una cuestión de prudencia. Podrían haber hecho lo que hicieron con otra impunidad, si hubieran recibido un mandato directo de quienes tenían títulos para juzgar cuándo está involucrada la seguridad nacional. Lo que les faltó fue ese mandato, no la orden de allanamiento. Les diré. ¿Qué puede reprimir a una organización mucho más que las simples limitaciones legales? Su propia actitud intelectual, actitud que puede ser tonta. Por ejemplo... —Antes de proseguir, Griswold bebió un pequeño sorbo de su whisky.

Por ejemplo [dijo Griswold] en los viejos tiempos, cuando la agencia de informaciones estaba bajo la dirección de ya saben quién, no había un solo agente que osase levantar la voz frente a ningún ucace, por arbitrario que fuese. Después de todo, los senadores solían tenderse sobre las charcas para que el jefe pudiese pasar por ellas sin embarrarse los zapatos y, cada vez que él fruncía el ceño, los presidentes se acurrucaban muertos de miedo en un rincón.

En aquel entonces se podía reconocer a un agente a dos kilómetros de distancia por esa especie de uniforme que les imponía el jefe. Nadie más tenía camisas tan blancas ni corbatas tan angostas y tan cuidadosamente centradas; trajes tan discretos ni talles tan delgados; pelo tan corto ni raya tan perfecta; perfumes con aromas tan varoniles ni apariencia tan joven y osada. En suma, podría habérselos tomado por misioneros mormones, pero no por ninguna otra cosa.

Y claro, vivían en un estado de terror constante. No era tanto el miedo de cometer un error. Eso podría perdonarse. El verdadero temor era el de poner en ridículo a la agencia o al jefe. Un traspie en ese sentido implicaba la inmediata decapitación. Para esos casos no había perdón y los agentes lo sabían.

Como es lógico, oficialmente nunca pude llegar a ningún entendimiento con la agencia. Me negaba a afeitarme el bigote que en aquel tiempo era oscuro y casi tan importante como ahora, y también a vestir el uniforme. Y lo peor de todo era que en una oportunidad tuve el atrevimiento de mirar por encima de la cabeza del jefe, cosa fácil, y de fingir no haberlo visto. El jefe podía olvidar cualquier otra cosa, pero jamás olvidaba un desaire relacionado con su talla, por disimulado que fuese.

Terminé por no preocuparme. Cuando las cosas se ponían difíciles, más de un miembro de la agencia acudió a mí en busca de ayuda.

Jack Winslow vino a verme una vez, recuerdo, con una sonrisa zalamera y unas reveladoras gotas de sudor en la frente, a pesar de la regla que prohíbe que los agentes transpiren. Dicho sea de paso, Jack Winslow se llamaba realmente así, lo cual le resultaba muy útil en la agencia. Un hombre mejor aún podría sólo haber sido Jack Armstrong.

—Mira, Griswold —me dijo—, hoy sucedió la cosa más increíble y me gustaría mucho que me dijeras qué opinas.

—Dime qué sucedió —respondí— y te diré si se me ocurre algo. Además, no le diré al jefe que me consultaste.

Me lo agradeció con la mayor sinceridad, pero desde luego, no había manera de que yo pudiese contarle nada al jefe aun si hubiese deseado hacerlo. No nos hablábamos, cosa que me venía muy bien.

No tiene objeto contarles la historia de Winslow con todos los detalles porque es un hombre sumamente aburrido. Sigue siendo aburrido, según me dicen, a pesar de estar ahora jubilado. Les daré brevemente los datos esenciales.

La agencia había llegado hasta los límites de un operativo que era importante detener. Había localizado uno de los peones del tablero. Podrían arrestarlo en cualquier momento que

eligiesen, pero no les habría sido de ninguna utilidad. El hombre no sabía lo suficiente y era demasiado fácil reemplazarlo. En cambio, sí se lo dejaba en libertad sería posible utilizarlo como caña capaz de descubrir algo mucho más importante que él mismo. Era un trabajo monótono y delicado y, a veces en este tipo de cosa, cuando algo sale mal, es difícil que el agente quede en condiciones de reparar su error. Winslow estaba, pues, en una situación verdaderamente difícil. El objetivo de este tramo particular de la misión era localizar un pase: el de algo importante de una persona a otra. Se deseaban obtener dos datos: la forma en que se efectuaba el pase subrepticio -que podría haber ofrecido una pista importante en cuanto al sistema seguido por esta gente- y la identidad del receptor, es decir, del que recibía la información, por cuanto este receptor era probablemente mucho más importante que el transmisor.

Se había llevado al peón a la situación de aceptar algo para pasar. Se trataba de un dato de verdadera importancia, aunque no tanta como la que a ellos se les había hecho creer. Con todo, no eran tontos, y era necesario alimentarlos con algo para que mordiesen el anzuelo. Por lo menos, era vital llevar a los agentes a procurar no perder el material sin haberse apoderado de algo por lo menos de la misma importancia.

El golpe consistía en la forma del objeto que debía transferirse. De algún modo se había persuadido a la oposición de que ordenase a su peón recoger un paquete que, no obstante no ser pesado, tenía un metro ochenta de largo por unos diez centímetros de ancho. Parecía una caña de pescar embalada y no había manera de disimularla ni de lograr que no llamase la atención. Winslow estaba orgulloso de la tramoya y no me quiso decir cómo se había llevado a cabo el ardid, pero a mí no me importaba no saberlo. Sabía en cambio que, por regla general, la gente contra la cual luchamos es tan vulnerable como nosotros.

Había cinco agentes desplegados en varios lugares observando de diverso modo el paso del peón o, mejor dicho, del tan visible paquete. No se aproximaban mucho. No podrían haberlo hecho, pues los habrían reconocido de inmediato por sus camisas blancas y sus sombreros de castor gris de excelente calidad en un barrio donde nadie los usaba.

El peón entró en un restaurante barato de ese barrio de arrabal. Para pasar por la puerta debió maniobrar bastante con su paquete y Winslow contuvo el aliento por temor de que la rompiese, pero el hombre logró meter el paquete entero en el interior. Permaneció allí unos cinco minutos -cuatro minutos y veintitrés segundos, según me informó Winslow, que había estado mirando tontamente su reloj en lugar del restaurante- y luego salió. No traía consigo el paquete ni nada que pudiese haberlo contenido en forma alguna.

Se esperaba tal cosa. Sin embargo, también se esperaba que el paquete volvería a salir en manos de otra persona o por algún medio, pero el paquete no reapareció. Al cabo de dos horas, Winslow estaba en verdad inquieto. ¿Habrían ahuyentado acaso al receptor mostrándose demasiado al vigilar el lugar? No podían evitarlo, mientras llevasen aquel uniforme civil, pero no

llevarlo tampoco serviría para protegerlos contra las iras del jefe.

Lo que era peor aún, ¿era posible que hubiesen dejado deslizarse el paquete de un metro ochenta de largo por diez centímetros de ancho bajo sus propias narices? En ese caso, ahí podían dar por terminadas sus carreras.

Por fin Winslow no pudo soportar más. Desesperado, ordenó a sus hombres que entrasen en el restaurante y ahí se produjo el golpe de gracia.

—No estaba —dijo, desesperado—. No era un local tan grande y el paquete no estaba allí. Tan pronto como pude apreciar la situación, vine a verte. Recordé que vivías a sólo dos kilómetros y tenía la esperanza de encontrarte en casa.

La expresión de Winslow revelaba hasta qué punto lo aliviaba que estuviese en casa.

—Pienso que si el paquete está en el restaurante, cabría confiar en la capacidad de tus agentes para localizarlo. Un paquete de un metro ochenta de largo no es exactamente un diamante ni un rollo de microfilm.

—No está en el restaurante.

—¿Podrían haberlo desmembrado, separado, ocultado en partes o, ya que estamos, retirado en partes?

—No, en ese caso, estaría roto y no tendría utilidad alguna. Tenía que estar intacto. Y recuerda que no estoy diciéndote qué es.

—Yo no te lo pregunto y probablemente tú tampoco sepas qué es. ¿Te ocupaste especialmente de las personas presentes en el restaurante?

—Por supuesto. Eran el tipo de gente totalmente carente de espíritu de colaboración que se vuelve hosca frente al menor contacto con la ley. Pero no hay manera de que una cosa como esa haya estado oculta en la persona de nadie.

—Ahora que recuerdo —dije—. ¿Tienes una orden de allanamiento?

Winslow se ruborizó un poco.

—Tenemos una especie de orden general para casos de violación de la seguridad. No te preocupes.

Yo creo que no habría tenido valor legal alguno, pero en aquella época cosas como esta nunca se cuestionaban.

—Tal vez lo llevaran arriba —dije.

—No hay piso alto. Es un restaurante sórdido y sucio de una sola planta, flanqueado por dos casas de vecindad.

—En ese caso —dije— tiene que haber un acceso a una de esas dos casas de vecindad. O a ambas.

—No. Medianeras gruesas en los dos lados.

—¿Sótano?

—Lo revisamos. Un depósito de desperdicios con algunas reservas de comestibles. Lo que buscábamos no estaba allí.

—¿Entradas a las casas de vecindad adyacentes a través del sótano?

—No. Qué diablos, Griswold, podrías reconocernos un poco de inteligencia.

—¿Cocina?

—Muchas cucarachas, pero nada de lo que buscábamos.

—¿Salida de la cocina?

—Había una puerta sobre un callejón de los fondos, por donde sacan la basura, es decir, la que no sirven en los platos, pero teníamos un hombre apostado allí y te aseguro que es de toda confianza. Salía gente el tiempo suficiente para depositar los desperdicios y luego volvía a entrar. Y antes de que me lo preguntes, nuestro hombre revisó los tachos, cosa que no requirió un trabajo minucioso ya que un paquete intacto de cerca de dos metros habría...

—¿Sobresalido como una bandera? ¿Retretes?

—Lo revisé yo mismo con el mayor cuidado. Personalmente. Dos compartimientos. Miré dentro de los dos y ambos estaban vacíos, gracias a Dios. Y te juro que revisé dentro de los mingitorios, por si acaso estuviesen lo suficientemente flojos como para permitir deslizarse un paquete como el que buscamos hacia fuera de la pared. Había una ventanita cubierta de polvo y pintura vieja. No había manera de abrirla y el vidrio estaba intacto.

—Si el peón entró el paquete y no lo sacó al exterior, tiene que estar aún en el restaurante —dije.

—No está. Te lo juro.

—Entonces, si no está allí, tiene que haber sido sacado sin que lo advirtieran los cinco agentes que observaban.

Winslow se mostró afectado.

—Imposible —dijo.

—Una u otra alternativa —señalé.

Pero como Winslow parecía tan abatido, no pude menos que sentir compasión.

—Deja de sufrir, Winslow —le dije—. Te salvaré el pellejo. Sé dónde está.

Y el paquete estaba donde yo sabía que estaba. Y le salvé el pellejo a Winslow.

(#)

Griswold nos contemplaba a todos con fanfarrona sonrisa fatua. Luego se arrellanó en su sillón, como si tuviese la intención de dormitar un rato.

—Vamos, Griswold —le dije yo—. Esta vez has ido demasiado lejos. Es absolutamente imposible que hayas sabido dónde estaba. Te desafío a que te expliques.

—¿Me desafías? ¡Vaya desafío! Hombre, fue facilísimo. Te dije cómo eran los agentes y cómo los había adiestrado su jefe. Eran capaces de lanzarse sin el menor temor contra el fuego enemigo, de allanar un lugar sin el menor derecho legal. Pero nadie entre los hombres del jefe osaría jamás hacer nada que indicase falta de modales o torpeza. Buscarían en todas partes, salvo en un lugar... un lugar que probablemente no se permitieran siquiera sospechar que existía.

—¿De qué estás hablando? —pregunté.

—Winslow dijo, respecto de los retretes, "lo revisé yo mismo con el mayor cuidado". Lo revisé. Singular. Era para hombres, puesto que tenía dos mingitorios. Los mencionó. Bien, ningún restaurante puede tener un retrete para hombres sin tener asimismo uno para damas. Nuestra cultura exige esta simetría. Pero, ¿a qué agente respetable podría ocurrírsele nunca meterse en un retrete para damas, aunque se tratara de un restaurante de arrabal?

—¿Quieres decir que el peón lo escondió allí?

—Claro. Me imagino que escuchó un instante para asegurarse de que estuviera vacío y luego abrió la puerta y metió el paquete allí. Ninguna mujer que hubiese entrado al retrete habría tenido tiempo ni interés en revisar el contenido del paquete ni habría hecho nada, salvo entrar y salir. Aun cuando el retrete hubiese estado ocupado, el hombre podría haber actuado con tanta rapidez que la mujer no tuviera tiempo de gritar. De todos modos, fue allí donde Winslow y sus

hombres encontraron el paquete cuando juntaron bastante valor para mirar.

—¿Pero por qué habría de ponerlo allí?

—Sucedió que, como en otras ocasiones, quien iba a recibir el paquete era una mujer, de modo que... ¿por qué no?

GIFT

En los últimos quince o veinte días Griswold había mantenido hosco silencio durante nuestras reuniones semanales en la apacible biblioteca del club, un recinto al cual, por acuerdo unánime, nadie tenía acceso en nuestras noches de reunión, salvo nosotros cuatro.

Resultaba un poco deprimente ya que todos debimos admitir, aunque de mala gana, que la velada perdía parte de su encanto sin las anécdotas de Griswold, fuesen verídicas o no. Sobre este punto ninguno de nosotros pudo nunca llegar a una conclusión.

—Escuchen —dije a los otros—. Tengo algo que decir que no podrá menos que obligarlo a hablar. Síganme.

Me volví hacia el viejo sillón que desde hacía mucho tiempo se había adaptado a los contornos del cuerpo anguloso de Griswold y que nadie más en el club se atrevía a ocupar ni siquiera las noches que él estaba ausente, que no eran muchas.

—He leído en el diario —dije— que hoy, mediante el uso de las computadoras, han inventado sistemas de codificación tan complicados que no es posible descifrarlos, ni mediante el uso de otra computadora.

—Bien, con esto termina toda la profesión del espionaje —comentó Baranov.

—Por suerte —dijo Jennings con vehemencia. La mano de Griswold se estremeció apenas ante mi comentario. Sostenía como siempre su vaso de whisky con soda, pero yo sabía que en ninguna circunstancia lo dejaría caer, aun cuando se durmiese del todo. Ante el comentario de Baranov, movió un poco los pies como si pensara levantarse y retirarse del salón. Por fin, cuando Jennings hubo dado su opinión, uno de los párpados de Griswold se levantó y dejó ver un ojo de un azul glacial que nos contemplaba indignado.

—Pueden mandar al diablo todos sus códigos. Una persona inteligente puede enviar un mensaje ostensiblemente claro ya la vez conferirle un misterio total... a cualquiera que sea igualmente inteligente.

—Como tú, por ejemplo —dije—. ¿Cuál de las dos cosas hiciste? ¿Lo enviaste o lo recibiste?

Griswold bebió un sorbo de su whisky y repuso:

—Lo recibí.

Me imagino [dijo Griswold] que no existe la organización de espionaje en todo el mundo que no cuente con su topo: ese que trabaja para el lado contrario y se ha infiltrado en la comunidad de las informaciones. Quizá se trate de la profesión más difícil, más peligrosa, ya que el buen topo debe estar preparado para pasar años, tal vez décadas, viviendo una mentira y trabajando para el país que lo hospeda con la mayor dedicación... sólo que su misión consiste en cuidar que su propio país reciba la información que necesita sin que el país anfitrión descubra dónde se encuentra la filtración.

En el extranjero contamos con un número de topos excelentes y sin duda contamos con que los del enemigo nos invadan a su vez. Un buen porcentaje de nuestros esfuerzos consiste en mover cielo y tierra para localizar a los topos enemigos y en mover cielo y tierra también para mantener la clandestinidad de nuestros propios topos.

El mejor de los nuestros era Rudolf Schwemmer. Y dicho sea de paso, este era su verdadero nombre. Todos los que voy a mencionar en esta anécdota han muerto o se han jubilado, de manera que no hará ningún daño que los nombre.

Rudolf Schwemmer era alemán, desde luego. No era germano-norteamericano, sino alemán de origen y además alemán ario. Era la imagen exacta del joven heroico de la publicidad nazi, pero no era nazi. Desde el principio había luchado contra Hitler, para escapar a Inglaterra en 1938 y volver luego a Alemania durante la guerra con la intención de hacer todo lo que estuviese en sus manos en la tarea de unir y reforzar los elementos de oposición que ya existiesen.

Hablaba inglés bastante bien, pero con marcado acento alemán y en realidad se sentía cómodo solamente hablando alemán. Esto significaba que no podíamos asignarle misiones en la Unión Soviética, pero para trabajar dentro del territorio de Alemania era perfecto. Después de la guerra formó parte durante años de la organización de espionaje en Alemania del Este, alcanzando posiciones cada vez más importantes en sus filas y enviándonos informes regulares. Además, a través de Alemania del Este siempre podíamos enterarnos de lo que ocurría en el bloque de Europa Oriental, incluida la Unión Soviética. Solo muy pocos hombres en la conducción de nuestro grupo conocían su verdadera identidad.

Algo que deseábamos intensamente era conocer la del topo que actuaba en nuestras propias filas. Estábamos seguros de que había uno. Los soviéticos sabían demasiadas cosas y por su proceso de eliminación era nuestra propia organización la que proporcionaba los datos. Y tenía que tratarse de alguien muy importante.

Esto significó un golpe terrible para quienes dirigíamos el organismo. Tan pronto como advertimos que no era posible saber en quién de los cuatro gatos que éramos no se podía confiar, todos caímos en un frenético delirio de persecuciones.

Y Schwemmer superó la prueba. Por lo menos, casi la superó. Recibíamos los mensajes en forma habitual y por las vías de siempre, en el sentido de que Schwemmer tenía la respuesta y que era cierta. Pero no suministraría la información, hasta que toda la plana mayor de la organización se encontrara presente en una sala y bajo vigilancia de modo que, cuando revelara la verdad fuese posible que los miembros legítimos de la organización arrestasen de inmediato al topo.

Así fue como cuatro de nosotros nos congregamos en la sala de conferencias, después de ubicar a tres guardias en cada una de las dos salidas. Nos habíamos identificado cuidadosamente ante ellos y ellos a su vez nos revisaron detenidamente en busca de armas ocultas o de píldoras para suicidarse.

Sentados alrededor de la mesa de caoba, nos contemplábamos con aire sombrío. Me imagino que tres de nosotros nos preguntábamos cuál sería el cuarto que sería arrestado en pocos minutos, mientras que el cuarto, el topo, se preguntaría si no estaba ya acaso frente a la perspectiva de una prolongada condena. Como es natural él -me refiero al topo- no podría haberse negado a asistir, puesto que negarse a hacerlo lo habría delatado al instante.

Yo estaba como es natural entre los presentes. Los otros tres eran todos mucho mayores que yo y me superaban en cuanto a rango y experiencia, aunque puedo asegurarles que no en brillantez.

Estaba Judeon Cowles. Era el jefe en ejercicio de la organización y aguardaba su confirmación por el Senado. El segundo era Seymour Norman Hyde, un hombre empeñado en mostrarse siempre amistoso, que siempre nos llamaba por nuestro nombre de pila y que pertenecía a la organización desde sus orígenes. Luego estaba el jefe de la división de claves, Morris Q. Yeats. Nunca pudimos descubrir qué nombre representaba la inicial "Q", pero yo siempre sospeché que era Quintus.

Yeats había dispuesto que se nos trajera el mensaje tan pronto como llegase a la oficina. Nadie debía descifrarlo, salvo nosotros.

Llegó con toda puntualidad y uno de los guardias nos lo trajo, retirándose luego a su puesto al otro lado de la puerta. El jefe en persona abrió el sobre y retiró el papel que contenía, en forma tal, que todos pudiésemos verlo a la vez.

Nuestra sorpresa fue muy desagradable al ver que contenía una única palabra: "Gift", cuyo significado es don, presente, regalo.

—¿Qué quiere decir esto, Yeats? —preguntó el jefe con tono perentorio.

—No lo sé. ¿Se le ocurre algo, Hyde?

Hyde se encogió de hombros.

—Estoy tan perplejo como tú, Morris. ¿Por qué no te comunicas con el cuarto de claves? Quizás hayan cambiado el mensaje durante su traslado hacia aquí.

La sugerencia provocó el desdén del jefe pero, de todos modos, la siguió. Cuando se hizo la consulta, se comprobó que el mensaje era auténtico. También resultó obvio lo que había sucedido.

Schwemmer, nuestro hombre en Alemania del Este había enviado la revelación demasiado tarde. Lo habían descubierto y arrestado. Era probable que hubiesen estado ya junto a su puerta cuando Schwemmer preparaba el mensaje y por fin, al verla derribarse tuviera tiempo tan sólo de escribir una palabra, una palabra breve. Estábamos seguros de que era la última que nos llegaría de él.

—No nos dice nada —declaró Yeats.

—Puede ser —dijo Hyde, chupando pausadamente su pipa— que la palabra esté en código. ¿Es posible, Morris?

Yeats, que detestaba que lo llamasen por su nombre de pila con aire protector, como hacía Hyde, dijo enfáticamente:

—¡No... Sy! En el código usado por Schwemmer, no es posible dar a la palabra "gift" ninguna acepción con sentido: tampoco es posible hacerlo en ningún otro código en uso. Tiene que tener un significado textual: No tuvo tiempo de enviar un mensaje preparado.

—Pero no significa nada —dijo Hyde. No le importaba que Yeats lo llamase por su apodo. Si él desplegaba ese estilo pseudo-democrático, todos los demás tenían derecho a hacer lo mismo. Luego añadió—: ¿Ve algo en ella, jefe?

—No, yo no —dijo Cowles.

—Con el debido respeto, jefe, será mejor que veamos algo. Nosotros cuatro éramos los únicos que conocíamos la verdadera identidad de Schwemmer. De alguna manera, alguno de nosotros tiene que haber pasado datos a los alemanes del este.

—De haber estado enterado uno de nosotros —dijo Cowles— habría hecho saltar a Schwemmer hace mucho tiempo. Esto podría significar que los cuatro somos leales.

No le iba a permitir que se pasase eso por alto. Yo gozaba de popularidad entre los otros cuatro. Era demasiado joven para hablar tanto. Pero tuve que hablar, porque nadie más en la organización tenía inteligencia para hacerlo.

—Revelar el nombre de Schwemmer al enemigo —dije— le habría hecho correr el riesgo de su propia seguridad. Hay poca gente capaz de haberlo hecho y habría sido identificado de inmediato. Hizo la denuncia solo ahora, desesperado, porque de no hacerlo estaban por identificarlo. Aun así, permaneció indeciso, esperando hasta el último minuto, preguntándose si no sería mejor arriesgar que Schwemmer se equivocase. Si no hubiese esperado un poco más de lo debido, Schwemmer no habría podido enviarnos ni siquiera este mensaje.

—Todo lo cual tampoco nos dice nada —dijo Cowles.

—Tiene que decirnos algo —dije yo—. Schwemmer nos conocía bastante bien a los cuatro. Cada uno de nosotros lo entrevistó en alguna oportunidad. La palabra tiene que ser aplicable a uno de nosotros.

—Quizá tuvo la intención de escribir una más larga, pero lo interrumpieron —dijo Hyde.

—No hay muchas palabras que empiecen con "gift", aparte de la palabra "gift" misma. Si no me crees, consulta el diccionario inglés.

—Podrían haber sido varias, no necesariamente una palabra más larga. Podría haber sido "... gift", o don, seguido por "del cielo", por ejemplo —dijo Hyde.

—¿Y qué podría significar eso? —preguntó Cowles.

—No lo sé —respondió Hyde—, porque ése no es el mensaje. Podría ser cualquier cosa. Lo que ocurre es que simplemente no lo sabremos nunca.

Impaciente, intervine.

—"Gift" puede significar algo.

—¿Por ejemplo? —preguntó Yeats con acritud—. ¿Acaso se refiere a ti, por ser un "don del cielo" para esta organización?

Como hablaba movido por los celos, dejé pasar el comentario.

Con una sonrisa forzada, Hyde dijo:

—Bien... Morris. Digamos que podemos recordar aquí que te designó en nuestro grupo el Departamento del tesoro hace tres años y que desde el punto de vista teórico no tienes carácter de miembro permanente. Eres para nosotros un don recibido del Departamento del Tesoro.

—Vete al diablo... Sy. Y recuerda que el jefe mismo espera su confirmación por el Senado. Si el Senado quiere, el jefe seguirá siendo jefe. Si no lo desea, el jefe podrías ser tú, Sy. Así pues, cualquiera de ustedes dos podría considerarse, digamos, como un don del Senado.

—Qué ridiculez —dijo Cowles, sonrojándose—. No podemos hacer juegos tontos como este. Si el mensaje no ofrece un indicio definido, carece de utilidad. Evidentemente no tiene utilidad. Debemos recomenzar desde el principio.

—Esperen —les dije—. El mensaje es claro. Es obvia la identidad del traidor. Si hace entrar a los guardias, jefe, lo señalaré y cuando esté bajo custodia, explicaré lo que sé. Si me equivoco, pueden ponerlo en libertad y como es lógico, renunciaré a mi cargo.

Como era lógico, no me equivocaba.

(#)

—No te detengas ahora, Griswold, o te haré volar ese vaso de whisky de la mano —le dije.

Griswold me miró con aire belicoso y con gran lentitud terminó de beber. Depositó luego su vaso sobre la mesa, se limpió el bigote, y sólo entonces frunció las cejas blancas para mirarme y decirme:

—¿Tampoco tú lo ves? ¡Qué idiotas son todos!

Escuchen —prosiguió—. Yo les dije que Schwemmer hablaba bien el inglés, pero se sentía más cómodo usando el alemán. En la emergencia final de su vida, al ver derribarse la puerta a sus espaldas, con la perspectiva de la tortura y la ejecución casi seguras, no tuvo tiempo de pensar en nada, salvo en una palabra en alemán.

—¿Qué palabra? —preguntó Baranov, intrigado.

—La palabra “gift” pertenece al idioma inglés, pero existe también en alemán y significa algo totalmente diferente. La palabra alemana “gift” significa “veneno”.

Seguíamos intrigados. Por fin Jennings dijo:

—Pero “veneno” no tiene mayor sentido que “gift”.

—¿No? —dijo Griswold—. ¿Con uno de nosotros llamados Seymour Norman Hyde, que prefiere que lo llamen por su nombre de pila abreviado? ¿Qué imaginan ustedes que es el Sy N. Hyde (“Cyanide” en inglés y cianuro para nosotros) sino un veneno, el más conocido de todos, con un nombre común, dicho sea de paso, a ambos idiomas, el inglés y el alemán?

FRÍO O CALIENTE

Jennings lanzó un profundo suspiro y el ruido pareció provocar un eco en el ámbito cavernoso, oscuro y levemente polvoriento de la biblioteca de nuestro club.

—Estoy poniéndome viejo —declaró—. Es inútil seguir negándolo. Acaba de pasar mi cumpleaños y mis hijos empiezan a mostrar una sospechosa deferencia hacia mí. Hicieron todo, menos arrebujarme en un chal de lana.

Sin mostrar mayor conmiseración, le pregunté:

—¿Sufres de artritis?

—No. No tengo artritis.

—Entonces no eres viejo. La vejez comienza cuando empiezas a crujir, cuando te duele sentarte y levantarte y cuando te duelen las articulaciones aunque no estés haciendo nada. Salvo por esto, a los sesenta puedes sentirte como a los veinte si estás en un estado de salud aceptable.

Dije esto con cierta complacencia. No tengo artritis y puedo hacer todo lo que hacen los muchachos de veinte años. Me refiero a cosas que deseo hacer. Por ejemplo, no deseo jugar al fútbol.

—No me preocupo por la artritis —dijo Baranov—. Me preocupa la decadencia gradual de las aptitudes mentales. Por lo menos uno advierte la artritis cuando la tiene. Pero cuando la mente empieza a decaer, sólo se puede determinar que vamos cuesta abajo mediante el juicio, función dentro de tu mente en decadencia. Cuánta gente debe estar senil, demasiado senil para saber que está senil.

Fue inevitable que dirigiésemos nuestra mirada hacia Griswold que ocupaba su sillón habitual con el pelo blanco enmarcándole la cara sonrosada y relativamente tersa, y el espeso bigote blanco apenas húmedo por la reciente visita del whisky con soda que tenía en la mano.

Los ojos de Griswold permanecieron cerrados, pero dijo:

—Por la charla sobre senilidad y el repentino silencio, deduzco que todos están concentrando sus débiles mentes sobre mí. No les servirá de nada. Bien pueden seguir admirando

mi vigorosa mente. Ninguno de ustedes tiene una que se le parezca siquiera. Claro que podemos alcanzar la inmortalidad algún día o por lo menos una inmortalidad potencial. En realidad, podríamos haberla alcanzado ya, en nuestra propia época, excepto que... excepto que...

Parecía estar por dormirse, pero yo le di unos codazos. No; a decir verdad, le pisé un pie.

—¡Ay! —dijo, y sus ojos se abrieron.

—¿Qué días de la inmortalidad? —le pregunté.

No puedo garantizar la veracidad de la historia que estoy por contarles, [dijo Griswold]. Si fuese algo que hubiera presenciado yo mismo o experimentado personalmente, cabría abrigar, desde luego, la seguridad de que es del todo verídica y confiable. Pero las partes esenciales me fueron contadas por un desconocido hace unos años y no puedo dar garantías sobre ella. Quizás el hombre intentaba poner a prueba mi credulidad, cosa que la gente hace a menudo porque mi expresión franca y abierta les hace suponer que pueden embaucarme. Claro está que muy pronto comprueban lo contrario.

Conocí al hombre en un bar. Estaba pasando unas horas en Chicago mientras esperaba el avión que debía llevarme a Atlanta por cuestiones de trabajo -que no tiene nada que ver con el tema que me ocupa ahora- y, sentado junto a mí en un taburete, había un individuo cuyo aspecto indicaba que estaba apunto de derrumbarse. Chaqueta ajada, barba incipiente, calzado resquebrajado por el uso. Además triste... Cuando nuestras miradas se encontraron, levantó el vaso y bebió a mi salud. Tenía síntomas de embriaguez. Apenas síntomas. Había bebido lo suficiente como para trabar conversación con desconocidos.

—Salud —me dijo—. Usted tiene cara de hombre bueno. —Bebió unos sorbos, yo lo imité y luego prosiguió—: Lamento que tenga que envejecer y morir, que a mí me suceda lo mismo y que a todos les suceda lo mismo. Bebo por la gente que, en todo el mundo, envejece sin motivo.

Hablaba como un hombre educado y los disparates que estaba diciendo tenían sentido suficiente para provocar mi curiosidad y para que lo escuchara con la mayor atención.

—¿Vamos a una mesa para poder hablar con mayor tranquilidad? —le propuse—. ¿Y me permite que lo invite a beber la próxima vuelta?

—Por supuesto —dijo con entusiasmo y rápidamente bajó de su taburete—. Es usted muy gentil.

No hay duda de que lo soy, de modo que pude comprobar que la bebida no le había disminuido aún la capacidad de juicio. Cuando nos sentamos a una mesa en un rincón del salón casi vacío, el hombre comenzó a hablar en seguida. Después de lanzar un hondo suspiro, dijo:

—Soy químico. Me llamo Brooke. Simon Brooke, con un doctorado en química de la universidad de Wisconsin.

—Encantado, doctor Brooke —dije con gravedad—. Mi nombre es Griswold.

—Yo trabajaba con Lucas J. Atterbury. Supongo que habrá oído hablar de él.

—No.

—Según mi opinión, era quizá el bioquímico más grande del mundo. No había recibido una educación formal en la especialidad y sospecho que nunca terminó sus cuatro primeros años del ciclo universitario, pero tenía una aptitud natural. Tan pronto como tocaba algo, se transformaba en oro. Era realmente brillante. ¿Comprende lo que quiero decir?

Comprendía lo que quería decir.

—Uno puede haber ido a la universidad —dijo Brooke con aire pensativo— como hice yo y saber entonces todas las formas en que era posible estudiar un problema así como todas las razones por las que no era posible resolverlo, y Lucas (no permitía a nadie dirigirse a él de otra manera que por su nombre de pila), que no sabía ninguna de todas estas cosas, se sentaba en su sillón y siempre proponía algo que era la respuesta exacta.

—Tiene que haber valido una fortuna para quienquiera que tuviese problemas.

—Uno diría que sí, ¿no? Bien, Lucas no funcionaba así. No quería solucionar cualquier problema que le presentasen sino ganar de vez en cuando unos honorarios suculentos que le permitiesen vivir y dedicarse a lo único que le interesaba.

—¿Cuál?

—La inmortalidad. Cuando lo conocí tenía setenta y siete años y hacía diecisiete que trabajaba en este tema, desde cuando decidió que debía hacer algo para vivir más allá de la expectativa normal de vida de cualquiera. Cuando llegó a los setenta y siete, estaba ya profundamente exasperado consigo mismo. De haber comenzado a los cincuenta años, podría haber llegado a resolver el problema a tiempo, pero no había tenido conciencia de la inminente llegada de la vejez hasta que fue tal vez demasiado tarde... A los setenta y siete años, entonces, estaba bastante desesperado como para buscar un ayudante. El ayudante era yo. No era el tipo de empleo que buscaba, pero el salario ofrecido era decoroso y pensé que podría utilizar ese empleo como un escalón para pasar luego a algo diferente. Al principio me burlaba de él para mis adentros por su falta de formación académica, pero después... me atrapó. Cuando me hablaba de sus teorías, hacía uso de una terminología totalmente errada, pero finalmente todo comenzó a tener sentido.

Consideraba que con mi colaboración en el desarrollo de los experimentos, quizá podría triunfar antes de morir y me hacía trabajar mucho. En fin, todo el proyecto adquirió importancia para mí.

Sabe usted... la ancianidad está programada en nuestros genes. Existen cambios inevitables que tienen lugar en las células, cambios que terminan por fin con ellas. Los cambios las obstaculizan, las endurecen, las desorganizan. Si fuese posible determinar con exactitud en qué consisten esos cambios y cómo sería posible revertirlos o, mejor aún, prevenirlos, podríamos vivir durante el tiempo que quisiéramos y permanecer siempre jóvenes.

—Si todo está incluido en nuestras células —señalé— la vejez y la muerte tienen su razón de ser y tal vez no sea conveniente interferir...

—Por cierto que hay una razón —dijo Brooke—. No es posible la evolución sin el reemplazo periódico de la vieja generación por la joven. Sólo que hemos dejado de necesitar tal cosa. La ciencia está en las puertas de poder dirigir la evolución.

Sea como fuere, Lucas había descubierto cuál era el cambio decisivo. Había determinado la base química de la vejez y estaba buscando una manera de revertirla, algún tratamiento físico o químico que anulase este cambio. El tratamiento, correctamente administrado, sería la fuente de la juventud.

—¿Cómo sabía usted que lo había descubierto?

—Cuento con algo más que una declaración. Trabajé con él durante cuatro años y durante ese período pude observar los efectos en ratones. Siguiendo sus instrucciones, solía inocular ratones obviamente seniles, y el animal volvía a adquirir los atributos de la juventud bajo mis propios ojos.

—Entonces, el trabajo estaba completo.

—No del todo. El ratón se rejuvenecía, brincaba de aquí para allá en medio de la exuberancia de la juventud y luego, al cabo de un día o dos, moría. Era obvio que se producían efectos secundarios negativos con este tratamiento y, al principio, Lucas no había conseguido eliminarlos. En esto consistía su objetivo final. Pero nunca me dio detalles. Yo trabajaba de acuerdo con sus instrucciones, sin saber nunca con exactitud qué estaba ocurriendo. Ello se debía a la manía del secreto que tenía Lucas. Quería controlarlo todo. Así, cuando llegó el momento en que logró resolver el problema, fue demasiado tarde.

—¿En qué sentido?

—El día que resolvió el problema, tenía ochenta y dos años y sufrió un ataque cerebral.

Fue ese mismo día, seguramente por la excitación. Apenas podía hablar y agonizaba. Cuando los médicos lo dejaron solo unos instantes, me hizo un débil gesto. "Lo tengo", me dijo con palabras que apenas pude entender. "Continúe. Preparados D-17, D-28. Mezclarlos, pero sólo al cabo de una noche de reposo a... a...", su voz era cada vez más débil, "... a cuarenta grados..." No pude comprender el murmullo final, pero sabía qué palabras podrían seguir a 'cuarenta grados'. 'Fahrenheit o Celsius', dije. Lucas volvió a murmurar algo y dijo: 'Hazlo hoy, pues si no, no, no...' Volví a repetir 'Fahrenheit o Celsius'. Hubo una pausa y luego él murmuró algo que sonó como 'No tiene importancia' y cayó en coma. Nunca salió de ese estado y murió al día siguiente.

Allí me encontré yo, con dos soluciones inestables que no durarían ese día, siquiera. Si pudiese mezclarlas bien e inoculármelas a mí mismo... Estaba dispuesto a correr el riesgo si implicaba una posible inmortalidad... podría vivir entonces lo suficiente como para volver a identificar el secreto para su futuro uso. O por lo menos yo podría ser eternamente joven. El caso era que no conocía el punto clave relativo al preparado: la temperatura.

—¿Hay una gran diferencia? —pregunté.

—Por cierto. Una temperatura de cuarenta grados Celsius está a cuarenta grados del punto de congelación de cero grado. Cada diez grados Celsius equivalen a dieciocho grados Fahrenheit, de modo que cuarenta grados Celsius sobre cero son dieciocho multiplicado por cuatro, o sea, setenta y dos grados Fahrenheit sobre cero. Pero el punto de congelación de la escala Fahrenheit es treinta y dos grados Fahrenheit, y treinta y dos más setenta y dos son ciento cuatro. Por consiguiente, cuarenta grados Celsius equivalen a ciento cuatro grados Fahrenheit.

En ese caso, pues, ¿debía usar cuarenta grados Fahrenheit, temperatura bastante fresca o cuarenta grados Celsius, bastante cálida? ¿Caliente o frío? No lo sabía. No llegaba a resolverme por ninguna y así fue como las dos soluciones perdieron su potencia y perdí para siempre mi oportunidad.

—¿No sabía usted qué escala utilizaba habitualmente Lucas? —pregunté.

—Los hombres de ciencia utilizan el Celsius en forma exclusiva —dijo Brooke—, pero Lucas no tenía una formación profesional. Hacía uso de la escala que le atraía en el momento. Nunca era posible estar seguro.

—¿Qué quiso significar al decir, "no tiene importancia"?

—No lo sé. Estaba muriéndose. Pienso que sentía que se le escapaba la vida y que nada importaba ya. ¡Diablos! ¿Por qué no pudo hablar con un poco más de claridad? ¡Imagínese! El secreto de la inmortalidad, perdido del todo en un murmullo que no permitió distinguir con claridad entre Fahrenheit y Celsius.

Brooke, muy ebrio ya, no alcanzaba a discernir el volumen de su error ya que, desde luego, las instrucciones del moribundo eran perfectamente claras, como ustedes habrán podido apreciarlo.

(#)

Griswold se acomodó en su sillón como si se dispusiera a dormir otra vez, pero Baranov lo aferró de una muñeca y le dijo:

—¿Vas a decirnos que sabías a qué escala se refería este Lucas?

—Claro —dijo Griswold, fastidiado—. Es obvio. Si dices cuarenta grados, murmullo, murmullo, esos murmullos no tienen que significar ni "Fahrenheit" ni "Celsius". Existe una tercera alternativa.

—¿Cuál? —pregunté.

—Podría haber estado murmurando "cuarenta grados bajo cero".

—Aunque hubiese dicho tal cosa —dijo Jennings— seguiríamos sin saber si eran Fahrenheit o Celsius.

—No, lo sabríamos —dijo Griswold—. Ustedes oyeron que cuarenta grados Celsius equivalen a setenta y dos grados Fahrenheit. Esto significa que cuarenta grados Celsius bajo cero grados Celsius, o sea el punto de congelación de esta escala, está a setenta y dos grados por debajo de treinta y dos grados Fahrenheit, que es el punto de congelación Fahrenheit. Pero setenta y dos grados bajo la marca de treinta y dos grados está cuarenta grados por debajo del cero grado Fahrenheit.

—Por consiguiente, cuarenta grados bajo cero Celsius son cuarenta grados bajo cero Fahrenheit. Si decimos "cuarenta grados bajo cero" no importa que sea Celsius o Fahrenheit y es la única temperatura que no hace diferencia alguna. Por ese motivo Lucas dijo: "No tiene importancia". Bien. Brooke no reparó en ese punto y yo no creo que tenga inteligencia suficiente para reconstruir el experimento ni que nadie la tenga en nuestra época. Entonces... bien, seguiremos envejeciendo.

LA PÁGINA 13

En esa noche en particular reinaba en nuestro club la desesperación. Yo había estado mirando con rapidez los títulos del diario y terminé por arrojarlo a un lado con rabia.

Baranov, que leyó mis pensamientos sin dificultad, dijo:

—La verdad es que no hay nada nuevo que decir ni que hacer en cuanto a la situación de los rehenes en Irán.

Pronunciado tan inútil comentario cerró el pico.

—Yo querría —dijo Jennings con nostalgia— que hubiésemos retirado a todos de nuestra embajada la semana anterior a la ocupación. Debimos hacerlo. Seguramente fue una falla de nuestro servicio de inteligencia de haber actuado.

—Tonterías —dije—. ¿Quién necesita espías o mensajes secretos para un caso tan abierto como ese? Conocíamos el estado de ánimo en el país. Sabíamos que teníamos al Shah bajo tratamiento en Nueva York. Deberíamos...

Por fin Griswold abrió un ojo y me miró indignado.

—El tonto eres tú —declaró—. Si no sabes nada, ¿para qué hablas? No había motivo para esperar una infracción tan flagrante al derecho internacional como esa cuando hasta los nazis se comportaron siempre con corrección en ese sentido. Además, no es posible llevar a cabo una evacuación de la noche a la mañana. Llevaría tiempo y cuidadosos preparativos hacerlo. Las turbas iraníes, muy bien orquestadas, dicho sea de paso, se habrían hecho cargo de la situación. Y una vez ocupada de cualquier modo la embajada, todos habrían dicho que se tomaron rehenes sólo porque habíamos intentado evacuarla. Claro, como dijo Jennings, nuestra capacidad como servicio de inteligencia nunca se utilizó a pleno.

Jennings sonrió.

—Entonces, admites que Inteligencia puede fallar.

—Por supuesto —respondió Griswold, llevándose el vaso de whisky con soda a los labios y enjugándose luego el bigote con delicadeza—. Pero sólo ahora que me he retirado. Había fallas

cuando estaba en actividad, bajo circunstancias inusuales, cuando no me llamaban con la debida premura. Por ejemplo...

Siempre he sostenido [dijo Griswold] que era el idioma inglés el que dio un carácter tan sorpresivo a la ofensiva del Tet. Desde el punto de vista militar, fue el punto decisivo de la guerra de Vietnam. Destruyó políticamente al presidente Johnson, quebrantó la fe en la victoria del pueblo norteamericano e hizo inevitable una virtual evacuación. Y todo por el orgullo que cierta persona tenía de su dominio del idioma inglés y los demás se negaron a escucharlo.

Deben comprender ustedes las dificultades que ofrece el trabajo con mensajes secretos. Aun cuando el mensaje proporcione una apreciación exacta de la situación y haya sido despachado sin dificultades, ¿se lo interpretará debidamente? Si se lo interpreta ¿creerán en él? Los espías de Stalin en Alemania a principios de 1941 lo mantenían bien informado sobre los planes que Hitler tenía de atacar a la Unión Soviética, por ejemplo. Stalin se negó, simplemente a creer en los informes.

Además, el arte de decodificar mensajes ha dado lugar a tal complejidad en los mecanismos de la criptografía que el mismo peso de las precauciones que se toman puede hacer ceder todo el andamiaje.

Por ejemplo, existen algunos sistemas de criptografía que se abocan a la solución del solvente perfecto, el material que, según se espera, disuelva cualquier otra sustancia. El problema en este caso es: ¿Qué hay que utilizar como recipiente o envase?

Hay dos soluciones. Una consiste en saturar con vidrio el solvente perfecto y cuando deja de disolverse el vidrio, se podrá utilizar sin peligro un envase de vidrio. Pero, ¿si necesitamos un solvente puro, sin vidrio ni ninguna otra sustancia disuelta en él?

Si ese es el caso, razonamos que en primer lugar es necesario crear el solvente, pues, ninguna sustancia común es el solvente perfecto. Por lo tanto, se lleva la combinación hasta el punto en que se cuenta con dos sustancias, cada una de ellas común en sí pero que, mezcladas, nos dan el solvente buscado. Guardamos cada una en un recipiente separado y cuando estamos listos para hacer uso del solvente perfecto, agregamos un poco de cada componente al material que queremos disolver. El solvente perfecto se combina en el lugar donde se usa y disolverá el material.

Ustedes deben de advertir la analogía. En criptografía, podemos enviar dos mensajes, ninguno de los cuales tiene significado sin el otro. En este caso, la interceptación de uno no servirá al enemigo y no nos perjudicará. Aun la interceptación de ambos mensajes puede resultar inútil para el enemigo, a menos que aprecie la relación entre ellos. Significa asimismo que por lo menos uno de los mensajes no tiene que ser demasiado críptico.

Supongamos que un mensaje determinado no puede descifrarse sin una palabra clave -elegida en forma arbitraria para la ocasión- y que esta palabra es enviada por separado y por otra ruta.

Si necesitamos una palabra clave de apenas diez letras, el número de posibilidades de combinación de diez letras basadas en un alfabeto inglés de veintiséis letras es casi exactamente de un millón de billones. Nadie adivinará esa combinación por casualidad ya nadie puede ocurrírsele apelar a la fuerza ni probar cada posible combinación una a una.

¿Cómo decidimos acerca de la palabra clave? Una manera -no la única- es tener un libro convenido de antemano (libro que se cambia periódicamente) y elegir en él una combinación al azar de diez letras. Puede utilizarse entonces una maquina para cifrar el mensaje sobre la base de la palabra clave y enviar la palabra clave por separado. Esta puede ser y suele ser, una anotación garabateada rápidamente, como por ejemplo 73/12, que indica la página 73, renglón 12. Buscamos la página y renglón en el libro de la semana y las primeras diez letras, las diez últimas o las que se hayan convenido, son la clave.

Por distintos motivos cualquiera de los dos mensajes puede no llegar, pero por otra parte es sumamente desconsolador que lleguen los dos y que aun juntos, no tengan sentido.

Algo semejante sucedió en enero de 1968 y resultó fatal. He aquí los detalles esenciales. Llegó un mensaje del cuartel del estado mayor de Saigon procedente de un operativo en Hue. El agente que lo envió era el mejor que teníamos. Era vietnamés y estaba entregado en cuerpo y alma a nosotros. Tenía además un excelente dominio del inglés que, en general, se esmeraba en ocultar. En realidad operaba con los vietcong, de modo que podrán imaginar los riesgos que corría.

Manténia, claro está, bien oculta su máquina de descifrar mensajes, así como los libros que utilizaba para determinar la palabra clave. Usaba en forma rotativa libros de suspenso británicos en ediciones de bolsillo y era él quién había hecho tal elección. Le gustaban. Estaban bien escritos y nuestro hombre los usaba además para pulir sin cesar su inglés. Le enorgullecía su facilidad en el uso del idioma -hecho que se descubrió solo después, demasiado tarde- y en las ocasiones que se encontraba con nuestros agentes, solía exhibir su vocabulario completo y esforzarse por mostrar sus conocimientos en cuanto a sinónimos, expresiones locales, ambigüedades y demás. Nuestros hombres, por ser el inglés su idioma materno, no lo conocían tan bien y sospecho que escuchaban con cierta impaciencia o bien que no escuchaban en absoluto. Imperdonable error.

La clave llegó y parecía perfectamente clara. Despojada de las falsas pistas con que casi siempre se las rodeaba, rezaba lo siguiente "13THP/2NDL", lo cual se interpretó en forma bien razonable, como decimotercera página y segundo renglón. Se aplicó esto al libro, se tomaron las

primeras diez letras y se las metió en la computadora. Seguidamente se proyectó el mensaje en la pantalla y lo que salió fue una confusión, un caos total carente de significado.

Todos se quedaron atónitos y me imagino que intentaron repetir la prueba varias veces antes de decidir que algo marchaba mal. Decidieron entonces que por algún error, el agente había usado un libro que no correspondía. Enviaron un mensaje a Hue para obtener la confirmación con la consiguiente pérdida de tiempo. Al recibir respuesta, enviaron a un oficial del ejército. Supongo que adivinarán lo que descubrió.

El agente había desaparecido en la mañana siguiente al envío del mensaje. Hasta donde yo sé nadie volvió a oír hablar nunca de él, de modo que cabe suponer que los vietcong descubrieron por fin el juego que había venido haciendo. Como dije, era el mes de enero de 1968 y considerando lo que sucedió después es de suponer que el enemigo debía estar bastante sensibilizado ante hechos semejantes.

Bien. ¿Qué hacer con el mensaje? No servía ni serviría nunca. La gente de Saigon estaba enteramente convencida de ello.

Se encontraron frente a dos alternativas. La primera era la de ignorar del todo el mensaje. Si se interceptaba un mensaje y uno nunca lo recibía, no había nada que hacer y, desde el punto de vista operativo, este caía dentro de la misma categoría. Era como si nunca se lo hubiese recibido.

Se lo había recibido, no obstante. El recibo estaba registrado. Y si contenía una comunicación importante -como se comprobó más tarde, aunque todos lo ignorasen a la sazón- habría que hacer recaer la culpa sobre alguien y el candidato sería quienquiera que hubiese tomado la decisión de no hacer caso del mensaje. La gente de Saigon tenía una saludable resistencia a la idea de que se los convirtiese en chivos emisarios y buscó una alternativa.

Se la encontró. Uno de los agentes tenía un mes de licencia por esos días y, de cualquier manera, tenía la intención de pasarlo bien por un tiempo en los Estados Unidos. Vino trayendo el mensaje y lo trajo a Washington. Con mucho cuidado, lo depositó en manos del Departamento, quien debió adoptar a tan difícil criatura.

El Departamento se mostró tan incapaz como la gente de Saigon. Muchos cavilaron al estudiarlo, lo discutieron y no se atrevieron a deshacerse de él por temor de que la culpa recayese sobre ellos. Además, en contraste con la gente de Saigon, no tenían a nadie más a quién usar de chivo emisario.

Pasaron dos semanas enteras antes de que alguien tuviese la brillante idea. "¡Consultemos a Griswold!"

No dejo de comprender sus vacilaciones. Conocían mi opinión sobre la guerra de Vietnam y tenían la bien fundada sospecha de que no se debía confiar en mí en materias relacionadas con ese conflicto. Pero habían llegado a un punto en que no podían recurrir ya a nadie. Si sólo lo hubiesen sabido tres días antes, siquiera...

Me encontraron, me llevaron a sus oficinas y me presentaron toda la situación. Lo que querían era hacerme decir que, según mi opinión de experto, no cabía otra cosa que considerarlo un mensaje disparatado, que no era posible extraer nada de la nada. Entonces, en el peor de los casos, sería mi pellejo el que separarían de mi cuerpo.

Por tanto, antes de verme en esa situación, exigí ver al hombre de Vietnam que estaba aún en los Estados Unidos.

—Hábleme del agente de Hue —le dije—, el hombre que desapareció. ¿Está usted seguro de que lo han capturado y de que hay que darlo por muerto? ¿Está seguro de que no era miembro del Vietcong todo este tiempo? ¿De que no se haya cansado por fin y haya decidido decir adiós a todo ese disparate para unirse a sus amigos?

—No, no —dijo el hombre—. Lo creo totalmente imposible. Su mujer y sus hijos habían muerto en Vietnam del Norte. Fue una muerte atroz y ansiaba vengarse. Además... —en este punto el hombre sonrió— tenía una manía acerca de su dominio del idioma inglés. A veces creo que esto lo mantenía junto a nosotros más que ninguna otra cosa. Podría abandonarnos, podría olvidar sus ansias de venganza, pero jamás renunciaría a la oportunidad de sermonear a norteamericanos e ingleses en su propia lengua. Los pocos encuentros clandestinos que tuvimos, se ponía pesadísimo con esa manía suya.

—¿Por ejemplo?

—No lo recuerdo muy bien. Decía que todos los idiomas eran ambiguos, pero que los hablantes nativos estaban habituados a esa ambigüedad y nunca le prestaban atención. Cosas así...

—¿Le dio ejemplos?

—No recuerdo.

—Bien, aquí tenemos "13THP/2NDL", que representa "página decimotercera, segundo renglón". ¿Por qué las letras adicionales? ¿No habría bastado escribir "13/2"?

—Mire —dijo el hombre de Vietnam—, siempre esa combinación, pero sus preguntas me lo han hecho dudar. Él afirmaba que eso era ambiguo.

—¿El "13/2"?

—Sí.

—¿Por qué?

—No me lo dijo. Creo que no me lo dijo.

—¿De modo que envió el mensaje en esta versión para probar que era ambiguo?

—No veo por qué. Es lo mismo, con o sin las letras. Página decimotercera, segundo renglón.

—No es lo mismo —declaré. Y pasé a explicárselo. El hombre me miró como si estuviera loco.

Y por supuesto, yo tenía razón. Con la nueva clave, el mensaje se descifró perfectamente y pudimos contar con todos los pormenores de la inminente ofensiva del Tet.

Salvo que tan inminente era ya que se inició ese mismo día y nos sorprendió sin ningún preparativo.

(#)

—Pero, ¿de qué estás hablando? —le pregunté yo sorprendido cuando Griswold volvió a concentrarse en su vaso y dio la sensación de estar profundamente abstraído—. ¿Qué quería decir el mensaje, sino "página decimotercera, segundo renglón"?

—No había enigma —dijo Griswold—. Es lo que quería decir. Y ellos usaban el libro correcto. Lo que ocurrió fue que el agente comprendió que la frase era ambigua y se prestaba a malas interpretaciones. Y cuando reflexioné un poco vi lo que quería decir, como creo que debe verlo cualquiera.

—Yo no lo veo —manifesté.

—Bien, piensa un poco. Los renglones en una página no están numerados, de manera que "segundo renglón" quiere decir "renglón 2" si los contamos de arriba hacia abajo en la forma aceptada. No hay problema. En cambio las páginas están numeradas y esto da lugar a confusiones, ya que la "decimotercera página" no es necesariamente la "página 13".

Baranov preguntó en voz muy alta:

—Griswold, esta vez te has desmoronado. ¿Qué otra cosa puede ser la "decimotercera página" sino la "página 13"?

—Veo que tienes una novela de bolsillo en el de tu chaqueta, de manera que no hace falta

buscar una —dijo Griswold—. ¿Quieres sacarla y mirar la primera página de la novela? ¿La tienes? ¿Es la primera página? Bien. ¿Es la página 1?

Casi sin voz, Baranov repuso.

—No, la verdad es que es la página 9.

—Ni más ni menos. En las novelas de bolsillo comienzan a contar las páginas desde el principio mismo del libro, pasando por la del título, la de reconocimientos, encabezamientos de capítulos, dedicatorias y demás. En realidad, no numeran las páginas hasta que empieza la novela propiamente dicha. La primera página de esta, entonces, puede tener el número 5, 7, 9, 11... según el número de páginas preliminares que tenga el tomo.

En este caso, como ven ustedes, la página 13 es la decimotercera página del libro, pero no la página 13 de la novela que contiene. Es lo que preocupaba al agente de Hue y lo que trató de explicar aunque nadie le prestó atención. Por eso usó la expresión "Decimotercera página" para señalar que no se refería a la "página 13", sino a la decimotercera de esa novela en particular, que caía en la página 21. Cuando aplicaron la palabra clave derivada de las primeras letras de esa página en el segundo renglón, recibieron e mensaje... Pero era demasiado tarde.

UNO EN MIL

A veces uno no puede menos que cansarse de Griswold. Por lo menos, yo. Me es muy simpático. No puedo evitar apreciar a ese viejo bandido, con su infinita capacidad de oír todo mientras dormita y su eterno sorber de whisky con soda; sus mentiras, sus gestos feroces por debajo de las cejas blancas, enormes. Sin embargo, si por una sola vez pudiese sorprenderlo enredado en sus mentiras, lo querría mucho más.

Claro, a lo mejor es verdad todo lo que dice, pero sin duda cuesta creer que haya nadie en este mundo a quien se le hayan presentado tantos problemas imposibles. ¡No lo creo! ¡No puedo creerlo!

Esa noche estaba sentado allí, en nuestro club, mientras las ráfagas de lluvia golpeaban las ventanas y el tránsito de Park Avenue llegaba a mis oídos bastante amortiguado. Probablemente

haya expresado mis pensamientos en voz alta.

Por lo menos, Jennings me preguntó:

—¿Qué no puedes creer?

Me tomó un poco por sorpresa, pero señalé con un pulgar a Griswold y dije:

—¡Lo que cuenta él!

Pensé por un instante que Griswold me lanzaría un gruñido, pero parecía dormir apaciblemente entre las orejas de su sillón inglés de alto respaldo, con una respiración rítmica que hacía que su bigote se levantara y volviera a caer sobre sus labios.

—Vamos —dijo Baranov—. Te encanta escucharlo.

—Eso no viene al caso —respondí—. Piensen en todas esas insinuaciones hechas en el lecho de muerte, por ejemplo. ¡Vamos! ¿Cuántas veces muere la gente dejando pistas misteriosas sobre sus asesinos? No creo que haya sucedido esto una sola vez en la vida real, pero le sucede todo el tiempo a Griswold... según él. Es ofensivo que pretenda que le creamos.

Fue ahí cuando Griswold abrió un ojo de un azul glacial y dijo:

—La más notable de las pistas recogidas en lechos de muerte que haya recibido nunca no tuvo nada que ver con un asesinato. Se trataba de una muerte natural y de una especie de broma deliberada, pero no quiero fatigarlos con la anécdota.

Abriendo el otro ojo, Griswold se llevó el vaso de whisky a los labios.

—No, habla —le dijo Jennings—. Nos interesa. Por lo menos, a nosotros dos.

También a mí, a decir verdad...

Lo que voy a contarles [dijo Griswold] no involucró crimen, policía, espías ni agentes secretos. No había razón para que me hubiera enterado de nada, pero uno de los hombres de edad implicados en el asunto conocía mi fama. No alcanzo a imaginar cómo ocurren esas cosas, porque nunca hablo de las chapucerías que he hecho y tengo cosas mejores que hacer que divulgar mis logros. Lo que pasa es que la gente habla, todo se propaga y cualquier enigma que aparezca en mil kilómetros a la redonda llega a mí para ser resuelto... Esa es la simple razón por la cual me veo frente a tantos misterios. [Griswold me dirigió una mirada malévol.]

No me enteré del hecho hasta que estaba apunto de tocar a su fin, de manera que tendré que contarles la historia tal como me la contaron, haciendo la debida condensación, desde luego, pues no soy de los que se entretienen demasiado en los detalles. Y no voy a nombrar al instituto

en el cual se produjo, dónde está ni cuando ocurrió el hecho. Esto les daría la posibilidad de verificar mi veracidad y me parece una verdadera impertinencia que ninguno de ustedes crea necesario controlar nada ni meterse a hurgar lo evidente.

En este instituto -que no nombro- había gente que se ocupaba de computarizar la personalidad humana. Lo que pretendían hacer era construir un programa que permitiese a una computadora mantener una conversación que no fuese posible distinguir de la de un ser humano. Se ha intentado algo semejante en el caso de las frases hechas del psicoanálisis, en el cual una computadora es preparada para asumir el papel de un freudiano que repite los comentarios de sus pacientes. Esto es algo trivial. Lo que buscaba el instituto era una conversación cotidiana y creativa, un verdadero intercambio de ideas.

Me dijeron que en realidad nadie en el instituto pretendía tener éxito en la tarea, pero el solo intento revelaría muchos elementos de interés sobre la mente humana, las emociones y la personalidad.

Nadie consiguió gran cosa salvo Horatio Trombone. Es obvio que este nombre es ficticio y que será inútil que ustedes traten de identificar a su dueño.

Trombone había conseguido cosas notables de la computadora que respondía en forma más o menos humana la mayor parte del tiempo. Nadie podría haberla confundido con un ser humano, claro, pero a Trombone le fue mucho mejor que al resto, de modo que había una gran curiosidad en cuanto al carácter de su programa.

Pero Trombone, por su parte, no quería proporcionar la menor información. Mantenía un silencio absoluto. Trabajaba solo, sin ayudantes ni secretarias. Llegó al punto de destruir los protocolos, salvo los de mayor importancia que ocultaba en una caja de seguridad. Su intención, según decía, era guardar todo el secreto hasta estar completamente seguro de lo que había logrado. Llegado ese momento lo revelaría y reivindicaría para sí el crédito y los homenajes que estaba seguro de merecer. Era de suponer que para empezar, aspiraba al premio Nobel. De ahí en más su ambición no tenía límites.

Llamaban la atención de los otros miembros del instituto las excentricidades de Trombone que estaban llegando a un paso de la demencia. Pero si estaba loco, era un loco genial y sus superiores no se decidían a interferir en su trabajo. No sólo porque consideraban que si lo dejaban tranquilo podría llegar a descubrimientos científicos abrumadores sino porque ninguno de ellos tenía deseos de pasar a figurar en los anales de la historia de la ciencia como un villano.

El superior inmediato de Trombone, a quien llamaré Herbert Bassoon, solía discutir con su conflictivo subordinado.

—Trombone —le decía— si tenemos un número de personas cuyas mentes e ideas se

combinen en este proyecto, el progreso se lograría con mucho mayor rapidez.

—Tonterías —decía Trombone, malhumorado—. Una persona inteligente no avanza con mayor rapidez porque se rodee de cuatro idiotas que le estén pisando los talones. Aquí usted tiene una sola persona inteligente, aparte de mí y, si muero antes de terminar mi obra, él podrá continuar. Le dejaré mis protocolos, pero pasarán solamente a él y no antes de mi muerte.

Me contaron que Trombone solía reírse mucho en esas ocasiones, pues tenía un sentido del humor tan excéntrico como su sentido de la propiedad. Bassoon me contó que presentía el mal que finalmente habría de acabar con su vida.

Por desgracia, las perspectivas de vida de Trombone no eran precisamente halagüeñas. El corazón del hombre funcionaba sólo a fuerza de optimismo. Había sufrido ya tres síncope cardíacos y era opinión general que no podría sobrevivir al cuarto. Con todo y no obstante tener conciencia de que su vida pendía de un hilo, se negaba a nombrar a esa única persona que podría sucederlo. Tampoco era posible adivinar por su conducta quién podría ser esa persona. A Trombone parecía divertirse mantener a todo el mundo en vilo.

El cuarto ataque cardíaco se produjo cuando estaba trabajando y en efecto acabó con él. En ese momento estaba solo, de modo que no hubo quien lo auxiliase. Pero la muerte no fue instantánea y tuvo tiempo de cargar la computadora con datos. La máquina reprodujo un impreso que se encontró al mismo tiempo que el cuerpo de Trombone.

Además había dejado un testamento en manos de su abogado, quien aclaró debidamente sus términos. Él tenía la combinación de la caja fuerte y debería entregarla al sucesor de Trombone y nada más que a él. No poseía su nombre, pero el testamento señalaba que dejaría las indicaciones precisas para identificarlo. Si eran tan estúpidos como para no interpretarlas -tales eran las palabras del testamento- transcurrida una semana, todo el material debía ser destruido.

Bassoon argumentó con mucha vehemencia que el interés público tenía mucho más peso que las irracionales instrucciones de Trombone y que la mano de un muerto no debía interponerse en el progreso de la ciencia. El abogado se mostró inmovible. Antes de que se pusiesen en marcha otros mecanismos legales, los protocolos serían destruidos. Según los términos del testamento, si se intentaba echar mano de eventuales recursos legales, los protocolos serían destruidos en el acto.

No había nada que hacer, salvo concentrarse en el impreso que contenía una serie de números, 1, 2, 3, 4 y así sucesivamente hasta el 999. Se escudriñó cuidadosamente toda la serie. No faltaba ningún número ni ninguno estaba fuera de orden. Era la lista completa del 1 al 999.

Bassoon señaló que las instrucciones para un impreso como este eran muy simples, algo que Trombone pudo muy bien haberlo grabado estando ya al borde de la muerte. Era posible que

tuviera pensado algo mucho más complejo que una mera serie de números, pero que no hubiera tenido tiempo para completar las instrucciones. En ese caso cabría pensar que las instrucciones no estaban completas.

El personal se reunió, convocado por Bassoon, para cambiar ideas. Había veinte hombres y mujeres, cualquiera de las cuales podría haber continuado, según era de presumir, con el trabajo de Trombone. Todos habrían deseado tener la oportunidad, pero ninguno pudo sugerir la más mínima idea en cuanto a cuál era la persona indicada por Trombone como poseedora de una "inteligencia pasable". Por lo menos, nadie logró convencer al resto de que era la persona buscada.

Tampoco pudo nadie determinar la existencia de ninguna relación entre la monótona lista de números y cualquier miembro del instituto. Imagino que algunos inventaron teorías, pero ninguno convenció a los otros y, mucho menos, al abogado que se mantuvo en sus trece.

Bassoon creía volverse loco. El último día del período de gracia, cuando todos estaban tan lejos de la solución como al comienzo, acudió a mí. Recibí su llamado en momentos en que estaba sumamente ocupado, pero conocía un poco al hombre y siempre me ha costado mucho rechazar un pedido de ayuda, en especial cuando proviene de alguien que parezca tan desesperado como parecía Bassoon.

Cuando nos encontramos en su oficina estaba desencajado. Me contó toda la historia y cuando terminó, dijo:

—Es como para volverse loco. Contar con algo que puede significar un progreso enorme en el más difícil de los temas, el mecanismo de la mente humana, y no poder llegar a nada por culpa de un excéntrico, de ese robot de abogado y de ese maldito papelito de la computadora. Pero así es. No consigo sacar nada en limpio.

—¿No será un error concentrarse tanto en los números? ¿No habrá nada fuera de lo común en el papel mismo? —sugerí.

—Le juro que no —respondió con vehemencia—. Era un papel vulgar y silvestre, sin marcas, salvo los números del 1 al 999. Hemos hecho todo, excepto someter el papel al análisis de activación de neutrones y yo lo haría, si creyese que puede ser útil. Si usted piensa que conviene, haré la prueba, pero sin duda a usted se le ocurrirá alguna otra cosa. Vamos, Griswold. Usted tiene fama de poder resolver cualquier enigma.

No sé de dónde había sacado semejante idea. Jamás hablo de este tema.

—No hay mucho tiempo —señalé.

—Lo sé, pero le mostraré el papel. Le presentaré a toda la gente que podría estar implicada. Le daré toda la información que desee... pero nos restan sólo siete horas.

—Bien —dije—, quizá necesitemos sólo unos segundos. No conozco los nombres de las veinte personas que podrían ser los sucesores de Trombone, pero si una de ellas tiene un nombre exótico, es lo que estoy pensando... Es decir, un nombre o apellido exótico... Yo diría que es la persona que buscamos.

Le dije el nombre en el cual estaba pensando y pegó un respingo. Era un nombre poco común y el de uno de los miembros del instituto. Hasta el abogado reconoció que tenía que tratarse del sucesor previsto cuando le expliqué mi línea de razonamiento. Y me entregó los protocolos.

—Por desgracia no creo que hayan servido para mucho. De cualquier manera, esa es la historia.

(#)

—No, no es la historia —estallé—. ¿Qué nombre propusiste y cómo lo sacaste de una lista de números del 1 al 999?

Griswold, que se había concentrado con aire plácido en su whisky, levantó bruscamente la vista.

—No puedo creer que no lo sepan —dijo—. Los números iban del 1 al 999 sin que faltase ninguno y se detenía la serie allí. Me pregunté si los números del 1 al 999 inclusive tenían algo en común que no tengan los que pasan del 999 y de qué manera ese algo podía tener relación con alguna persona en particular.

Tal como estaban escritos los números, no vi nada. Pero supongamos que esos números hubiesen aparecido como palabras en idioma inglés: One, two, three, four, five, y así sucesivamente hasta el novecientos noventa y nueve. La lista de números estaba formada por letras, pero esa lista no incluye las veintiséis que componen el alfabeto inglés. Algunas no aparecen en ninguno de los números escritos en letras hasta el novecientos noventa y nueve, como "a", "b", "c", "j", "k", "m", "p".

La más notable entre estas letras es la vocal "a". Ocupa el tercer lugar entre las letras más usadas en el idioma inglés. Sólo la "e" y la "t" son más frecuentes. Sin embargo, podemos recorrer toda la serie de números desde el 1 hasta el 999, expresados en palabras en inglés, y no encontraremos una sola "a". Pero después del 999, la situación cambia. El número 1000, thousand, tiene una "a", pero ninguna de las otras letras. Es evidente, entonces, que el mensaje oculto detrás de la lista es simplemente la ausencia de la "a". ¿Qué problema había, pues?

—Eso no tiene sentido —dije, enojado—. Aunque admitamos que el mensaje haya sido la ausencia de la "a", ¿qué puede significar en cuanto al nombre del sucesor? ¿Un nombre que no tenga ninguna "a"?

La mirada que me dirigió Griswold fue de soberano desdén.

—Supuse que habría varios nombres con esa característica y los hay. Pero también pensé que alguna otra persona podría tener el nombre de "Noah", lo cual se aproxima mucho desde el punto de vista del sonido a "no a" y uno de los investigadores se llamaba así. ¿Quieres algo todavía más simple?

DOCE AÑOS DE EDAD

Cuando llegué a nuestro club esa noche, Jennings estaba sin duda fastidiado. Fue el último en unirse al grupo.

—En este momento —dijo sentándose muy despacio en su sillón y levantando para pedir por señas su habitual martini seco— lo que más me gustaría es darle a ese sobrinito mío unas cuantas palmadas en el trasero.

—Te molesta, ¿eh? —preguntó Baranov.

—¿Te molesta un mosquito zumbándote alrededor? Ese enanito tiene la repelente costumbre de estar siempre en lo cierto en las cosas más insignificantes y de tomarle a uno el pelo. No me importa que un niño sea inteligente, pero no tiene por qué empeñarse en humillar a todo el que se le cruce en el camino.

—Doce años, diría yo que tiene —dije.

—Sí, doce. ¿Cómo lo adivinaste? —preguntó Jennings. Suspiré.

—Mira, soy conferenciante profesional y durante la parte dedicada al debate final, trato de localizar a los que complican las cosas y de no dirigirme a ellos. Cada vez que me equivoco en la apreciación y uno de esos enanos de rasgos agudos y voz de soprano me hace una pregunta deliberadamente embarazosa, le digo: "Tienes doce años, diría". La respuesta invariable es: "Sí. ¿Cómo lo adivinó?"

—Vamos, ¿qué es eso? —rezongó Jennings—. ¿Una ley cósmica?

—Así parece —respondí—. Antes de los doce años, no han acumulado suficientes conocimientos irritantes. Después de los doce, les han inculcado a golpes un poco de sentido común y tacto. A los doce, en cambio, son insoportables. Mira, cuando tenía doce años, yo también era insoportable.

—Y sigues siéndolo —dijo Baranov amablemente.

Pasé por alto el comentario con el desprecio que merecía y dije:

—Pregúntaselo a Griswold. Verás que está de acuerdo conmigo.

A juzgar por su aspecto, Griswold parecía dormir profundamente en su sillón, pero yo lo conocía bien.

Se movió un poco, se llevó a los labios el vaso de whisky, se limpió el bigote blanco y dijo:

—Los niños de doce años inteligentes tienen bastante espíritu de colaboración si los convencemos de que somos sus iguales desde el punto de vista intelectual. Claro está que esto los deja a ustedes tres fuera de juego. En mi caso, por otra parte...

—Si conocieses a mi sobrino... —dijo Jennings irritado.

—En mi caso —repitió Griswold levantando un poco la voz y abriendo bien los ojos azules y fríos— me las arreglo muy bien.

Ocurrió hace pocos años. Mataron a tiros a un diplomático del Medio Oriente en las calles de un suburbio de Washington. Podría haberse tratado de un asalto común, pero el Departamento tenía otra opinión.

Se ha vuelto muy común librar las guerras internas de cualquier nación en las calles de los países que tienen poco o nada que ver directamente con la cosa. Es muy difícil adoptar medidas, además. Aunque existan elementos de prueba válidos -cosa que no ocurre a menudo- siempre intervienen ciertas consideraciones diplomáticas.

Por una parte, no podemos condonar la actividad terrorista ni los asesinatos políticos dentro de nuestras fronteras. Por la otra, no deseamos agregar complicaciones innecesarias en relaciones ya de por sí sensibilizadas con otras potencias. Sin embargo, por lo menos deseamos siempre saber qué ocurrió, para poder dar los pasos más acertados bajo determinadas circunstancias y basarnos en información correcta en lugar de hacerlo sobre la base de supuestos. Ha habido casos en los que hemos actuado sin elementos de juicio suficientes para ir a caer de cabeza en un escándalo diplomático o en una situación difícil frente a la opinión pública.

El asesinato al que me refiero (y no puedo entrar en detalles porque, por diversas e importantes razones de seguridad se acalló el episodio) tenía que ver con un área especialmente sensibilizada y por suerte hubo un testigo. En cierto modo, fue el testigo perfecto. Un par de ojos que lo presenciaron todo desde una ventana. Eran los ojos de un muchacho muy listo de doce años. Sin duda había visto exactamente lo sucedido y era capaz de describirlo en sus menores detalles.

Es verdad que los asesinos ignoraban las especialísimas características del testigo. Pero

también es verdad que, dada la desesperada situación en que se encontraban, no tenían demasiadas alternativas. Cuando lo vieron en la ventana dispararon contra él, pero no dieron en el blanco. Durante los dos días subsiguientes, atentaron dos veces contra su vida sin resultado. Después el muchacho tuvo una custodia a su disposición. Lo llamaré Eli. Hubo policías apostados junto a su casa.

Pero había un obstáculo. Eli se negaba a hablar. Yo estaba ya jubilado, de modo que no estaba directamente involucrado en el caso, pero vino a verme Jerry Bastwell murmurando algo entre dientes y enjugándose la calva.

—Ese bandido —dijo—. Se queda allí sentado y se ríe de nosotros. "Ustedes no quieren saber nada" dice. "De cualquier modo, lo estropearían todo."

—¿Hablaste con sus padres? Que ellos lo interroguen —dije.

—¿Sus padres? —repitió Jerry, indignado—. Dicen que no pueden manejarlo. Dicen que es demasiado listo, que lee como si fuera un preuniversitario y que están preparándolo con profesores privados para ingresar a la universidad. En fin... que no pueden controlarlo. Yo creo que le tienen miedo. Para mí es un niño mudo que se las da de genio. Menos maestros privados, menos privilegios y unos cuantos bofetones le vendrían muy bien y lo convertirían en un niño como todos.

—Bien, golpéenlo —dije—. Háganle un "hábil interrogatorio" y mátenlo a golpes.

Jerry no era hombre de captar ni siquiera la más burda ironía.

—No podemos —dijo—. El niño tiene su psiquiatra que dice que si ejercemos presión sobre él, se refugiará en un silencio total. Dice que tiene tendencias autistas. No sé qué quiere decir eso. Tenemos que manejarlo con cuidado.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —le pregunté.

—En el Departamento hay quien cree que tú deberías hablar con él. Sabes tratar a la gente, tienes ciertas... ciertas...

—¿Rarezas? ¿Quieres que un loco atrape a otro loco?

Jerry suspiró, aliviado.

—No sabía como expresarlo, ¿sabes? Es exactamente eso.

Era también exactamente el cumplido capaz de movilizarme de inmediato. El muchachito me inspiraba curiosidad y acepté entrevistarlo.

Era delgado y de poca talla; se movía con la viveza característica de los niños de doce años muy inteligentes. El mundo no se abre para ellos con suficiente velocidad y se impacientan. Su acogida fue desdeñosa.

—¿También usted viene a hacerme preguntas?

—Puede ser —respondí, sentándome—. Pero más me interesas tú.

—¿Por qué?

—Porque te encuentro interesante. Dicen que sabes mucho. Tal vez puedas enseñarme cosas que yo no sepa.

—¿Sabes algo de cosmogonía?

—Bien —dije con cautela—. En inglés, por terminar con "y", es la única palabra que tiene solo "os" como vocales. Están además "Cosmología", "Lobotomía".

Era una forma sutil de aceptar mi ignorancia, pero el muchacho me pescó al vuelo.

—En las palabras que señaló la "y" suena como vocal. Un ejemplo mejor es "colofón", para palabras con "o" como única vocal. En "Syzygy" las tres "y" actúan como vocales. ¿Le interesan las palabras?

—Muchísimo —respondí.

—Tenemos suerte con tener el idioma inglés —dijo Eli con mucha seriedad—. Es el que tiene más palabras que ningún otro y la ortografía es tan loca que uno se divierte con ella. Casi nadie conoce bien la ortografía hoy, pero yo gané un concurso intercolegial cuando tenía siete años.

—Yo soy bastante bueno en ortografía —observé.

—Deletree "schism", cisma.

—"Schism" —dije—. La "ch" es muda, aunque algunos diccionarios dicen que puede pronunciarse y decirse "skizm".

Eli hizo un gesto enfático.

—En inglés —dijo— la combinación s-c-h al principio de la palabra siempre se pronuncia "sk", como por ejemplo, en schedule, scheme, schizophrenia, scholar, schooner, Schenectady y Schuyler .

—¿Y schlemiel, schlock y wiener schnitzel? —pregunté. Eli se rió con voz chillona.

—No son palabras inglesas —dijo—. Son préstamos del yiddish o del alemán.

—Los británicos dicen "shedule", y no "skedule" —le recordé.

—Están locos —dijo Eli categóricamente—. Una vez oí a un inglés en un programa de televisión que dijo "schoolschedule" pronunciando la segunda palabra como usted dijo. Pero las dos empiezan con "sch", de modo que ¿por qué no pronunció ambas como nosotros?

—Ahí tienes tú el idioma inglés, Eli. Como dijiste, la ortografía es loca, pero también lo es la pronunciación. ¿Alguna vez tiraste un billete de un dólar de un cuarto a otro?

Por un instante, Eli me miró con recelo.

—¿Por qué me lo pregunta?

—Porque si lo tiraste, yo diría que lo hiciste por una puerta. O sea "dough through", que pronunciamos "dou zru" a pesar de que las dos palabras terminan con "ough". Podría pronunciar las dos del mismo modo, ¿no? Con un sonido de "ou" final. O de "uo" final. "udu zru", o bien "udo zro".

Eli rió y por primera vez se mostró amistoso.

—Qué bueno. ¿Le molesta si lo uso más adelante?

—Claro que no.

Se levantó luego de su asiento y acercándose rápidamente, me señaló el pecho con el índice.

—Mire, tengo una adivinanza para usted.

—Muy bien —dije, tratando de no mostrar irritación por el dedo de afilada uña que me había clavado—. Luego me tocará a mí.

—¿También tiene un enigma?

—Más o menos. Referente a una muerte. Tú me haces tu pregunta y luego yo te haré la mía. Y si te doy la respuesta correcta, tendrás que darme la tuya también correcta. ¿De acuerdo?

Eli calló un instante, me miró con atención y por fin dijo.

—No es el mismo tipo de adivinanza.

—Tienes razón. Pero no somos la misma clase de persona. Tú eres joven, enérgico y rápido; yo soy viejo, poco vital ya y lento, de modo que tú tienes tu enigma y yo tengo el mío y si puedo enfrentarme con el tuyo, sin duda tú puedes enfrentarte con el mío.

Después de reflexionar un poco, el muchacho dijo:

—Muy bien. Trato hecho —y me extendió la mano. Se la estreché largamente y luego añadió—. Apuesto a que no adivina esto.

—Haz la prueba —le dije, sonriendo.

—Apuesto a que escribo una palabra con letras mayúsculas y usted no sabe pronunciarla.

—Me estás queriendo hacer la vieja broma de pedirme que diga la palabra "otorrinolaringología" para después decirme que lo que me pedías era que dijera "la palabra"...

Eli hizo una mueca.

—Ese es un chiste tonto. Yo hablaba de una palabra que usted no puede pronunciar. Es una palabra corta, muy familiar y que todos tenemos siempre a la vista. Y tampoco pienso mostrársela. Lo que digo es que si yo escribiese esa palabra tan corta y familiar con letras de imprenta usted no podría pronunciarla.

—¿Cómo voy a pronunciar la palabra si no me la muestras?

—Tendrá que adivinar qué palabra es. ¿Qué palabra es impronunciable aunque esté escrita con letras de imprenta y no sea muy larga ni tampoco tan difícil?

—Si te lo digo, ¿responderás a mis preguntas?

—Sí.

Dije la palabra y el niño lanzó una carcajada de alegría y saltó sobre mis rodillas, para abrazarme con alivio, supongo, por haber encontrado a un adulto con una mentalidad tan ágil como la suya.

Desde aquel momento, nos dijo todo lo que queríamos saber y logramos que una determinada embajada hiciese un poco de limpieza interna luego de haber mantenido nosotros algunas conversaciones bastante ásperas con esa nación. No quiere decir que haya renacido la calma para siempre pero, por el momento...

(#)

Intervine con aire belicoso.

—Bien sabes que no te vas a salir con la tuya, sin decirnos cuál es la palabra impronunciable.

Griswold me miró con desdén.

—Préstame tu lapicera —dijo. Tomando un bloque de papel que había sobre la mesa, escribió cuidadosamente la palabra "polish"—. Pronúnciala —indicó.

Obedecí antes de observar:

—¿Dónde está el enigma? La pronuncio cada vez que me hago lustrar los zapatos.

—Cuando la escribes con minúsculas, no hay problema. Eli dijo tres veces que no podría pronunciarla si estuviese escrita con mayúsculas. Subrayó la importancia de las mayúsculas.

Baranov objetó:

—¡Pero escribirla con letras mayúsculas no cambia la pronunciación! —Seguidamente escribió "POLISH" bajo la versión "polish" en el mismo papel.

Griswold dijo:

—Te equivocas. No hay modo de estar seguro de cómo pronunciar "POLISH" escrito con letras mayúsculas, porque no sabes si en cualquier caso, comienza o no con mayúscula. Cuando todas las letras son mayúsculas, no sabes cómo iría esa primera letra si la palabra estuviera escrita en mayúscula y minúsculas. En lengua inglesa, una palabra cuya pronunciación cambia al escribirla con mayúscula es "polish". Pronunciada así es lustre o cera para lustrar. Dime ahora cómo se pronuncia "Polish" o sea polaco: "poulish"... ¿no?

¡PRUEBAS... PRUEBAS!

En nuestro club reina siempre una atmósfera de profunda tranquilidad, cualquiera que sea el volumen del ruido que haya en la calle. Los ruidos del tránsito, las sirenas, hasta los relámpagos y el tronar de la tormenta parecen quedar prisioneros y amortiguados entre las vetustas cortinas.

A menos, claro está, que se nos ocurra darnos por enterados de los suaves ronquidos de Griswold mientras duerme en su imponente sillón.

Jennings echó una ojeada a la figura dormida -con ese aire de estar alerta en medio del sueño y su eterno vaso de whisky con soda aferrado con la firmeza de una roca- y preguntó:

—¿Será fácil llegar, me pregunto?

—Se requiere un corte fundamental en el depósito de genes —opinó Baranov.

—Quiero decir, cómo llegas a ser "alguien" en el dichoso Departamento, sea el que sea.

—Nunca lo nombra —dije, malhumorado— y, personalmente, dudo que exista.

—Bien, supongamos que existe —dijo Jennings—. ¿Cómo llegó a trabajar en él? ¿Cómo llenó las condiciones? ¿Se limitó a enviar una carta en la que decía que quería dedicarse a "solucionar enigmas insólitos"... o algo así?

—¿No recuerdan —pregunté— que una vez afirmó que durante la Segunda Guerra Mundial tenía el don de identificar espías o algo así?

—Es lo que dice él—dijo Jennings—, pero si se lo preguntases, con seguridad te saldría con cualquier otra cosa. Te apuesto a que si se lo preguntas...

Griswold se agitó y uno de sus ojos azules como témpanos se abrió. Como de costumbre y por algún proceso ignorado por nosotros, había comenzado a oír tan pronto como nuestra conversación se orientó hacia un tema que le interesaba.

—Si quieren saberlo —dijo—, la respuesta es bien sencilla. Vinieron a buscarme. Ellos vinieron a buscarme a mí. Tenían pruebas de mi brillantez durante la época de la Segunda Guerra

Mundial pero, por lo visto, no les bastaban y titubeaban. Desconfiaban de esa misma brillantez precisamente.

—¿Cuál podía ser la razón? —pregunté con tono hostil.

—Un agente brillante tiene poco que hacer. La mayor parte del trabajo requiere la representación prolongada y paciente de un papel y, para hacerlo sólo es necesario tener la mediocre capacidad de sumergirse en dicho papel. En realidad, el agente más exitoso que yo haya conocido jamás era un asno y le tocó a él ponerme a prueba en el momento decisivo.

Griswold bajó gradualmente el tono y debí decirle:

—Y pasaste con varios largos de ventaja, seguramente.

—Por supuesto —dijo Griswold y se acomodó sin salir apenas de su estado de incipiente somnolencia—. Pero como esto no puede ser una sorpresa para ustedes, no tiene mucho objeto contárselo, ¿no?

—Vamos —le dijo Jennings—. Ni a la fuerza podríamos impedirte que nos lo contaras. —Mirando su reloj, añadió—: Te doy cincuenta segundos para que empieces a hablar.

La verdad es que Griswold se tomó solo cinco.

Como les dije alguna otra vez [comenzó diciendo Griswold] y siempre me atengo en forma rígida a la verdad, había alcanzado fama cuando era muy joven, durante la Segunda Guerra Mundial. Había gente en Washington que no quería perder mi pista en los días que siguieron al conflicto y que deseaba ubicarme en un puesto donde fuese útil.

Yo no sentía mayor entusiasmo, ya que la vida del agente empleado en el gobierno me resulta difícil y paralizante. Conocía a muchos de ellos y sabía que era así. Sin embargo, me movieron ciertos sentimientos de patriotismo y no tenía mayores inconvenientes para servir al gobierno en calidad de consultor, de modo que me dejé persuadir para que me trajesen a Washington y pudieran estudiarme más de cerca.

Sabía que no sería nada agradable y no me equivoqué. Comenzaba la guerra fría y en las cuevas de los diferentes departamentos oficiales reinaba un intenso desorden a medida que la gente empezaba a localizar a los funcionarios indeseables. Como es natural, el hecho de ser inteligente lo convertía de inmediato a uno en sospechoso. El agente debía tener un cociente intelectual de 120 como mínimo... y también como máximo.

Como era lógico, no me entendí muy bien con los funcionarios más antiguos, que se inclinaron más bien a cobrarme antipatía a primera vista. Quizá les sorprenda, al verme ahora como hombre muy digno y maduro -cosa por otra parte previsible- pero, cuando era joven, era

más bien rebelde, y las personas convencionales se erizaban sólo de verme.

Recuerdo que me recibió en los vestíbulos del Departamento un hombre de talla mediana con un rostro liso y sonrosado, vestido con tanta meticulosidad y falta de imaginación como un maniquí de tienda. Me dirigió una única mirada, me señaló con el dedo y me dijo: "¡Usted!"

Probablemente no marchaba muy erguido, pero no me molesté en sacar las manos de los bolsillos ni en ponerme tieso. No estaba en el ejército. Con la mayor cortesía posible, respondí:

—Así es. ¿Cómo se llama usted?

El hombre fingió no oír.

—¿Por qué no lleva corbata ni chaqueta? —me preguntó.

—Porque cuando desperté esta mañana advertí que... ¡Caray! Que era verano.

—Aquí hay aire acondicionado.

—Interesante, pero no viene al caso, ya que vine aquí sólo por un rato.

—Sí, ¿eh? Deme su nombre y nos encargaremos de que no se quede mucho tiempo.

—Para usted, "usted" es suficiente. Sirve —dije y me alejé, silbando. No sabía quién era, pero desde luego, lo descubrí. Era el niño mimado del Departamento, el agente más eficaz de la década de 1940. Y era también el asno que mencioné antes. Durante toda la guerra había trabajado en Alemania, entrando y saliendo del país, afrontando a diario la muerte con el coraje de un león -debo reconocerlo- y también con el cerebro de un león, más o menos.

Cuando entraba en un salón, los senadores de levantaban en señal de respeto... Es decir, se habrían levantado, de haber sabido quién era, pero no lo sabían, ya que el sello característico del agente es el anonimato.

Había oído hablar de él, por supuesto, como todos nosotros, pero no lo conocía personalmente ni había visto su fotografía. Por cierto que de haber sabido quién era no habría cambiado en lo más mínimo lo que sucedió en el corredor.

Para entonces, yo tenía otras cosas en qué pensar. Con otros cinco compañeros, debí someterme a un largo curso acelerado. Escuchamos conferencias sobre diversos aspectos del espionaje y el contraespionaje, códigos y criptogramas -desde el Morse hasta los que requerían el uso de computadoras, pues las primeras computadoras electrónicas estaban ya en uso- y sobre muchos otros temas que resulta fatigoso recordar en mi caso y aburrido en el de ustedes.

Las conferencias se interrumpían con pequeñas situaciones imaginarias de uno u otro tipo

y luego se nos interrogaba sobre ellas para poner a prueba nuestra capacidad de observación en condiciones difíciles. Un conferenciante hablaba durante media hora, por ejemplo, y súbitamente nos preguntaba cuántas veces se había frotado la frente o si se la había frotado con la mano derecha o la izquierda.

Claro está que jamás me tomaron desprevenido con ninguna de esas pruebas. Podría haber cometido un error intencional para que me expulsaran del curso, pero me costaba mucho permitir que supusiesen que era un imbécil.

Un día nos anunciaron una conferencia sobre un héroe de la guerra. Apareció entonces mi amigo del corredor. Me recordaba, pueden estar ustedes seguros. Allí estaba de pie frente al salón mirándonos uno a uno con mirada glacial. Cuando me llegó el turno a mí, ladró: "¡Griswold!"

—O "usted", si prefiere —dije con suma tranquilidad—. Como guste.

Me dirigió una mirada atenta y prolongada y comentó:

—Al parecer tiene una gran opinión de usted mismo.

—Pecaría de falta de perspicacia si pensara lo contrario —repuse.

—¿Y cómo maneja los códigos?

—No soy un criptógrafo acabado, pero soy tan bueno como cualquiera que tampoco lo sea.

El hombre se volvió hacia la clase y dijo:

—La verdad es que todos los días utilizamos códigos. Lanzamos señales visibles. Guiñamos un ojo, hacemos un gesto afirmativo, arqueamos las cejas. Hay gestos, expresiones, ruidos vagos, todos significativos. Algunos significan lo mismo para todos. Un gesto afirmativo, "sí". Un dedo que señala podría querer decir "¡Eso!"

»Sin embargo, podemos cambiar esos significados. Podemos haber convenido que alguien dispare cuando hacemos un gesto afirmativo. El gesto puede querer significar 'sí' para cualquiera casi en cualquier circunstancia, pero significa '¡Fuego!' para una persona en determinada situación.

»Por cierto esto requiere un acuerdo previo. Pero... supongamos que no es posible convenir tal acuerdo. Supongamos que debemos enviar un mensaje importante sin recurrir a un código convenido de antemano. Es necesario inventar uno que suene como un disparate, de manera que desanime a cualquier persona no autorizada para descubrirlo o mejor aún, que parezca tan carente de significado que lo deseche. Sin embargo, la persona a quien se lo envía debe ser capaz

de interpretarlo.

»Es complicado. Hay que desplegar mucha inteligencia, pero no tanta como para que el código que utilicemos sea impenetrable y nuestro hombre tenga que ser más listo que el enemigo. En 1943 utilicé un código semejante. Lo usé dos veces con éxito, ambas durante una emergencia en la que debía arriesgarlo todo. Pecando de excesiva confianza, lo utilicé una tercera vez y el enemigo lo captó. El resultado fue que sacasen a Mussolini de su prisión en Skorzeny y que yo mismo estuviese a punto de ser encarcelado... o algo peor.

»Ahora, voy a probar este código con Griswold —dijo con una sonrisa de lobo—. Un hombre tan brillante como él tiene la certeza del éxito y le daremos tiempo hasta el final de esta conferencia para descifrarlo. Desde luego no podrá dejar de prestarme atención, pues también lo someteremos a prueba en cuanto a este punto. El mensaje, Griswold, consiste en siete palabras que escribiré en la pizarra, una debajo de la otra:

TITTER

ATTEMPT

ABILITY

INTENTION

CAPACITY

INVINCIBLE

INVIDIOUS

»Aquí hay un mensaje —dijo— e invito al resto de ustedes a descifrarlo. Sabrán fuera de toda duda que lo han conseguido si hallan la respuesta correcta, pero sólo espero resultados de Griswold. Todos pueden observar que las siete palabras no tienen una relación obvia en cuanto al orden dado ni en ningún otro sentido. Al parecer no tienen nada en común. Hay tres sustantivos, dos adjetivos, un verbo y una palabra que puede ser un verbo o sustantivo. La letra inicial de cada palabra no proporciona ningún dato. Digo, no obstante, que hay un mensaje.

El hombre calló y todos se concentraron, frunciendo el ceño, con aire absorto y tratando en todas las formas posibles de demostrar que estaban sumidos en la más profunda reflexión. Yo no me tomé ese trabajo. Con aire aburrido, me apoyé en el respaldo de mi asiento.

El hombre se acercó a mí y me dijo:

—Le hablaré a la clase durante cuarenta y cinco minutos. Hasta entonces tiene tiempo. ¿Le

alcanzará?

Con toda claridad contesté:

—Titrante - is - invisible.¹

—¿Qué? —dijo el hombre.

—He resuelto su pequeño código y hago uso de él para responder a su pregunta sobre si me alcanzará el tiempo.

Se puso como la grana. Claro está que comenzó por ruborizarse. Salió corriendo del salón y en el tumulto que siguió expliqué el código a los otros. Tenía razón yo, pero las cosas salieron bien, porque no conseguí el puesto. Mi amigo el héroe me calificó de insolente, falto de colaboración y, muy probablemente, según su opinión de experto, de comunista, de modo que al día siguiente me despidieron.

Conservé mi carácter de asesor ocasional y en realidad no me ha ido nada mal.

(#)

Griswold, dejó escapar un gruñido nostálgico y dio la impresión de disponerse a caer en su habitual estado de somnolencia, cuando Baranov preguntó ansioso:

—Pero, ¿cuál era el mensaje? ¿Cómo funcionaba el código?

Griswold fingió asombro.

—¿No se han dado cuenta? ¡Es obvio! Una mirada debe bastarles para comprobar que las dos primeras palabras de la lista tienen tres "t" cada una y, las últimas dos, tres "i". Una vez que lo advertí pude ver que cada una de las palabras de la lista tenía una "i" o una "t" por lo menos y algunas las dos letras.

—¿Qué tienen en común la "i" y la "t"? Bien, cuando escribimos con letra cursiva, a mano y con minúsculas, la "i" y la "t" provocan la interrupción del trazo. Hay que detenerse para poner el punto a la "i" y para cruzar la "t". Sin duda es obvio. (También hay que ponerle el punto a una "j" ocasional, pero la "j" es solo una forma moderna de la "i") Comprobado esto, no pueden dejar de advertir en el acto que el punto de la "i" y la barra de la "t" son los puntos y rayas del código internacional Morse.

Si para cada palabra escribimos solamente los puntos y barras de las "i" y de las "t", tenemos para "titter" -.-; para "attempt" ---; para "ability" ..-; para "intention" .-.-; para

¹ N. del T.: La valoración es invisible.

"capacity" .-; para "invincible" ...; y para "invidious" ...

En Morse, -.-.....-.-.-.-..... se expresa como "tú pasas", prueba evidente e inmediata de que mi análisis era el correcto. Cuando el amigo de ustedes, el héroe, me preguntó si yo tenía bastante tiempo, dije "Titrante is invisible", pero si transformamos eso en puntos y rayas, obtenemos -.-.-....., o sea "Ves" o "Sí".

LA HISTORIA DE APPLEBY

—Es carísimo este crimen de clase media. No sé cuantos miles de millones de dólares nos cuesta todos los años —dijo Jennings.

Sus palabras sonaron a hueco en los augustos ámbitos de la biblioteca de nuestro club. Era una noche tibia y la ciudad tenía bastante actividad como para que solo algún desesperado no tuviera nada mejor que hacer que venir al club. Con excepción de nosotros cuatro, claro está.

—No creo que a nadie le interesen los crímenes de clase media, de la gente de cuello y corbata. El común de los mortales se limita a pensar: "Con tal de que la sangre no llegue al río..." —dijo Baranov.

—Ya lo sé —contesté indignado—. Así es como un pobre infeliz que asalta un comercio de bebidas alcohólicas esgrimiendo un arma y roba cincuenta dólares debe sufrir todo el peso de la ley. Al mismo tiempo un joven ejecutivo que se lleva cincuenta mil metiendo la mano en la lata pública comparece ante el jurado, invoca la ley y es considerado un respetable ciudadano.

—El arma hace diferencia, ¿no? —preguntó Baranov con aire hosco—. Tu "pobre infeliz" puede lisiar o matar. ¿Qué tiene que ver eso con el dinero?

—Espera —le dije—. Retira a tu bien educado hombre de detrás del escritorio, llévalo a los arrabales, prívale de toda oportunidad en la vida, rodéalo de gente con dinero a quien no le importe un bledo ningún pobre infeliz y ¿qué imaginas que hará? O a la inversa, toma al pobre infeliz, límpialo, edúcalo, cámbialo de color o de antepasados si es necesario, y ponlo detrás de un escritorio en un muelle sillón. Tampoco necesitará usar armas.

—Siempre es responsable la sociedad, según ese tierno corazón que tienes —comentó Baranov. Por una vez habíamos olvidado la presencia de Griswold que sin nuestra ayuda, estaba con los ojos bien abiertos.

Frunció sus tupidas cejas y con voz profunda, murmuró:

—¿Qué les hace imaginar que esas dos clases de crímenes funcionan siempre por separado? Una puede llevar a la otra.

En un caso que recuerdo, sucedió así, aunque dudo que pueda interesarles.

Se detuvo para beber un sorbo de whisky con soda y le dije:

—Aunque no nos interesa, ya que insistes en contarlo, habla.

La persona en cuestión [dijo Griswold] se llamaba Thomas Appleby y tenía una serie de cualidades relevantes, algunas simpáticas, otras, no, pero todas contribuyeron a provocarle la muerte violenta.

Era una persona extrovertida, sociable, comunicativa. Era bajo, algo grueso, rubicundo, amistoso, charlatán, desenvuelto. Era el hombre que podría haber sido Papá Noel y actuaba como tal, si Papá Noel se hubiese afeitado totalmente, cortado el pelo bien corto y anduviera vestido con camisa, chaqueta y pantalones.

Appleby tenía sus pequeñas vanidades. Era un ingenioso narrador de historias cómicas. Las narraba con vivacidad y agudeza y, como tenía conciencia de su aptitud, la lucía sin cesar con honda satisfacción.

Era capaz de mantener absorto a su auditorio y rara vez dejaba de provocar risas, generalmente, carcajadas, en todos los presentes. Tenía una memoria poco usual para recordar chascarrillos. Además era capaz de continuar relatándolos sin repetirse nunca, durante horas... ya veces lo hacía.

Daba la sensación de recoger anécdotas como una escoba que barre el polvo o un imán que levanta alfileres y siempre tenía a mano una nueva historia que repetía tan pronto como tenía nuevos oyentes. En verdad, buscaba nuevos oyentes para darse el gusto de contar sus historias. Buena parte de su fama de sociable era consecuencia de esa incesante búsqueda de nuevos auditorios.

Para quienes lo conocían, su historia predilecta era la llamada "historia de Appleby" y cualquiera que se encontrase atrapado en una reunión donde hubiera uno o dos recién llegados al grupo podía llegar a oírla por décima vez. Y hasta el atractivo de Appleby como narrador se marchitaba con tanta repetición.

Otra de las pequeñas vanidades de Appleby era su afición a echarse hacia atrás con aire de importancia y comenzar una anécdota así: "Estoy en el gobierno, ¿saben? y esta me la contó un senador..."

De hecho era un humilde empleado en una olvidada repartición del Ministerio de Salud y Bienestar, pero esta pequeña vanidad no hacía daño a nadie, salvo a él mismo.

Le gustaba comer y se las arreglaba para consumir todo lo que estuviese a su alcance sin

que disminuyera su capacidad de hablar. Le gustaba el café con mucho azúcar, los espárragos con salsa holandesa, y el cerdo bien cocido. Evitaba beber alcohol y se sentía automáticamente atraído por cualquier grupo de desconocidos que le pudiera significar un nuevo auditorio.

Todo esto, claro está, y muchas otras cosas surgieron de la investigación que siguió a los sucesos registrados el día de su muerte. Como había salido de su trabajo dos horas antes de lo habitual, se dirigió a un café algo sórdido perteneciente a un hotelucho del centro de la ciudad.

Había en el café una serie de mostradores en forma de herradura y junto a uno de ellos estaban sentados cinco hombres con aire caviloso y en silencio.

Appleby podría haber elegido un asiento junto a cualquiera de las herraduras donde había sólo dos personas bien separadas entre sí, pero los asientos vacíos no le interesaban. Se dirigió, pues, sin vacilar, al sector ocupado.

La historia de lo que sucedió proviene de uno de los dos hombres que bebían en una de las otras herraduras, un hombre que al parecer era sumamente curioso y no pudo menos que oír la voz penetrante de Appleby. Aparte de que su memoria fotográfica le permitió repetirlo todo.

Appleby ocupó un asiento y dijo con tono cordial:

—¡Buenas tardes, buenas tardes! Aunque no diré que sean tan buenas. Afuera hace muchísimo frío y no sirven café caliente. Pienso que aquí, sí.

Los otros lo miraron con expresión bastante poco amistosa, pero para Appleby eso no tenía importancia. No era capaz de advertir la falta de cordialidad. Se dedicó a estudiar el menú después de retirarlo de su lugar entre una aceitera y un soporte para servilletas de papel.

Según parece no se decidió de inmediato. Volviéndose hacia la persona a su derecha, preguntó:

—¿Oyó algún buen chiste en los últimos tiempos?

La persona en cuestión se mostró sorprendida. Luego, con evidente esfuerzo, se encogió de hombros y repuso:

—No. Hoy en día no hay muchos motivos para reírse.

—Oiga —dijo Appleby, encogiéndose de hombros—: Un chiste no hace mal a nadie. Si uno está de mal humor un chiste no se lo va a empeorar y, a lo mejor, se lo mejora.

—Algunos de los que uno oye —dijo el hombre, encorvado sobre su cigarrillo y mirando a Appleby con hostilidad— nos ponen mucho peor.

—Puede ser —admitió Appleby—. Pero yo trabajo para el gobierno, razón más que suficiente para que suela sentirme mal y le diré que los chistes ayudan mucho. Y los mejores que he oído provienen de desconocidos. Un día estaba yo sentado junto a un mostrador, como ahora, y pedí a mi vecina que contase un chiste. Me contó uno muy bueno. No lo contó muy bien, pero para eso estoy yo.

La persona que estaba a su derecha mordió el anzuelo.

—¿Qué le contó? —quiso saber.

—Sea usted el juez —dijo Appleby— y dígame si no es un buen cuento. Aquí va: Moisés bajó del monte Sinaí con las Tablas de la Ley bajo el brazo. Llamó a los ancianos a conferenciar. "Señores", les dijo. "Tengo buenas y malas noticias para ustedes. La buena noticia es que he conseguido que el patrón nos lo deje sólo en diez."

A esas alturas la voz de Appleby había tomado un cierto tono a lo Charlton Heston, sólo que más sonora para estar a la altura de su papel de Moisés. Hizo una pausa para verificar que una sonrisa empezaba a cruzar los rostros de los oyentes y continuó:

"La mala noticia", dijo entonces, "es que lo del adulterio sigue en pie".

Se oyó alguna risa ahogada y Appleby pareció satisfecho de haber arrancado por lo menos esa risa a un grupo que no prometía mucho.

Entonces le dijo al hombre detrás del mostrador.

—Un café, por favor, y un sándwich de queso dinamarqués. —y volviéndose al hombre a su izquierda, añadió—: No debo comer demasiado.

—Según veo, ya ha comido bastante —comentó el hombre a su izquierda con un leve gruñido desdeñoso.

Appleby se esmeraba siempre para aceptar de buen grado las bromas del prójimo porque sabía que así mantenía de buen humor a su auditorio, cosa muy importante. Se echó a reír y dijo:

—Ahí me la dio. Lamento que lo haya advertido. Pensar que estaba contrayendo el abdomen para que no lo notase...

Apareció el café y el hombre detrás del mostrador, tan hosco y poco cordial como los parroquianos, le ofreció:

—Aquí tiene crema. ¿Quiere azúcar?

Appleby hizo el gesto de extender el brazo pero, en lugar de hacerlo, se quedó mirando la

mano abierta del hombre, en cuya palma había dos sobrecitos de azúcar.

Después de titubear, dijo:

—Bien, ¿por qué no? —y tomó uno—. Uno solo —añadió—. Por esta vez usaré azúcar. Bien, es lo que llamo buen servicio. En general hay que buscar los edulcorantes por todo el mostrador y he aquí que este hombre, los ofrece. Muy considerado. Muy comedido de su parte. Como la muchacha de Moscowitz. ¿Oyeron hablar de Moscowitz, ese que sospechaba que su mujer le era infiel?

Era su historia del mes.

—No. —Contestó alguien—. ¿Cuál es?

—Bien —dijo Appleby—, Moscowitz estaba convencido de que su mujer lo engañaba y un día estando en su trabajo, no pudo soportarlo más. Tenía que saber. Entonces llamó por teléfono a su casa y la muchacha respondió al llamado.

"Escuche" —dijo—, "estoy convencido de que mi mujer me engaña, de modo que quiero que me diga lo siguiente: ¿Está arriba ahora, en el dormitorio, con otro hombre?"

"Debo decirle la verdad, señor" —dijo la mucama—. "Así es. Y debo decirle, además, que yo desaprubo del todo semejante conducta."

"Bien —dijo Moscowitz—. Me alegro de que sea una mujer honrada. ¿Sabe donde guardo mi revólver?"

"Sí, señor."

"Bien. Vaya a buscarlo. Llévelo al dormitorio y mate a esa sinvergüenza de mujer que tengo de un tiro en la cabeza. Luego mate de otro tiro en el corazón al hombre que está violando la santidad de mi hogar. Vuelva enseguida e infórmeme."

Appleby se detuvo para beber su café. El auditorio estaba atento contra su voluntad y él lo sabía. Estaba en uno de sus mejores momentos y su voz matizaba cada expresión del diálogo de los dos personajes.

—Al cabo de un rato —siguió diciendo Appleby—, la muchacha volvió al teléfono. "Señor" —dijo— "misión cumplida".

"¿Mató a mi mujer?"

"Sí, señor."

"¿Y al canalla del amante?" "Sí señor"

"¿Los dos están muertos?" "Sí, señor."

"¿Y qué hizo con el revólver?"

"Lo arrojé a la piscina, señor." "¿Lo arrojó a la piscina? Oiga... ¿Con qué número hablo?" Se produjo un instante de silencio, el instante preciso para que la audiencia captara el chiste y estalló una carcajada general que se prolongó bastante tiempo. Hasta el hombre del mostrador se reía de tan buena gana como los otros. Appleby rió complacido a su vez, terminó su sándwich escandinavo y su café y se retiró. Y aquí terminaría la historia si dos horas más tarde no hubieran encontrado a Appleby estrangulado en su departamento. No le habían robado nada. Nada había sido revuelto. Sus ropas estaban un poco en desorden, como si lo hubiesen revisado, pero conservaba la billetera, el reloj en la muñeca, el anillo en el dedo. No faltaba ninguna de sus pertenencias. La policía inició una investigación de rutina que pronto permitió descubrir la sesión en la cafetería que, según se pudo establecer, era lugar de cita de gente poco recomendable, pero nunca había sucedido nada allí que hiciera suponer la posibilidad de que llegara a ser escenario de un asesinato. Se consideró que era un asesinato sin importancia y podría haber sido archivado en algún cajón pero, desgraciadamente, me llamaron antes de que se les ocurriera renunciar a descubrirlo. Tan pronto como oí la historia, adiviné cómo habían sucedido las cosas, como sin duda, lo saben ustedes.

(#)

—No, no adivinamos nada —dije en voz baja—, y tú lo sabes bien. O nos lo cuentas todo, o te estrangularemos a ti.

—¡Qué torpes! —murmuró Griswold—. A Appleby le agradaba tomar su café endulzado y, cuando el camarero le ofreció azúcar, dijo que por una vez la tomaría para variar. Esto significa que habitualmente usaba edulcorantes, que era lo que buscaba en ese momento. El hecho de que el hombre del mostrador le hubiese ofrecido azúcar, cosa poco común como señaló Appleby, parecería indicar que quería disuadir a Appleby del uso de un sustituto artificial.

Esto me hizo recordar inmediatamente el hecho de que el crimen que con mayor frecuencia comete la gente de cuello y corbata, un crimen que casi todos hemos cometido en diversas ocasiones, es el de robar alguno de esos paquetitos rosados de sustitutos de azúcar. Todos lo hemos hecho en alguna oportunidad.

Seguramente Appleby se sirvió varios de esos paquetitos rosados. En situaciones normales se lo habrían impedido, quizá, pero todos estaban riendo de su chiste y nadie reparó en nada. Cuando advirtieron que los paquetitos habían desaparecido, tuvieron la certeza de que él se los había llevado. Después de todo, ese desconocido trabajaba para el gobierno (él mismo lo había

afirmado) y, según todas las apariencias, los había distraído deliberadamente para poder alzarse con los paquetitos. Era necesario recobrarlos y los recobraron. Y lo estrangularon para impedir que hablase.

—¿Cómo adivinaste todo esto? —preguntó Baranov.

—Por lógica. Porque proporciona el motivo del crimen. Supongamos que ese café fuese un centro de distribución de drogas. Es bien inocente guardar heroína en paquetitos rosados exactamente iguales a los que contienen sacarina. ¿Quién podría sospechar nada? ¿Quién los miraría dos veces? Mientras nadie se apodere de uno de ellos por error, es un truco excelente. Al llevarse Appleby algunos, se produjo el pánico general.

Cuando la policía allanó el café, comprobó que yo estaba en lo cierto y lograron apoderarse de una buena cantidad de droga.

DÓLARES Y CENTAVOS

—Mi propia opinión —dijo Jennings estando los cuatro reunidos en la atmósfera algo lúgubre y melancólica de la biblioteca de nuestro club— es que con el objeto de contrarrestar la actividad terrorista, lo mejor sería bajar una cortina de silencio total sobre ella.

—Quieres decir —dije con tono sarcástico— que no le digamos a nadie, por ejemplo, que mataron al presidente, si acaso lo matan.

—No —respondió Jennings—. No es eso lo que quiero decir ni mucho menos. Digo que no se divulgue la identidad del presunto asesino ni ningún dato relativo a su persona; que no se publiquen fotografías, ni se hable de él. Así se convierte en alguien sin personalidad, lo mismo que cualquiera que esté implicado en actividades terroristas. Y es más, disminuyamos en especial la cobertura televisiva, excepto para anunciar en los términos más escuetos lo sucedido.

—Deduzco que lo que quieres insinuar es que los terroristas actúan por la publicidad que logran. Les quitas la publicidad y no tiene objeto para ellos hacer nada.

—Hasta cierto punto, sí —dijo Jennings—. Digamos que hay un movimiento en favor de la independencia de la población de Fairfield en Connecticut. Cinco locos establecen un Comité para la Liberación de Fairfield. Se otorgan así mismos la sigla FLC y lanzan una campaña de destrucción de neumáticos en Hartford, una ciudad próxima, enviando cartas a los diarios y atribuyéndose los hechos. En la medida que continúan los cortes de neumáticos y los medios lo publican en forma extensa, no sólo se consigue que esos cuatro locos se crean importantes y poderosos, sino que la publicidad lleva a montones de gente impresionable a imaginar que quizá tenga cierta validez la idea de dar la independencia a Fairfield. Por el contrario, si se investigan los delitos dentro del más estricto silencio...

—Sencillamente, no es posible —dije— por dos razones. La primera es que la gente a quien le cortan los neumáticos se verá obligada a marchar a pie y surgirán rumores mucho peores que la verdad. La segunda es que una vez establecido el principio de que es posible imponer el silencio periodístico sobre algo semejante, es posible extenderlo a cualquier cosa que consideremos peligrosa que la gente sepa. Y quiero enfatizar cualquier cosa. Espero que no ocurra nunca en los Estados Unidos. Prefiero el terrorismo esporádico...

—Además —la voz de Griswold tronó en forma inesperada— llega el momento en que el silencio puede quebrarse. ¿Cómo mantienes secreto que hay que evacuar un hotel en medio de las horas de mayor tránsito de la noche y que es necesario convocar a todas las dotaciones de bomberos de la zona...?

Tenía los dos ojos abiertos, su azul resplandecía sobre nosotros, y estaba sentado muy erguido. Sí, estaba más despierto de lo que lo había visto en muchos años.

—¿Estuviste implicado en algo semejante? —pregunté.

Todo comenzó [dijo Griswold] cuando un periodista de un diario de Nueva York recibió un anónimo cuidadosamente escrito a máquina según el cual se había depositado una falsa bomba en determinada habitación de cierto hotel. Se mencionaba el número de dicha habitación.

El periodista se preguntó qué debía hacer y decidió que era una broma que le hacía uno de esos graciosos que andan por ahí, pero en seguida reflexionó y decidió que no podía correr riesgos. Retiró entonces el papel arrugado del canasto y se lo entregó a la policía. El acto implicaba el riesgo de pasar por idiota, pero no tenía alternativa.

La policía no se mostró nada comprensiva. También creía que era una broma de la que hacían objeto al periodista, pero ellos tampoco tenían alternativa. Enviaron al hotel a un miembro del equipo antiexplosivos y lo condujeron a la habitación señalada. Afortunadamente quien la ocupaba estaba ausente. Bajo los ojos llenos de desaprobación de un empleado del hotel y con la sensación de estar actuando como un imbécil, el policía revisó más o menos superficialmente el cuarto y casi de inmediato descubrió una caja en el estante del armario junto a algunas mantas. Llevaba escrito afuera, con torpes letras mayúsculas, la palabra BOMBA. En el interior había cartón de embalaje. Nada más.

Claro está que trataron de localizar huellas digitales en la caja. Nada. La carta estaba llena de huellas del periodista. Seguía pareciendo una broma aunque más seria de lo que habían supuesto al principio. Se indicó al periodista que entregase cualquier otra carta que le llegara sin la menor demora y tratando de no tocarla demasiado. Y el periodista comenzó a abrir todas sus cartas con un par de guantes de cabritilla puestos. Resultó una precaución útil porque tres días más tarde recibió otra carta. Mencionaba otro hotel y volvía a dar un número de habitación. De inmediato la llevó a la policía y una vez más enviaron a un miembro de la brigada antiexplosivos. Esta vez encontraron en el cuarto de baño una caja llena de pedazos de cartón, metida detrás del inodoro. También decía: BOMBA.

No había ni una huella digital. La policía había informado a los diarios principales de la ciudad lo que había sucedido, pidiendo que no se hiciera publicidad con el fin de prevenir una ola de pánico y, pidiendo también que estuviesen todos vigilantes frente al eventual recibo de

otras cartas.

Precaución afortunada, además, porque la tercera carta llegó a un periodista perteneciente a otro diario. Era igual a las otras, salvo que esta vez había un párrafo más que decía: "Espero que advierta que esto no es más que una práctica. Un día de estos, la bomba será de verdad. En ese caso, desde luego, no le daré el número de la habitación".

Ahí fue cuando la policía me llamó y me mostró las cartas.

—¿Qué establecieron en el laboratorio? —pregunté.

Mi amigo de la policía, un teniente llamado Cassidy, me dijo:

—Es una máquina eléctrica, probablemente de la marca IBM y el presunto terrorista es un hombre educado que sabe usarla muy bien. No hay huellas digitales. Tampoco hay nada especial en el papel ni en el sobre. Tampoco en las falsas bombas, dicho sea de paso. El sello postal indica que las cartas fueron despachadas desde diferentes puntos, pero todos en Manhattan.

—No parece un dato demasiado útil —comenté. Cassidy hizo una mueca.

—Así es. ¿Sabe cuántas máquinas de escribir IBM hay en Manhattan? ¿Y cuántos expertos mecanógrafos con buen nivel de educación? Pero si el hombre manda un número suficiente de cartas, no obstante, espero que podamos recoger algunos datos más.

Tampoco veía yo que fuese posible hacer mucho más. Quizá tenga una capacidad extraordinaria para advertir cosas mínimas que escapan a los demás, inexplicables aún, pero sólo el resto de los mortales me considera un forjador de milagros. Personalmente, jamás he afirmado tal cosa. Con todo, me mantuve en estrecho contacto con la policía mientras se desarrolló el caso.

Llegaron en efecto más cartas y contenían mayor información, por lo menos relativa a los móviles. El terrorista misterioso comenzó a expresarse con mayor espontaneidad. Al parecer estaba harto de nuestra sociedad de consumo y deseaba el retorno a épocas más puras, más espirituales. Cómo era posible volver a ellas con sus excentricidades, era algo que no explicaba.

Manifesté a Cassidy:

—Es obvio que no tiene dificultad alguna para entrar en las habitaciones de los hoteles, aunque claro está, tampoco hay razón para que la tuviera.

—¡Ah! —dijo Cassidy—. ¿Llaves maestras?

—Todos los cuartos se limpian todos los días. Las mujeres encargadas de la limpieza

suelen alejarse para cumplir alguna otra tarea y dejan la puerta abierta, en especial cuando el cuarto está vacío entre dos ocupantes y por lo tanto no hay nada de valor que pueda ser robado. Yo he visto cuartos de hotel con la puerta abierta y sin mujeres de limpieza a la vista, aun en casos en que hay equipaje y ropas expuestas en forma visible. Nadie puede impedir a nadie vagar por los pasillos de los hoteles, de modo que todo lo que tiene que hacer nuestro hombre es encontrar una puerta abierta.

Se pasó la voz a todos los hoteles de Nueva York en el sentido de que las encargadas de la limpieza no debían dejar puertas abiertas bajo ningún pretexto. Algunos indicaron a sus empleadas que estuviesen alerta para localizar cajas de tamaño reducido y que llamaran la atención de la gerencia frente a cualquier elemento sospechoso.

Apareció una caja y llegó a las oficinas de la policía antes de que llegase la carta que anunciaba su colocación. La carta se demoró en el correo, cosa nada sorprendente en realidad.

—Espero —dijo Cassidy con tono melancólico—, que cuando se trate de la bomba de verdad, no la anuncie por correo. Nunca llegará la carta a tiempo para darnos la posibilidad de prevenir el atentado.

Las precauciones tomadas para que no se dejaran puertas abiertas hicieron más lento el trabajo del hombre. Las cartas disminuyeron en número, pero no cesaron del todo. Las crecientes dificultades lo ponían al parecer más irritable. Acusaba a bancos y financistas en general. Los psicólogos policiales trataron de elaborar un perfil de la personalidad del remitente de las cartas partiendo de lo que decía. Se preguntó a los bancos si alguno de ellos había rechazado una solicitud de préstamo y si el solicitante había reaccionado con exagerada amargura o amenazas. El estudio sostenido de las fechas del sellado postal en las cartas indicaba preferencia por ciertos barrios en desmedro de otros como posibles centros de actividades del terrorista.

—Si sigue así durante un tiempo, acabaremos arrestándolo.

—Pero un día de estos —vaticiné— será la bomba de verdad y ocurrirá probablemente antes de que hayamos conseguido aislarlo entre los millones de personas que viven o trabajan en Manhattan.

—Pero la situación puede prolongarse durante bastante tiempo. Puede no estar en condiciones de fabricar u obtener una bomba. Todas estas tretas de colocar bombas falsas son una manera de eliminar tensiones y, una vez que las haya eliminado, dejará de enviar cartas.

—Sería muy agradable —dije—, pero hoy en día cualquiera puede conseguir un aparato explosivo o aprender a fabricarlo a poco que se esfuerce.

Así estaban las cosas cuando un día llegó un oficial de policía a ver a Cassidy con

urgencia.

—Un hombre que dice ser el de las bombas llamó por teléfono.

Cassidy se levantó de un salto, pero el oficial le dijo:

—Cortó ya la comunicación. No pudimos retenerlo. Dice que volverá a llamar... y dice que ahora será una bomba de verdad.

Llamó varias veces, con intervalos, desde distintos teléfonos públicos. Según él la bomba estaba ya colocada. La bomba de verdad. Nombró el hotel, nada menos que el más nuevo de Manhattan. Además, dijo la hora en que estallaría: las 17.00 de ese día, sí, el momento de máxima concentración de gente en la calle.

—Tienen tiempo para evacuar el hotel —dijo con voz ronca—. No quiero que muera nadie. Solo quiero destruir la propiedad para dar una lección a los que consideran a la propiedad por encima de la humanidad.

Era poco después de las dos, cuando por fin nos comunicó el lugar y la hora. Había tiempo para hacer el trabajo, pero considerando no sólo la evacuación, sino además la colocación de cordones para aislar la zona y la congestión de material contra incendios, íbamos a producir un tumulto de tránsito de órdago en Manhattan...

Junto al teléfono, Cassidy hizo todo lo que pudo.

—Escuche —dijo con un tono tan persuasivo como pudo—. Usted es una idealista Es un hombre de honor. No quiere hacerle daño a nadie. Supongamos que logremos sacar a todos a la calle. Supongamos que quede un solo niño en el interior a pesar de todo lo que hagamos. ¿Está dispuesto a cargar ese peso sobre su conciencia? Díganos por lo menos el número de la habitación. Hágalo y le garantizo que escucharemos sus motivos de queja.

El hombre de la bomba no estaba dispuesto a acceder.

—Volveré a llamar —dijo.

Al cabo de quince minutos interminables, durante los cuales la policía y la brigada de antiexplosivos se dirigieron al punto indicado, recibimos el llamado.

—Muy bien —dijo el hombre—. Dólares y centavos. Es todo lo que le preocupa a la gente. Dólares y centavos. Son demasiado tontos para comprenderme y por lo tanto yo no soy responsable. Ustedes lo son —dijo y cortó la comunicación.

Cassidy se quedó mirando el teléfono.

—¿Qué diablos quiso decir? —preguntó.

Pero yo había oído la conversación por una extensión de la oficina y me apresuré a decirle:

—Suspendan la evacuación por unos minutos. La brigada debe haber llegado ya. Comuníquese con ellos. Creo que tengo el número de la habitación y es posible que puedan desactivar el artefacto allí mismo.

No me equivocaba. La bomba, un artefacto sencillo, pero de verdad, fue desactivada con facilidad sin molestar a nadie en el hotel. No atrapamos al terrorista, pero nunca volvió a hacer otro intento. Al parecer estaba satisfecho y, como no había nadie herido...

(#)

Las palabras de Griswold dieron lugar poco a poco a un ronquido muy leve y Jennings levantó la voz.

—Oye, no te duermas. ¿De dónde sacaste el número de la habitación? ¿Cuál fue la pista?

Puse en práctica mi truco habitual de pisar el pie de Griswold que tenía más cerca, pero esta vez él estaba preparado y me dio un buen puntapié en el tobillo.

—Les dije la pista. El hombre habló de "dólares y centavos" y dijo que si éramos demasiado tontos para comprender, los responsables éramos nosotros.

—¿Qué pista es esa? —exclamó Baranov—. Eso no era más que su queja de siempre sobre la sociedad enloquecida por el dinero.

—Podría haberlo sido, además, pero yo consideré que era el indicio que buscábamos. Les dije que el hombre era un mecanógrafo experto y un mecanógrafo experto piensa más bien en términos de teclas que de palabras.

—Yo escribo muy bien a máquina y la frase no significa nada para mí —observé.

—No me sorprende —dijo Griswold tan simpático como de costumbre—. Pero si escribes a máquina "dólares y centavos" y estás con mucha prisa, lo más probable es que escribas los símbolos "\$&c" y el hombre hizo esos símbolos en el aire.

Eso se logra golpeando tres teclas en la máquina eléctrica IBM con la tecla de mayúsculas baja. Pero si no la bajas, las mismas teclas te dan el número 476. Prueben y verán. Por ello pensé que debíamos buscar la habitación 476. Y era la indicada.

AMIGOS Y ALIADOS

—¿Vieron el casamiento del Príncipe Carlos y Lady Diana? —pregunté. Tenía las piernas cómodamente extendidas, en una posición que en general la atmósfera algo solemne de nuestro club no solía auspiciar.

—Sí —dijo Jennings con entusiasmo—. ¡Qué princesa de cuento de hadas! ¡Joven! ¡Rubia! ¡Hermosa!

—Y al mismo tiempo —comenté— las ciudades de Gran Bretaña se destrozan en medio de conflictos callejeros. Irlanda del Norte arde en llamas. La inflación y el desempleo han llegado a límites alarmantes.

—Razón de más —dijo Baranov con cierto matiz antagónico— para brindar ese espectáculo. Los británicos se congregaron por millones para admirarlo. Si la familia real hubiese anunciado que la boda tendría lugar en la Municipalidad y que se donaría a los pobres el dinero economizado, se habría levantado una ola de protesta.

Suspiré.

—Seguramente, tienes razón. La raza humana tiene un no sé qué de irracionalidad. O quizá sean tan sólo los británicos.

—¡Escuchen! —dijo Jennings—. Allá por 1940 estábamos encantados con la irracionalidad de los británicos. Cualquier consideración racional les habría dicho: rendirse y firmar un tratado de paz con Hitler. En lugar de pactar, permitieron el incendio de Londres y arriesgaron una destrucción y una esclavitud totales.

En verdad no había nada que responder. Me limité a asentir.

—Además —dijo Jennings, aprovechando su ventajosa posición—, son nuestros amigos y aliados.

Volví a asentir.

Griswold eligió ese momento para abrir aquellos témpanos azules que tenía por ojos y nos miró con lástima. Se aclaró la voz, se llevó su whisky con soda a los labios y comentó:

—No existe lo que llaman amigos y aliados. No son más que arreglos temporarios.

—Vas a decir que los británicos... —comenzó a decir Jennings con vehemencia.

—Quiero decir que los británicos tienen sus intereses y nosotros los nuestros. Y si bien ellos pueden seguir a veces vías paralelas, esas vías nunca son del todo idénticas. Más aún, no hay enemigos y contrincantes. No hay más que divergencias temporarias.

—Qué cinismo —dijo Baranov.

La verdad [dijo Griswold] suena tantas veces a cinismo que la gente prefiere creer en mentiras. Esta es la fuente de tantas dificultades como hay en el mundo. Recuerdo una época, allá por 1956, cuando la guerra fría estaba en su apogeo y la Unión Soviética esperaba revueltas en el este de Europa. Teníamos la lógica preocupación, en aquel momento, de mantener las cosas a una temperatura lo más baja posible para evitar un enfrentamiento nuclear... en otros términos, había que debilitar a la Unión Soviética, pero no enardecerla.

También deseaban esto los británicos, pero ellos temían que nosotros pudiésemos reaccionar con un raptó de locura, mientras nosotros temíamos que los temores de ellos debilitasen el frente unido y la firmeza del bloque occidental.

La situación nos creaba dificultades. Los británicos y nosotros tenemos cada uno nuestra organización de inteligencia. Las dos son totalmente independientes. Por ser los británicos nuestros amigos y aliados, les decimos todo lo que sabemos, cuando consideramos que deben saberlo. Al igual que ellos.

La dificultad está en que ellos creen que deben saber todo lo que sabemos nosotros y nosotros no estamos de acuerdo. También en esto estamos a la recíproca.

Podrán apreciar lo complicado del asunto. En aquella época John Foster Dulles era secretario de Estado y creía en la política de vivir al borde de la guerra y en perpetuo forcejeo con el enemigo, cosa que ponía nerviosos a los británicos. Lo que no deseaban hacer de ninguna manera era darle a ese enemigo ningún pretexto para que perdiese los estribos. Además, Gran Bretaña tenía en aquel momento planes relacionados con el Medio Oriente, planes que no deseaba comunicarnos.

Por otra parte, los profesionales del Departamento de Estados siempre adoptaban el punto de vista de que Dulles era absolutamente imprevisible y por lo tanto más peligroso cuando no contaba con los elementos de juicio y debía adivinar, puesto que siempre tendía a adivinar una situación de "el peor de los casos".

Entre otros medios de obtener información, conseguimos infiltrarnos en la inteligencia

británica. Sabíamos que era probable que los soviéticos también la hubiesen logrado, de modo que "¿por qué no nosotros?" Sin duda los británicos realizaban idénticas tentativas, y bien podrían haber tenido éxito.

Infiltrar el sistema británico era una misión más que delicada. Los británicos sabían que los soviéticos intentarían hacerlo y como aceptaban el hecho filosóficamente no abrigaban contra ellos resentimiento alguno. En cambio, no podían aceptar nada semejante que viniera de nosotros, Nosotros éramos amigos y aliados. En vista de ello debimos trabajar mucho más que los soviéticos para que los británicos no sospechasen nada.

De cualquier manera, la información llegó a nuestra gente en forma muy indirecta. Fue una fecha solamente, el 8 de junio. No tiene importancia cuál era su significado exacto y no se los diré, porque aún hoy no estaría bien divulgarlo. Hay involucrados muchísimos secretos que no han dejado de serlo.

Con todo, los británicos pensaban hacer algo el 8 de junio y, cuando lo hicieran, contaríamos con la base que necesitábamos para reaccionar debidamente ante la acción soviética en Europa Oriental. De haber ignorado la acción británica, habríamos reaccionado frente a los soviéticos sin contar con información esencial.

Lamento que todo esto suene un poco complicado, pero nada es simple en el laberinto del espionaje y el contraespionaje.

Bien, creíamos saber la fecha. Hicimos preparativos basados en el conocimiento más o menos seguro de que sabíamos lo que pensaba la gente de Londres y, el 8 de junio, ¡lo que estábamos seguros que iba a suceder no sucedió!

¿Quería decir esto que los británicos habían cambiado de planes? ¿O bien significaba que nuestra pequeña fuente dentro de Inteligencia Británica había sido anulada y se nos había pasado deliberadamente información falsa para darnos una lección?

¿O era sencillamente que alguien había cometido un error? Pasaron algunos días en medio de una creciente tensión en Washington, todo el mundo estaba electrizado. En nuestro propio organismo de informaciones se preguntaban durante cuánto tiempo sería posible ocultarle la situación a Dulles.

Por fin me llamaron. En general acuden a mí cuando han recurrido ya a todo lo demás.

Habría preferido mantenerme apartado. La política de Dulles en el Medio Oriente era desastrosa, me habían despedido, por decimoquinta vez, creo, por haberlo señalado públicamente. Un viejo amigo me llamó, no obstante, y no tuve más remedio que ir a verlo.

Siempre tengo esas debilidades. Soy más blando que la manteca. Además, me resultaba muy claro que el Medio Oriente no tardaría en arder y las consecuencias serían imprevisibles. Tenía pues que colaborar.

Mi viejo amigo, al que llamaré Jim para darle algún nombre, me explicó la situación sin darme ninguno de los detalles importantes. Dulles se habría puesto furioso de haberse enterado de que yo estaba al corriente de un asunto tan delicado y Jim debía tenerlo presente.

—Tengo la impresión, Jim —dije—, de que tienes una fecha y que no es la fecha correcta. ¿Cómo diablos puedo ayudarte?

Jim, que estaba sudando copiosamente, respondió:

—Mira, creo que nuestro hombre en Londres está aún cubierto y los británicos no dan muestras de la nerviosidad que evidenciarían si hubiesen hecho cosas como alterar fechas o confundirnos intencionalmente. Yo creo que de alguna manera alguien ha cometido un error. Hemos dado con una fecha equivocada y la correcta tiene que estar aún en alguna parte.

—Bien —dije—, comunícate con tu contacto en Londres y pídele que vuelva a darte la fecha.

—No podemos —dijo Jim—. En este momento está fuera de nuestro alcance. Los británicos acaban de encomendarle una misión que no podía eludir. Después de todo, es inglés, aunque trabaje para nosotros. No sabemos dónde está y, como por su parte él ignora que estamos en un lío, no hay motivo alguno para que trate de comunicarse con nosotros.

—Sigo sin ver qué puedo hacer. ¿Tienes clara la fecha? ¿O está en el código?

—Absolutamente clara. J-U-N-I-O-8. No hay posibilidad de error al codificar o decodificar.

—¿Cómo lo pasó tu colega de Londres?

—En forma muy indirecta, pero precisa. Retiró el último cigarrillo de un paquete y arrojó el paquete vacío al canasto de papeles. Algo más tarde, un hombre mal vestido revisó el canasto buscando un diario y al mismo tiempo retiró el paquete vacío. En el interior estaba la fecha, escrita con una lapicera especial con una leve inclinación en la pluma, formando un ángulo recto.

—Sospecho que el "hombre mal vestido" era uno de los tuyos.

—Sí. Quemó el paquete, registró la fecha y la pasó por un medio enteramente diferente. No era posible llegar entonces hasta el primero de nuestros hombres, cuya posición era necesario proteger y el segundo de los hombres no era esencial, como él mismo sabía muy bien.

—¿Crees que el segundo hombre cometió un error al copiar la fecha?

—Lo hemos empleado con anterioridad. Nunca cometió un error. Sí, sí. Ya lo sé. Siempre hay una primera vez. Él jura que no cometió ningún error. Junio 8, ni más ni menos. No había manera de equivocarse. El hombre insiste en este punto.

—En ese caso, el primero de tus hombres, me refiero al de Londres, tiene que haber obtenido una fecha equivocada y tu suerte está echada. A menos que los británicos hayan hecho en efecto lo que se supone que debían hacer el 8 de junio, pero con tanto sigilo que nadie haya advertido nada.

—Imposible. Si supieras lo que era, no creerías tal cosa.

—¿Y el segundo hombre? Por muy bien que haya actuado para ustedes en el pasado, si no es más que un recolector de desperdicios de Londres al que contratan a veces, alguien pudo ofrecerle más que ustedes para cancelar su misión, por así decir.

—¿Recolector de residuos? —repitió Jim, indignado—. Nació en Dallas. Diplomado en la mejor institución de Texas. Uno de nuestros mejores hombres.

—¡Ah! Vislumbro que empieza a hacerse la luz.

—¿Dónde?

—Olvídalo —dije con aire virtuoso. Después de todo, si él consideraba que debía reservarse información yo no veía razón para no retribuirle el cumplido.

—Supongamos que yo te dé una fecha alternativa. ¿Puedes dejar las cosas donde están y evitar que nos lancemos a un ataque a ciegas hasta que lleguemos a esa fecha?

—¿Cuál es la fecha alternativa?

Le di la fecha,

Jim frunció el ceño,

—¿Qué te hace imaginar que esa es la fecha alternativa?

Posé sobre él mi mirada franca y honrada,

—¿Alguna vez has visto que me haya equivocado cuando afirmo estar en lo cierto?

—Mira, en realidad...,

—No finjas ser más listo de lo que eres. Deja las cosas como están y mantenme al margen

de todo. Si Dulles llega a descubrir que tengo algo que ver con esto, preferirá arriesgar una guerra nuclear a la seguridad que puede darle mi afirmación.

—Lo intentaremos —accedió Jim,

Lo consiguió. Las rebeliones en Polonia y en Hungría fueron sofocadas ese año, pero los Estados Unidos siguieron un curso de acción que mantuvo a los soviéticos muy inquietos. Lo esencial fue que no pudieron intervenir en el Medio Oriente cuando Gran Bretaña, Francia e Israel atacaron a Egipto ese año. Y eso era lo más importante. Pero más importante aún fue que no hubo guerra nuclear, y ahora, no me hablen de "amigos y aliados".

(#)

—¿Piensas quedarte allí? —le pregunté.

—¿Por qué no? —preguntó Griswold—. Es un desenlace feliz, ¿no?

—Por supuesto, pero ¿cuál era la fecha alternativa y cómo la obtuviste?

Al resoplar Griswold el bigote blanco se le erizó. Agitó la cabeza.

—Escuchen —dijo—. Nuestro hombre en Londres escribió la fecha en el interior del paquete de cigarrillos. Muy adentro, diría yo, para que no fuese visible ante una inspección superficial. Manejar una lapicera torcida y escribir con claridad es una operación delicada y no iba a escribir una enciclopedia, por otra parte. Yo estoy seguro de que habría escrito la fecha en la "forma más concisa posible, es decir, "6/8". ¿No están de acuerdo?

—Tiene sentido —dijo Jennings.

—Pero el segundo hombre, nuestro tejano, por enviar el mensaje en forma distinta, podía permitirse ser algo más expansivo y garabateó "junio 8" en algo y lo envió en la forma en que lo hizo, cualquiera que haya sido.

—¿Y por qué? —preguntó Baranov.

—Bien, ¿no consideran ustedes que aquí surge una cuestión relativa a la de qué número representaba el mes y qué número el día? En los Estados Unidos, leemos el primer número como el del mes, pero en el Canadá y en Gran Bretaña, la costumbre es que el segundo número sea el del mes. El segundo hombre, norteamericano, al ver 6/8, lo escribe como Junio 8, por ser junio el sexto mes. No lo piensa dos veces y jura que es lo que vio escrito. En cambio nuestro hombre británico en Londres estaba simbolizando "6 de agosto", por ser agosto el octavo mes, de modo que esa fue mi fecha alternativa. Una fecha excelente y como se vio, correcta.

¿CUÁL ES CUÁL?

Estaba malhumorado. Sabía que no me duraría mucho tiempo. Tenía un excelente jerez en la mano, un sillón confortable, la atmósfera raída pero acogedora de la biblioteca de nuestro club rodeándome, y a Griswold, una figura somnolienta en su sillón, frente a mí.

Sin embargo, deseaba sacar ventaja de mi malhumor mientras durase. Me quejé, pues en los siguientes términos:

—Me gustaría saber cómo podría hacer yo, un ciudadano cualquiera, para arrestar a otro. Sé que se ha hecho, pero no conozco ningún caso concreto.

—¿A quién quieres arrestar? —preguntó Jennings con calma—. ¿A Griswold?

Indignado, resoplé.

—¿Por qué arrestar a Griswold? Es una sinfonía de ronquidos. No, quiero arrestar a los que fuman en los ascensores. Infringen obviamente la ley y quiero poder colocarles las esposas...

Con mucho interés, Baranov me preguntó:

—¿Esposas? ¿Andas con esposas?

—Hablabas en términos figurados, por favor... Apoyar una mano en el hombro de alguien, y...

Jennings me interrumpió.

—En primer lugar, si haces tal cosa, te dará un puñetazo en la cara, si es un hombre, o un puntapié en la pantorrilla, si es mujer. Y si por casualidad alguien se dejara arrestar por ti, ¿qué harías después? ¿Llevarlo a la estación de policía más próxima? ¿Sabes dónde queda? Y si estás en un ascensor, es probable que estés yendo a alguna parte. ¿Vas a dejar lo que tengas entre manos para convertirte en un policía por la libre? ¿Piensas...?

—¿Quieres callarte? —dije. Estaba más malhumorado que antes.

En ese punto Griswold se agitó, bebió un sorbito del vaso de whisky con soda que se había

llevado a los labios, y dijo:

—Como ciudadano, hice una vez un arresto. Estaba presente un policía, en realidad, pero no estaba en situación de arrestar a nadie.

Furioso, me volví hacia él.

—Y tú, sí, ¿eh? ¿Cómo lo explicas?

—No pensaba explicarlo... A menos que me lo pidas de buen modo.

Pero yo sabía que no era necesario.

Se llamaban Moe y Joe [dijo Griswold] y no sé de nadie en todo el curso de sus carreras criminales que los hubiese llamado por otro nombre. Seguramente tenían apellido, pero nunca lo usaban, salvo en la corte de justicia y no recuerdo cuál era.

Lo sorprendente en ellos era que no se trataba de mellizos. En realidad Moe era judío y Joe un italiano católico, pero por alguna extraña alteración de los genes, se parecían muchísimo. Podría haberse supuesto que eran mellizos y nadie lo habría puesto en duda. En verdad, sospecho que muchos de quienes los conocían creían que lo eran.

Se conocieron en la escuela secundaria -que ninguno de los dos completó y descubrieron la semejanza entonces. Moe acababa de mudarse al barrio y, era dos años mayor que Joe. Ambos se quedaron fascinados con este parecido físico y lo utilizaban para hacer bromas pesadas. Por ejemplo, uno de ellos pedía prestados veinticinco centavos y cuando el que los prestaba insistía en el pago de la deuda decían que el deudor era el otro. Este, desde luego, lo negaba. Finalmente pagaban; de lo contrario sus fuentes de crédito se habrían cortado. Pero este, así como otros pequeños episodios del mismo género, sin duda les dio la idea de lo que más tarde habría de convertirse en la carrera de toda su vida.

Se hicieron amigos íntimos y se esmeraban por usar ropas idénticas así como lenguaje y modismos característicos, una vez que alcanzaron edad suficiente para desprenderse de ataduras familiares innecesarias. Alquilaban un cuarto y tenían medidas parecidas, como para poder compartir su guardarropa. Adoptaron así estilos y colores idénticos y, excepto cuando se separaban por algún motivo, se vestían siempre como mellizos.

Al mismo tiempo trataban de evitar ser vistos juntos con demasiada frecuencia salvo en determinados antros o entre determinados compinches.

Poco a poco perfeccionaron especialidades distintas. Moe era un especialista en cuentos del tío que siempre conseguía arrancarle algunos dólares a los ingenuos. Joe era un experto ratero, capaz de extraer de un bolsillo otros tantos dólares con igual destreza.

Tuvieron siempre la precaución de no encarar trabajos de demasiada envergadura. Se limitaban a sus pequeñas estafas y raterías de poca monta para mantenerse más o menos bien sin necesidad de trabajar. Creo que ese pequeño riesgo que corrían también les resultaba estimulante.

Pero no era ese riesgo lo que más los atraía; se esmeraban en reducirlo al mínimo y allí era donde intervenía el truco de los mellizos. Cuando uno de ellos planeaba un trabajito de mayor magnitud que la habitual, el otro era quien establecía la coartada.

Supongamos, por ejemplo, que Joe entrase en un departamento. Esa noche Moe se hacía ver jugando al póquer con media docena de ciudadanos de irreprochable honradez. Además, esa noche no hacía trampas. Si se llegaba a ver a Joe en la escena del crimen y la policía iniciaba una investigación, su coartada era Moe, con los nombres de sus compañeros de juego, las manos que se habían distribuido y demás. Como es natural, Joe contaba con toda la información proporcionada por Moe y los otros jugadores no tenían otra alternativa que defender a Joe. Aun cuando se hubiese presentado a ambos en la misma rueda de presos, no podrían haber jurado cuál era la identidad de uno o de otro, por lo menos, sin destruirlos en un "hábil interrogatorio."

En las contadas ocasiones que la policía sospechó que los dos pudiesen estar trabajando en forma combinada, no hallaron manera de lograr que los testigos los diferenciaran y debieron conformarse con hacerles una advertencia y mascullar algunas amenazas, del todo ignoradas por los dos amigos.

Moe y Joe llegaron al extremo de burlarse de la gente en ciertas situaciones. Moe se apoderaba, por ejemplo, de dos manzanas del cajón de una frutería que daba sobre la calle y se dirigía a la esquina. El dueño del negocio, atónito momentáneamente por tanta desfachatez, se reponía y corría en persecución del ladrón, diciéndole palabrotas. Moe había doblado ya la esquina y, cuando también el frutero la doblaba, encontraba a Moe y a Joe allí, riéndose y señalándose uno a otro. Como sus metas eran moderadas, Moe y Joe lograron alcanzar cierta prosperidad sin pretensiones y sin provocar demasiada indignación oficial ni escándalo público. Su prosperidad se evidenciaba en la ropa. Comenzaron a llevar corbatas de lazo al estilo tejano con diseños interesantes pero idénticos y, como ambos eran cortos de vista, adoptaron el uso de anteojos ahumados de los que se oscurecen al cabo de uno o dos minutos de contacto con el sol y luego vuelven a aclararse con la misma rapidez. Tenían el mismo peluquero y los dos usaban el mismo modelo de paraguas cada vez que amenazaba lluvia.

Todo esto no quiere decir que no fuese posible distinguirlos. Moe era un centímetro más alto que Joe. Tenían arreglos dentales diferentes y la receta de los anteojos también era distinta. Joe tenía una pequeña cicatriz debajo de una oreja y las cejas de Moe eran más espesas. No era el tipo de detalle, no obstante, que un testigo poco observador pudiese señalar bajo juramento, ni siquiera con alguna certeza o credibilidad.

Creo que todo esto podría haber durado indefinidamente de no haberse producido un golpe de mala suerte, mala suerte que no puede descartarse cuando se corren riesgos durante mucho tiempo. Aún cuando los riesgos sean menores.

Joe tenía estudiada una pequeña joyería y pensó que si entraba en ella durante la hora del almuerzo cuando había muchos clientes, podría lograr que le mostrasen una bandeja de anillos y robarse uno, reemplazándolo por una pieza de vidrio. Por si algo marchaba mal, estacionó a Moe en el vestíbulo central de un hotel próximo.

Y en efecto, algo marchó mal. Hasta el prestidigitador más hábil puede sufrir de vez en cuando un ataque temporario de torpeza y Joe, al recibir un codazo involuntario de la persona junto a él en el momento más inoportuno, dejó caer el anillo. El dueño de la joyería advirtió el hecho, sacó de inmediato la debida conclusión y, como era hombre muy irascible que ya había sido robado en otras ocasiones y estaba harto, extrajo un arma.

Los clientes se desparramaron y Joe, que no era hombre violento, tuvo un ataque de pánico. Trató de asir el arma para evitar que el hombre tirara contra él. Hubo una breve lucha y el arma se disparó.

Como suele suceder muy a menudo en estos casos, el balazo dio en un honrado ciudadano. El joyero cayó y Joe, hasta entonces aterrado, entró en una especie de frenesí. Salió corriendo de la joyería, empeñado en llegar al hotel, recoger a Moe y luego salir ambos de la ciudad por un buen tiempo.

Pero, cuando las cosas empiezan a salir mal tardan en enderezarse. Hoy es bastante raro ver a un policía en la calle, pero había uno apostado fuera de la joyería. Al oír el disparo, vio salir corriendo a un hombre y se lanzó en su persecución.

Y claro está, hay que agregar un broche de oro al episodio, la cereza que corona el postre helado. Yo estaba también en la calle ese día. Cuando uno lo piensa un poco, que Joe atravesara semejante situación y fuera a dar no sólo con el policía sino además conmigo esperándolo afuera -cada uno por razones enteramente independientes- es ya el colmo de las coincidencias. Con todo, puede suceder y en esa oportunidad sucedió.

Era un día radiante de sol, sin una nube en el cielo, fresco y seco, de modo que la avenida estaba llena de gente como rara vez ocurre. Eso significaba que podría haber sido fácil perder de vista a Joe, pero también que no iba a poder correr mucho. Tuvo que esquivar gente, girar varias veces y vestía una chaqueta a cuadros liviana que lo hacía muy visible.

El policía, que había oído el disparo y visto a Joe salir huyendo de la joyería, habría corrido tras él aunque no lo hubiese conocido. Lo conocía. La figura de Joe le era familiar.

Claro está, con la calle llena de gente el policía no podía amenazar con disparar ni tocar siquiera el arma. Podría haber contado con que alguien entre el gentío interceptase a Joe. Pero el servidor de la ley tenía gran sentido de la realidad. Como era de esperar, nadie lo intentó. La multitud se apartó, obedeciendo la ley no escrita de nuestros días: "No te metas".

El policía no tenía mayor probabilidad de atrapar a Joe si la persecución era prolongada y complicada porque no estaba en buenas condiciones físicas y, a decir verdad, a mí no me iba a ir mucho mejor. No hace muchos años que ocurrió el episodio y mis años juveniles y mi agilidad estaban ya muy lejanos. Podía permitirme a lo sumo un trote rápido que, evidentemente, me colocaría en último término en un equipo de tres corredores.

Por suerte para nosotros, aunque no para Joe, Joe no siguió su carrera. No tuvo tiempo para pensar, sólo sabía que debía correr hacia su salvación, Moe. Se introdujo en el hotel, a menos de cuadra y media de la escena del crimen. Diez segundos después, el policía entró corriendo, seguido por mí quince segundos más tarde.

Joe estaba allí junto a Moe. Ambos vestían chaquetas de cuadros azules, pantalones de tono más oscuro, cinturones negros, corbatas de lazo... y Moe estaba haciendo la gran comedia de su vida. Tenía el pelo revuelto, al igual que el de Joe y estaba jadeante. Hasta parecía estar sudando un poco, tal vez de ansiedad, tal como estaba Joe por haber corrido.

Y les juro que Joe consiguió esbozar una sonrisa, señalando a Moe y diciendo al mismo tiempo:

—Acaba de entrar este hombre.

Moe también sonrió, señaló a Joe y dijo:

—No, el que entró fue él.

El policía miró a cada uno de ellos, enojado, y gritó:

—¿Vio alguien cuál de estos dos hombres entró corriendo?

Era lo mismo que si hubiese preguntado el segundo nombre de su tía Filomena. Pero en ese momento yo contuve el aliento y, apoyando con firmeza una mano en el hombro de Joe, dije:

—Agente, el hombre es éste y estoy llevando acabo un arresto legal hasta que usted pueda hacer el formal.

—Y usted, ¿por qué está tan seguro? —logró preguntar. No me conocía.

—Véalo con sus propios ojos —respondí—, y es más, su camarada, mellizo o lo que sea

que le servirá como coartada no hará más que favorecernos. Porque esto no fue tan sólo un robo. Se disparó un arma, amigo —dije a Moe, cuyo nombre y apellido ignoraba entonces—. Y con toda certeza es un caso de asalto, muy probablemente de asesinato durante la ejecución de un delito. ¿Está seguro de que quiere ser cómplice de algo semejante?

Moe miró con terror a Joe. Era obvio que no lo deseaba.

No tuvimos inconvenientes. El joyero estaba sólo herido, pero sentenciaron a Joe a una condena que lo tuvo a la sombra durante varios años, mientras Moe también recibió una lección que nunca habría de olvidar.

(#)

Mostraba Griswold ese repelente aire de satisfacción que adoptaba siempre cuando hablaba de sus triunfos y Baranov dijo:

—¿Y cómo supiste cuál de los dos hombres acababa de entrar corriendo en el hall?

—Exactamente —dijo Jennings—. Y además, de tal manera que tuviese validez en la corte.

—No hubo problema —dijo Griswold con abierto desdén—. Yo les dije que los dos llevaban anteojos del tipo que se oscurece al sol y se aclaran en el interior y señalé asimismo que era un día radiante. Uno de los dos acababa de entrar corriendo de la calle soleada y tenía los anteojos de tinte oscuro aún, mientras que los anteojos del otro, estaban claros. Se lo señalé al policía antes de que los anteojos de Joe se hubiesen aclarado del todo, y Moe, al ver que teníamos atrapado a su compinche, se mostró dispuesto a declarar contra él y salvar así el pellejo.

EL SIGNO

—Según el pronóstico del diario —dijo Baranov—, hoy era un buen día para correr riesgos financieros, de modo que aposté a un amigo mío cincuenta centavos que no llovería esta tarde. Ya viste lo que sucedió. ¡Llovió a cántaros! El problema es: ¿Debo iniciar juicio contra el meteorólogo?

Con infinito desdén -yo siempre llevo paraguas- le dije:

—Supongo que por pronóstico entiendes la columna astrológica.

—¿Imaginabas que me refería al pronóstico meteorológico? —preguntó ácidamente Baranov—. Me refería al astrólogo. ¿Quién si no él podría decirme que corriera riesgos financieros?

—El meteorólogo —dijo Jennings— dijo "parcialmente nublado". Tampoco predijo lluvia.

No le permitiría desviar así la cuestión.

—Hacer una pregunta estúpida no es tan grave como caer por un estúpido misticismo. ¿Desde cuándo te impresionan los astrólogos como sustitutos de la capacidad financiera? —dije.

—Leer esa columna es divertido —dijo Baranov, algo avergonzado— y además, puedo permitirme jugar cincuenta centavos.

—El problema es si puedes permitirte esa decadencia intelectual. Yo creo que no —observé.

En su sillón de alto respaldo de la biblioteca de nuestro club, donde estábamos todos reunidos, Griswold dormía plácidamente al ritmo de leves ronquidos. Sin embargo, en ese momento atrajo nuestra atención al frotar el piso con la suela de un zapato y cambiar de postura sin que se le moviese el vaso lleno que tenía en la mano.

—Ustedes saben —comenté en voz baja— cómo cualquier cosa que digamos sirve para recordarle alguna historia... Apuesto a que si lo despertamos y hablamos de astrología, no se le ocurrirá nada.

Con entusiasmo, Baranov declaró:

—Por mi parte, acepto la apuesta. Cincuenta centavos. Quiero recuperarlos.

Griswold se había llevado el vaso a los labios. Sorbió lentamente su whisky, con los ojos siempre cerrados y luego dijo:

—Da la casualidad de que puedo contar una anécdota sobre astrología, de modo que pásame los cincuenta centavos.

El último comentario iba dirigido a mí y, para reforzarlo, Griswold abrió los ojos del todo.

—Primero, tendrás que contar tu anécdota —dije.

El trabajo más delicado para un espía puede ser el de reclutar colaboradores [dijo Griswold]. ¿Cómo persuadimos a alguien de que traicione a su país sin revelar nosotros nuestra posición?

Dentro del mismo tema, el problema es también difícil para la persona reclutada. Se han registrado casos de empleados del gobierno perfectamente leales -ya fuesen civiles o miembros de las fuerzas armadas- que permitieron la continuación de esta tarea de reclutamiento porque sinceramente no comprendían lo que sucedía o porque creían que el otro individuo bromeaba.

Para cuando hacen la denuncia -si la hacen- puede haber gente en el servicio de informaciones del gobierno que ha comenzado a sospechar de ellos y, por lo tanto, sus carreras pueden malograrse e incluso darse por terminadas sin que ellos mismos hayan hecho en realidad nada reprochable.

Lo cierto es que he conocido casos en los que el agente de reclutamiento despertaba deliberadamente dudas contra la lealtad de su víctima con el fin de enfurecer al pobre hombre contra el gobierno por haber abrigado falsas sospechas acerca de él. Es el momento de reclutar a la persona en cuestión.

El hombre del cual voy a hablarles -a quien llamaré Davis- evitó las emboscadas más obvias.

Con minuciosidad denunció la primera señal de reclutamiento a su superior -a quien llamaremos Lindstrom- en un momento que, en realidad, lo que había ocurrido bien podría haber sido tan sólo una conversación sin trascendencia. Fue, por los años que el senador MacCarthy agitaba a la opinión pública y reducía a la histeria a muchos hombres que ocupaban cargos oficiales.

Pero Davis era un hombre íntegro. Si bien informó acerca del incidente, se negó a dar el

nombre del oficial del ejército involucrado. Su línea de razonamiento era que bien podría haberse tratado de una conversación inocente y que, dada la temperatura algo elevada del momento, su testimonio podría servir para destruir injustamente a un hombre.

Lindstrom quedaba así en una posición difícil. Él mismo podría ser la víctima si las cosas marchaban mal. A pesar de todo, era un hombre cabal, de modo que aceptó la reticencia de Davis, asegurándole que prestaría testimonio en cuanto a su lealtad al elevar su propio informe. Por escrito, con palabras bien medidas -y de eso pueden tener ustedes la más completa seguridad- le ordenó que siguiese la corriente hasta tener la certeza de que la persona implicada era realmente culpable de traición y solo entonces diera su nombre.

Valía la pena reclutar a Davis, como comprenderán. Era antes de la época que las computadoras hicieran su aparición en todas partes y Davis era uno de los pocos hombres que tenía pleno acceso a los archivos estadísticos del gobierno. Sabía dónde estaban todos los legajos y tenía poderes para llegar a ellos. Era capaz de hacer aparecer con la rapidez de un mago -teniendo en cuenta que no había computadoras-, los detalles más íntimos de la vida de una persona entre millones. El hecho lo convertía, claro está, en un candidato sin igual para el chantaje, si se dejaba persuadir. Pero Davis, soltero y capaz por tanto de darse el lujo de no tener otras preocupaciones, sólo pensaba en una cosa, su pasatiempo predilecto.

Era astrólogo. No el tipo de astrólogo que imaginan ustedes. No preparaba horóscopos ni hacía predicciones. Tenía un interés estrictamente científico en la astrología. Estaba tratando de determinar si en verdad era posible correlacionar los signos del zodiaco con características personales o sucesos. Estaba estudiando a toda la gente de Leo, de Capricornio y así sucesivamente, tratando de establecer si un número desproporcionado de miembros de Leo eran atletas, o si los capricornianos tendían a ser científicos. Y lo mismo en cuanto a los otros signos.

No creo que haya descubierto nunca nada de utilidad, pero era su obsesión. En su departamento, siempre circulaba el chiste de que era posible que Davis no conociera el nombre de alguien, pero que con seguridad, conocía su signo.

Por fin se convenció de que el intento de reclutamiento era serio y su indignación fue en aumento. Dijo a Lindstrom que el traidor planeaba visitarlo en su departamento para ultimar detalles y que él, Davis, presentaría a Lindstrom a medianoche todos los elementos de juicio.

El caso es que Davis no era un operador experimentado. El reclutador había adivinado el hecho de que Davis podría informar a las autoridades y decidió cortar por lo sano para impedirlo.

Como Davis no acudió a su cita de medianoche, Lindstrom fue al departamento de su subordinado y lo encontró... apuñalado.

No había muerto aún. Los vidriosos ojos de Davis miraban a Lindstrom. Estaba tendido

sobre una mesita, tratando de llegar a unas fichas que estaban cerca. Había cuatro de ellas, todas manchadas de sangre.

Davis murmuró entonces:

—Debí saberlo... inadaptado... el signo no concuerda con el nombre... —dicho esto, murió.

Al día siguiente a mediodía recibí un llamado de Lindstrom, en el que me rogaba que fuese a verlo inmediatamente. Me resistía a acudir, porque hacerlo significaba perder el primer partido de la serie mundial de béisbol en mi flamante televisor, pero Lindstrom estaba tan asustado que no tuve alternativa.

Cuando llegué, Lindstrom estaba celebrando una conferencia con un joven teniente primero, al parecer mucho más desesperado que Lindstrom. Reinaba conmoción en el departamento. Tan pronto como aparecí Lindstrom despidió al teniente, diciendo con aire distraído al despedirse:

—¡Y feliz cumpleaños!

Esperó hasta que el teniente se hubo retirado, luego abrió la puerta, verificó que el pasillo estuviera desierto y volvió.

Con aire sardónico, le pregunté:

—¿Está seguro de que la oficina no tiene micrófonos ocultos?

—Lo controlé —respondió muy serio. Luego me contó lo sucedido.

—Qué lástima —comenté.

—Es peor que eso —dijo—. Era un hombre enterado de que existía un traidor en nuestro Departamento y yo no le arranqué la información de inmediato. Ahora he perdido al hombre y al traidor y MacCarthy pedirá mi cabeza.

—¿Lo descubrirá? —pregunté.

—Por supuesto. Tiene que haber por lo menos una persona en este Departamento que le pasa informes regularmente.

—¿Tiene pistas?

—La verdad es que no. Las cuatro fichas sobre la mesa de Davis eran las tuyas, las que usa para archivar y registrar por partida doble rasgos humanos en su relación con signos astrológicos. Es su... obsesión. ¡Le explicaré! —añadió, y lo hizo.

—¿Qué hacían allí las cuatro fichas? —le pregunté.

—Nada, tal vez. Eran las fichas de cuatro funcionarios del Departamento y no sé qué estaba haciendo con ellas. Con todo, estaba intentando extender el brazo como para tomar una o señalarla, y habló de que alguien era un inadaptado, que pertenecía a un signo que no armonizaba con su nombre.

—¿No mencionó el nombre?

—No. Estaba moribundo, casi muerto. Su último pensamiento se refirió a su obsesión: sus malditos signos astrológicos.

—Entonces, usted no sabe de cuál de las cuatro fichas se trata.

—Así es. Y mientras no lo sepamos, los cuatro estarán bajo sospecha. Eso significa carreras arruinadas si MacCarthy llega a olfatear el hecho. Y por lo menos para tres de ellos, si no para los cuatro, puede significar una enorme injusticia. Dígame. ¿Conoce los signos del zodiaco?

—Sí. Aries el Carnero, Tauro el Toro, Géminis los Gemelos, Cáncer el Cangrejo, Leo el León, Virgo la Virgen, Libra la Balanza, Escorpio el Escorpión, Sagitario el Arquero, Capricornio el Macho Cabrío, Acuario el Aguatero y Piscis el Pez. Doce, en ese orden. Aries influencia el mes que comienza el 21 de marzo y lo siguen los otros signos, mes por mes.

—Muy bien —dijo Lindstrom—, y los nombres vulgares son todas traducciones directas del latín. Lo verifiqué. Así pues el comentario de Davis sobre el signo que no concuerda con el nombre no se refiere a eso. La única alternativa es que el nombre del signo no haya concordado con el nombre del funcionario. Las fichas tenían cada una el nombre de uno de ellos y entre otros datos personales, el signo bajo el cual había nacido.

—¿Alguien que obviamente no concuerde?

—No, los cuatro nombres son, por desgracia de una total vulgaridad: Joseph Brown, John Jones, Thomas Smith y William Clark. Y ninguno de los nombres, ya sean de pila, apellido o bien en otras combinaciones, armoniza ni deja de armonizar en modo alguno con el signo de la persona.

—¿Tiene cada uno un signo diferente?

—Sí.

—¿Y qué quiere usted que haga yo?

El rostro de Lindstrom estaba contorsionado por la desesperación.

—Ayúdeme —dijo—. Tengo las fichas. Se buscaron huellas digitales y se encontraron sólo las de Davis. Mírelas y vea si puede haber algo que tenga sentido para usted sobre la base del último comentario de Davis.

—Puede tener ya la respuesta. Ese teniente primero que estaba aquí cuando entré. Usted no quiso hablar hasta estar seguro de que se había ido. Hasta inspeccionó el pasillo para asegurarse de que no andaba merodeando cerca de la puerta. ¿Era su nombre uno de los de la lista?

—Sí. Es el teniente Tom Smith.

—Entonces, creo que es el hombre que busca. A juzgar por su expresión, estaba muy alterado. Llámelo, con un testigo y haga presión sobre él. Estoy seguro de que confesará.

Confesó. Apresamos al traidor y tres inocentes, no, cuatro, contando a Lindstrom, se salvaron.

(#)

Griswold adoptó expresión satisfecha, casi condescendiente, y le dije:

—Griswold, es un invento tuyo. No hay forma de que acertaras con el nombre basándote en los datos que tenías.

Griswold me miró, lleno de soberbia.

—Tú no hubieras acertado... Les dije que me llamaron el primer día del campeonato de la serie mundial de béisbol. Eso quiere decir principios de octubre. Si contamos los signos astrológicos desde Aries que gobierna el mes que comienza el 21 de marzo, veremos que seis meses más tarde tenemos Libra que gobierna el mes que comienza el 22 de setiembre. Lindstrom deseó un feliz cumpleaños al teniente, de modo que este nació a principios de octubre bajo el signo de Libra.

—¿Y luego? —pregunté con tono sarcástico.

—Luego, Davis dijo que el signo no condecía con el nombre, el nombre, no su nombre. No estaba aludiendo al nombre del hombre. Los signos forman todos parte del zodíaco y en griego, este término significa "círculo de animales". No hace falta saber griego para ver que la sílaba inicial "zo" figura en "zoológico" y en "zoología". Bien, veamos la lista de los signos: carnero, toro, cangrejo, león, escorpión, macho cabrío y pez, siete animales. Si recordamos que los hombres forman parte del reino animal, tenemos cuatro más: un par de gemelos, una virgen, un arquero y un aguatero. Once animales en total. Hay un único signo, uno solo que no es un animal

y que ni siquiera tiene vida. Es el único signo que no concuerda con el nombre de zodiaco. Como los cuatro nombres eran los de funcionarios del Departamento y yo vi a uno que parecía desesperado y cuyo signo era Libra, pensé que si era uno de los cuatro, era además el supuesto inadaptado en el conjunto y también el asesino. En verdad era uno de los cuatro y era el asesino.

Tuve que pagarle a Baranov los cincuenta centavos y el bandido los aceptó.

CAZA DEL ZORRO

—A mi juicio —dijo Jennings con aire pensativo— las drogas son exclusivamente un problema del siglo XX. A través de toda la historia la gente ha masticado plantas para obtener hachís, cocaína, nicotina o cualquier cosa que les haga sentirse bien en un mundo espantoso. Nadie se ha preocupado por la adicción, el daño físico, la vida acortada. La expectativa de vida, de todos modos, era de sólo treinta y cinco años.

—Es verdad —dijo Baranov—. A veces creo que... si la quieren, que la tengan. Nadie golpeó nunca a nadie porque tuviera su dosis sino porque no la tenía y necesitaba dinero para obtenerla. Yo no quiero perder la vida para evitar que alguien consiga su dosis. Que se muera él, no yo.

Me costó mucho trabajo no romper el silencio de la biblioteca de nuestro club, pero conseguí controlar el tono de mi voz.

—Ustedes dos, alcornoques, hablan así porque imaginan que las drogas tienen que ver solamente con vagabundos, estudiantes raros o gente de los guetos. No es posible aislar el problema así. Una vez que tenemos una sociedad invadida por las drogas, todos somos víctimas potenciales, tú, yo, nuestros hijos. Además, hoy tenemos drogas peores que las que se hayan preparado nunca con plantas, gracias a nuestros excelentes químicos.

—Escuchen a Don Liberal —dijo Baranov con tono irónico—. Todo es culpa de la sociedad o bien responsabilidad de la sociedad. Por ello fracasamos. ¿Y?

—En todo caso, fracasamos, pero debemos seguir luchando —dijo muy serio—. Si renunciamos a la lucha, si abandonamos el campo sin resistirnos...

Desde las profundidades del sillón de Griswold surgió su voz de bajo.

—¿Estaban luchando contra las drogas o simplemente charlando? —preguntó.

—Y tú, ¿has estado luchando? —repliqué, ofendido.

—En una o dos oportunidades.

—¿Ah, sí? —dijo Jennings—. ¿Tuviste alguna misión contra las drogas?

—No, pero me ha consultado la gente encargada de hacerlo. Solían consultarme acerca de toda clase de cosas. Desde luego también en materia de drogas. Pero claro está, no creo que les interese a ustedes.

—Fingiremos que nos interesa, Griswold —dije—. Habla.

La dificultad de las teorías grandiosas sobre el crimen [dijo Griswold] es que no ayudan nada al funcionario responsable de hacer cumplir la ley.

Un policía, un funcionario del ministerio del Tesoro, un agente de los servicios secretos no puede realizar su trabajo teniendo presentes los efectos de la reforma social ni las sutilezas psiquiátricas. Invariablemente se ve frente a un hecho criminal concreto, un crimen determinado, un criminal individual. La respuesta, también tiene que ser concreta.

Todo parece reducirse al juego del gato y el ratón, lo demás no cuenta.

Tal fue el caso del teniente Hoskins -diré que no es este su verdadero nombre- en un cuerpo de policía que tampoco nombraré y qué debió encarar un problema de drogas en cierta ciudad.

Comenzó con un amplio despliegue general de divulgación. Los diarios empezaron a comentar la enormidad del problema y a hablar de la degeneración de la sociedad. La cuestión llegó a convertirse en el tema principal de la campaña electoral para alcalde. El candidato triunfante prometía una lucha firme para poner fin al escándalo y velar para que los criminales estuviesen por fin entre rejas. El jefe de policía anunció que dedicaría todos los recursos del departamento para cumplir con ese fin.

Pero fue Hoskins quien debió determinar qué hacer con los casos concretos de uso de drogas, comercialización y transporte desde los proveedores en gran escala hasta el nivel de consumo al por menor.

Fue sencillo arrestar a los consumidores de menor cuantía, casi al borde de la degeneración, explotados por los traficantes, pero, ¿de qué servía? Aun cuando se consiguiera cruzar las barreras protectoras levantadas por abogados-y-miembros de la justicia, las prisiones estaban ya atestadas y no había fondos para construir nuevas unidades.

Era esencial detener la corriente de drogas mucho más cerca de sus fuentes de origen y esta era la misión de Hoskins.

Con el correr del tiempo Hoskins consiguió descubrir una importante vía de entrega de drogas, un aspecto clave en la distribución que afectaba a su propia ciudad. Las entregas se hacían al parecer en automóvil y estaban a cargo de un único individuo. Poco a poco, mediante

un complejo análisis de los hechos, se consiguió arrancar información a los informantes y completar los detalles de las operaciones.

Eran la esencia de la simplicidad. No se intentaba esconder la mercadería. Se la llevaba en una especie de receptáculo debajo del asiento del conductor. Se la trasladaba, simplemente, del punto A al punto B, en general en las primeras horas de la madrugada.

El conductor era maestro en la confección de disfraces sencillos. Cambiaba de sombreros o de peinado. Usaba lentes de contacto o anteojos de carey; pulóveres o chaquetas deportivas; a veces camisas de trabajo. Nunca tenía el mismo aspecto dos veces seguidas y lo único que lo caracterizaba era su capacidad para pasar inadvertido.

Tampoco usaba nunca el mismo automóvil ni seguía la misma ruta ni cubría, siempre idénticos puntos A y B.

Dieron en apodarlo El Zorro. Era un apodo secreto usado por la policía y simbolizaba la lucha privada entre Hoskins y El Zorro. Sospecho que El Zorro estaba al tanto del apodo y gozaba con él, complaciéndose más de una vez en derrotar a Hoskins más que de disfrutar de sus ganancias.

En cuanto a Hoskins, estoy seguro de que habría estado dispuesto a dar piedra libre para el tráfico de drogas en la ciudad, con tal de poder cazar al Zorro. Hoskins no estaba movido por la justicia en abstracto. Simplemente ansiaba una oportunidad de atrapar a ese individuo en particular.

En una ocasión compartiendo un trago, perdió los estribos y me lo contó todo. Estoy seguro de que no se proponía hacerlo, siendo como era un hombre con mucho amor propio, que habría deseado atrapar a su adversario sin ayuda de nadie. Finalmente, se vio obligado a solicitarla. La necesidad de ganar su partida a cualquier costo y de cualquier manera lo llevó a recurrir a mí.

—Lo malo es —me dijo— que ese canalla tiene un sexto sentido. Estoy seguro. En cierto momento supimos con exactitud la ruta que pensaba seguir. Colocamos entonces vallas en determinado punto donde la carretera era algo más angosta, y allí deteníamos los automóviles y los revisábamos. No encontramos nada y, cuando abandonamos el operativo, la nueva remesa de droga estaba ya entregada. Siempre intuía la existencia de una pinza con tiempo suficiente para tomar otro camino. Creo que si detuviésemos todos los vehículos de la ciudad, optaría por no moverse o descubriría la única brecha que hubiéramos descuidado. O se volvería invisible, el maldito.

Y no sería tan grave, Griswold —prosiguió Hoskins— si aplicase una técnica inteligentísima, pero el hombre se limita a introducir su automóvil con drogas sin intentar

siquiera ocultarse. ¡Qué desprecio debe sentir por nosotros...!

—¿Qué saben acerca de él?

—Nada muy preciso. Tenemos una cantidad de datos provenientes de uno u otro informante, pero todos son vagos o especulativos y no sabemos hasta qué punto podemos confiar en toda esta información. Tiene talla mediana y ninguna seña particular. Era de suponer. Una vez me dijeron que cojeaba un poco, pero no nos fue posible saber de qué pierna. Otra vez nos dijeron que era daltoniano. El informante era un soplón bastante confiable a quien nunca volvimos a ver, de modo que no fue posible obtener detalles que lo confirmasen. Otra vez nos dijeron que es muy educado y habla como un profesor universitario, pero el informante, con toda seguridad no había oído jamás hablar a un profesor universitario.

—¿Conduce sin compañía en estas operaciones? —pregunté.

—De eso estamos casi seguros —respondió Hoskins—. No es de los que confían en un compinche ni comparten de buena gana las ganancias.

—Se me ocurrió porque es daltoniano, tiene que serle difícil distinguir las luces de tránsito y podría preferir que condujera otra persona.

Hoskins agitó una mano con gesto de fatiga.

—No. Las luces nunca son idénticas, aun para la gente con daltonismo. Nos dicen que captan una diferencia en el tono y en la intensidad.

—¿Le es difícil a un daltoniano el obtener permiso de conductor?

—En absoluto. En esta ciudad no se hace prueba de daltonismo.

Me quedé reflexionando sobre el asunto. Al cabo de unos minutos y después de haberme bebido otro whisky con soda, pregunté:

—¿Pueden saber de antemano la hora y la ruta de la entrega?

—Hay ciertos indicios, algunos datos fragmentados. A veces podemos adivinar con bastante certeza la hora en que se moverá y aun la forma. Pero como le dije, nunca pudimos atraparlo.

—¿Y podrían adivinar realmente qué ruta va a tomar?

—Bueno, con un cincuenta por ciento de probabilidades.

—No está mal. ¿Y podrían aguardar para sorprenderlo?

—Lo hemos intentado. Se lo dije ya. Nunca lo atrapamos.

—Claro está que no, si usan patrulleros con faros que enceguecen a cualquiera y levantan vallas camineras por todas partes. Lo único que les falta es colocar carteles fluorescentes que digan: "Somos la policía".

—Bien. ¿Qué propone que hagamos?

—No aparecer con ningún patrullero. No levantar ninguna valla.

—¿Para qué puede servir eso?

—Puede ubicar a dos o tres hombres a cien o doscientos metros de la intersección prevista, ¿no? Puede ubicarlos en los tejados provistos de binoculares. Puede destacar uno o dos patrulleros a varios cientos de metros de la misma intersección y cuando un automóvil determinado pase por ella, alertar al patrullero correspondiente. Otro podría avanzar detrás del vehículo cuando pase y otro colocarse delante.

Hoskins suspiró.

—¿Cómo vamos a saber cuál de los autos que se desplazan por la intersección es el que buscamos? Si no lo es lo habremos detenido inútilmente, y puedo jurar que El Zorro se enterará al instante y cambiará de ruta o se quedará en casa.

—No —dije—. Tendremos el automóvil buscado. Por lo menos, existe la probabilidad de que lo tengamos, si el hombre es daltoniano y si ustedes siguen mis instrucciones al armar la celada.

Le expliqué todo y debo reconocer que comprendió rápidamente. La cosa era desde luego sencillísima.

Debimos esperar, como es natural, hasta que Hoskins supiera o creyera saber, que se efectuaría un traslado de mercadería por determinada ruta ya determinada hora. Tendríamos que elegir entonces una intersección que, a nuestro juicio, atravesaría El Zorro y que no estuviese muy transitada en las primeras horas de la madrugada.

Organizamos pues todo en forma tan disimulada como nos fue posible y por fin Hoskins y yo nos encontramos esperando en un tejado. Los dos teníamos binoculares.

—¿Cree que dará resultados? —preguntó Hoskins.

—Si no los da, no le cobraré nada —dije—. Habremos perdido el tiempo para nada. Pero, a lo mejor, los da.

Estábamos muy solos allí. Amanecía lentamente y la tensión fue creciendo a medida que un automóvil tras otro pasaba por la intersección. Por fin, cuando faltaba apenas media hora para el alba, se detuvo frente a la luz de tránsito un automóvil que no se diferenciaba en lo más mínimo de los demás.

—Allí lo tiene —dije. Cambió la luz. El automóvil reanudó la marcha y cayó en la trampa. Supimos que estábamos en lo cierto cuando el conductor intentó bajar y huir. No lo consiguió y encontramos la droga debajo del asiento.

El episodio no puso fin al mercado de las drogas en la ciudad, pero consiguió hacerle un buen agujero. Pero además Hoskins tuvo la satisfacción de haber cazado al Zorro que, finalmente pasó en la cárcel un buen número de años.

(#)

Griswold calló, pero inmediatamente Jennings le dijo:

—¡Vamos! ¡Ni se te ocurra que vas a dormirte otra vez! ¿Cómo pudiste distinguir ese auto de los otros?

Griswold arqueó las cejas blancas.

—Era cuestión de azar, pero dio resultados —dijo—. Si el hombre no distinguía el rojo del verde, su mejor manera de distinguir las luces de tránsito era recordar que la roja está siempre arriba y la verde, siempre abajo. Así como nosotros esperamos automáticamente "rojo-verde", él esperaba automáticamente "arriba-abajo".

Por ello elegimos esa intersección, bloqueamos una esquina a una cuadra de distancia para que nadie pudiese tomar esa calle y luego invertimos las luces, colocando la luz verde arriba. Y después, la dejamos permanentemente verde.

Supongamos que hubiésemos colocado una luz roja permanente debajo. Es posible que el hombre hubiese parado pensando que era verde, pero esto no sería prueba concluyente de nada. Muchos conductores suelen pasar una luz roja en una calle desierta y en horas de la madrugada. En cambio, nadie se detendría frente a una luz verde en ninguna circunstancia, salvo que sea daltoniano y creyera que era una luz roja, como habría supuesto si poníamos la luz verde arriba.

Cuando llegó a la intersección, se detuvo automáticamente ante lo que imaginó una luz roja, aun con la calle casi desierta y sin otros vehículos en la intersección. La persona afectada por este defecto óptico aprende con toda certeza a conducir con particular cuidado en este sentido, en especial cuando se trata de un delincuente que no puede permitirse dejar que lo detengan por una infracción menor de tránsito.

Después, manejamos en forma manual los controles para pasar a rojo la luz de abajo y él reanudó la marcha en seguida, creyendo que se había puesto verde. Entonces tuve la seguridad de que lo teníamos en nuestras manos, como en efecto sucedió.

COMBINACIÓN DESCUBIERTA

Baranov llegó cuando el resto de nosotros estábamos ya en el club. Con aire de triunfo se sentó.

—¿Duerme Griswold? —preguntó. Miré en dirección a Griswold y me encogí de hombros.

—Tan dormido como siempre.

—Bien, no nos ocupemos de él. ¿Recuerdan la vez que nos habló de haber resuelto un enigma porque sabía que no hay ningún número por debajo de mil que, escrito en inglés, contenga la letra "a"?

Jennings y yo hicimos un gesto afirmativo.

—Eso me dio que pensar. Miren, existe una serie infinita de números. Supongamos que deletreamos... toda esa serie infinita...

—No es posible —dijo Jennings—. ¿Cómo vas a deletrear cada uno de los números de una serie infinita?

—Usando la imaginación —respondió Baranov, impaciente—. Ahora dispongamos la serie infinita entera por orden alfabético. ¿Qué número es el primero de la serie?

—¿Cómo puedes saberlo a menos que estudies todos los números? ¿Y cómo puedes ver todos los números de una serie infinita?

—Ocurre que los nombres de los números se basan en un sistema —dijo Baranov—. Puede existir una serie infinita de números, pero hay sólo un pequeño número de maneras para formar esos nombres. El primer número por orden alfabético es eight, "ocho". No hay ninguno antes. No hay ningún número en toda la serie infinita de números que comience con "a", "b", "c", o "d". ¿Qué te parece?

—¿Y billón? —pregunté.

Baranov me miró intencionadamente.

—Ese no es el nombre de un número. Si escribes un número uno seguido por nueve ceros, eso no es billón, que comienza con "b". Es one billion y comienza con "o", one.

Pero en este punto Griswold, sin dar la impresión de interrumpir sus suaves ronquidos, intervino.

—¿Y cuál es el último número por orden alfabético? —preguntó.

Me apresuré a pensar y le di la respuesta.

—Two, "dos" —dije—. No hay ningún número que comience con una letra posterior a la "t" ni tampoco que tenga una "w" en segundo lugar. Los otros números que comienzan con "tw", como twelve, "doce", y twenty, "veinte", tienen una "e" en tercer lugar y van antes que two.

Estaba convencido de haber hecho un análisis excelente y rápido, pero Griswold abrió los ojos y me miró con infinito desdén.

—Te has ganado un zero, "cero" —me dijo—. Y ahora les contaré una anécdota.

Tengo un amigo [dijo Griswold] aficionado a jugar con números. No es matemático ni tiene aptitud especial para la matemática como no la tengo yo. Con todo, jugar con números es divertido aun cuando uno no tenga mayor talento.

Este amigo mío, llamado Archie Bates, luchaba así contra el aburrimiento.

Diría que todos nosotros nos hemos encontrado alguna vez atrapados en medio de un auditorio con un orador cuyo discurso es particularmente aburrido, con una mala orquesta o con una obra de teatro especialmente burda.

¿Qué hacer en ese caso? Podemos dormirnos con el riesgo de pasar por mal educados ante otras personas. Podemos pensar en cosas profundas, pero, ¿si no se nos ocurre nada?

Bien, en tal caso podemos hacer lo que solía hacer Bates y jugar con números. Contaba las arañas, las luces o la ornamentación repetida en las paredes y cielorrasos y, con los números obtenidos hacía todas las operaciones posibles. Para él era el perfecto antídoto contra el aburrimiento.

Otras veces armaba series insólitas de números según un sistema y pedía a otros que lo descifrasen y predijesen el número siguiente. Nunca hacía ejercicios serios ¿saben? pero algunos eran muy amenos. Por ejemplo, una vez me presentó una serie de números arábigos, 8, 5, 4, 9, 7, 3, 2, 0. Señaló que cada dígito estaba incluido, salvo el 1, y me preguntó cuál era el lugar correspondiente al 1.

Me llevó algún tiempo establecer que había dispuesto los números por orden alfabético según su ortografía en inglés y que al deletrear cada uno de ellos, el lugar que correspondía al uno era entre el 9 y el 7. Eso fue lo que me permitió mejorar con tanta facilidad el enigma de Baranov.

Los pasatiempos de Bates servían también para provocar situaciones embarazosas o bochornosas. Y eso fue lo que sucedió en cierta ocasión. Vamos al grano.

La mayoría de las trivialidades que les he contado son ejemplos de crímenes mayores: asesinato, espionaje y demás. Es posible, por otra parte, preocuparse por la solución de algo muy insignificante pero que, aun así, puede molestarnos y preocuparnos tanto como un asesinato. Además, amistad o interés por medio, no tengo el menor inconveniente de ser útil en casos semejantes, por mínimos o triviales que parezcan a los ojos de propios o extraños.

Un día la señora Bates me llamó bastante agitada y me pidió que tuviese la amabilidad de acudir de inmediato a su casa. Tenía un problema y creía que yo podría ayudarla. Dudaba que nadie más pudiera hacerlo.

No soy inmune a esa clase de invitación. Cuando llegué, me condujo al escritorio de Bates y me mostró una caja de seguridad. Era bastante grande y muy sólida, con un cierre de combinación que incluía cuatro diales, cada uno de ellos con números del 0 al 9. Cuando se hacía girar cada dial de manera que la hilera central de los tres que aparecían formara una cifra determinada a la cual estaba adaptada la combinación, la puerta se abría. De otro modo, no era posible abrirla.

—¿Cuál era el problema, señora Bates? —le pregunté.

—Archie compró esta caja de seguridad la semana pasada. Para qué la quiere, no lo sé, a menos que le divierta jugar con la combinación. Nada más seguro que tener los valores en una caja de seguridad de banco, tampoco tenemos secretos que ocultar. Pero, en fin, ahí está la caja.

—¿Y?

—Dentro están todos los documentos de la familia. Tendría que haber hecho un cheque hace ya un mes, pero olvidé hacerlo. Tengo que enviarlo por correo y el sello postal no debe ser posterior a esta medianoche, de lo contrario, tendremos complicaciones serias. La dificultad reside en que no sé la suma exacta y tampoco el nombre ni dirección del destinatario. Por lo menos, de memoria. Además, la libreta de cheques también está en la caja fuerte.

—¿Por qué lo guarda todo en la caja?

—Porque está encantado con ella, ese es el motivo. Compró la caja y tiene que usarla. Me

da tanta vergüenza molestarlo...

—Supongo que usted ha olvidado la combinación.

—Nunca la supe. No me la dio. Ni siquiera puedo llamar a la compañía que la fabricó porque Archie armó la combinación él mismo.

—¿Por qué no lo llama por teléfono?

—Lo llamaría, si supiera dónde está. Está en Baltimore, pero no sé dónde. Generalmente escribe su itinerario y me lo da, pero esta vez sospecho que lo guardó también en la caja con todo lo demás.

—Pero, ¿qué puedo hacer yo? No conozco la combinación.

—Hay un indicio —dijo ella—. En el suelo, junto a la caja, había un papelito. Seguramente lo dejó caer sin advertirlo. En él hay una de esas series de números con las que suele jugar. ¡Ya sabe usted cómo es!

—Sí, lo sé.

—Aquí está.

La señora Bates me entregó un papelito en el que había siete números escritos en columna 1, 2, 6, 12, 60, 620 y 840. Debajo del número 840 había un asterisco y yo sabía que Bates siempre usaba un asterisco para indicar el número que había que adivinar.

—Lo que yo creo —dijo la señora Bates— es que el número siguiente de la serie es el de la combinación. Probablemente estaba formando una de sus series, ya conoce usted sus manías, y esto le dio la idea de componer el número siguiente, cualquiera que sea, para la combinación. La dificultad está en que yo no conozco el número siguiente. Si se comienza por 1, hay que multiplicarlo por 2 para obtener 2; el 2 por 3, para obtener 6; ese seis por 2 otra vez para obtener 12; luego por 5, por 7 y por fin nuevamente por 2. No sé por cuánto se debe multiplicar 840.

Sonreí apenas antes de responder.

—Multiplique 840 por cada número desde el 2 hasta el 9 y luego pruebe con cada uno de los resultados obtenidos. Le llevará pocos minutos. En realidad, si comienza por 0000 y prueba cada número hasta 9999 abrirá la puerta finalmente. Si prueba sólo una combinación por segundo, recorrerá la lista entera en dos horas y tres cuartos. Lo más probable es que en menos de una hora y media tenga la caja abierta. Entonces podrá extender su cheque. Y debo decirle que el sistema de combinación no es demasiado bueno.

La señora Bates se exasperó.

—Está usted equivocada. Es muy bueno. Archie me lo explicó. Me dijo que en las cajas de esta marca cuando se forma cualquier combinación excepto la correcta y se intenta abrir la puerta, los números se traban y no es posible moverlos hasta que se utiliza una llave magnética especial. Archie dice que sin la llave sólo puede abrirse la caja con una carga explosiva.

—Y su marido se llevó la llave, dondequiera que esté supongo.

La Señora Bates hizo un gesto afirmativo.

—Así es, de modo que tengo que descubrir la combinación correcta en el primer intento. No me atrevo a adivinar un número y probarlo. Si me equivoco, tendré que llamar a un cerrajero. Y aun cuando alguno esté dispuesto a venir y hacer saltar el cerrojo para que yo pueda extender mi cheque, el cheque que debí enviar hace un mes, la caja quedará destruida. Creo que Archie me mataría.

—¿Pero qué quiere usted que haga yo?

La señora Bates suspiró.

—¿No es obvio? Siempre le cuenta a Archie los métodos sutiles mediante los cuales resuelve crímenes cuando la policía y el FBI no saben qué hacer, de modo que ¿no podría revisar la serie de números y decirme cuál es la combinación?

—Supongamos que me equivoque. Soy listo, pero no un superhombre —dije—. (Como ustedes saben, si algún defecto tengo es el de pecar por exceso de timidez y modestia.)

—Por cierto no lo es —dijo la señora Bates sin inmutarse—. Pero si es usted el que deja la caja trabada, será usted el que cargue con el fardo y qué más le da a usted...

No estaba nada seguro de que pudiera permitirme ese lujo. Bates es un hombre robusto y de mal genio. Dudaba que llegase a pegarle a su mujer aunque sin duda la pondría de oro y azul sin el menor miramiento. En cambio, no tenía la menor certeza de que no fuese implacable conmigo ni de que no me pusiera un ojo en compota.

Admito, no obstante, que la aparente certeza de la señora Bates en el sentido de que yo no era un superhombre me dolió un poco. Está bien que yo lo diga, pero no veo por qué tenía ella que tomarse semejante libertad. Me limité entonces a ajustar los diales para formar el número indicado, hice girar el manubrio y le abrí la puerta de la caja.

Seguidamente, haciendo una fría inclinación de cabeza, me despedí.

—Su marido no tendrá ya motivos para enojarse con ninguno de los dos —dije, y me fui.

Al terminar su historia, Griswold se quedó muy serio y sorbió unos tragos de whisky con soda.

(#)

—Supongo que todos ustedes descubrieron la combinación mucho antes de que yo terminara la historia.

—Yo, no —dije—. ¿Cuál era la combinación y cómo la descubriste?

Griswold gruñó con desdén.

—Miren esos números —dijo—. Los más altos son divisibles por varios números. El primero, el 1, puede dividirse sólo por sí mismo. El segundo, 2, es divisible por 1 y por 2. El tercero, 6, es divisible por 1, por 2 y por 3. En realidad es el número menor de los divisibles por 1, 2 y 3, como pueden comprobar fácilmente.

—También es divisible por 6 —señalé.

—No viene al caso —comentó Griswold—. Hablo de los números consecutivos comenzando por 1, que puedan ser divisores. El cuarto número, 12, es el más bajo divisible por cada uno de los primeros cuatro dígitos, 1,2,3 y 4. También es divisible por 6 y por 12, pero esto tampoco viene al caso.

Como ustedes ven el quinto número es 60. Es divisible por 1, 2, 3, 4 y 5 y, dicho sea de paso, también por 6. Es asimismo el número más bajo divisible por los primeros seis dígitos. El número siguiente, 420, es divisible por todos los números del 1 al 7 inclusive; y el último número es 840, divisible por todos hasta el 8 inclusive.

El número que sigue, que sería el de la combinación, tiene que ser, por lo tanto, el número más bajo divisible por todos los números del 1 al 9 inclusive. Si multiplicamos 840 por 3, el producto es divisible por 9 y continúa siendo divisible por todos los números menores de 9. Como 840 multiplicado por 3 es 2520, esa es la combinación. El número 2520 es el más bajo divisible por todos los dígitos, del 1 al 9 inclusive, y diré al pasar que también es divisible por 10. ¡Problema resuelto!

EL LIBRO DE BIBLIOTECA CIRCULANTE

Miré por turno a mis tres amigos en la biblioteca del club (Griswold se había alisado el bigote blanco, tomado su whisky con soda y arrellanado en su sillón de respaldo alto) y dije con aire bastante satisfecho:

—Tengo un procesador de palabras y les juro que me será muy útil.

—¿Es uno de esos teclados de máquina de escribir con una pantalla vertical de televisión?
—preguntó Jennings.

—Exactamente —respondí—. Escribes a máquina, el material aparece en la pantalla y lo editas allí... agregando, quitando, cambiando, hasta imprimirlo, impecable, con una velocidad de 400 palabras por minuto.

—No hay duda —dijo Baranov— de que si la revolución de la computadora ha podido penetrar en tu vida de topo, tiene que estar en vías de cambiar el mundo entero.

—Y en forma irrevocable —dije—. Lo extraño es, además, que no haya quien echarle la culpa. Sabemos todo lo referente a James Watt y su máquina de vapor, a Michael Faraday y el generador eléctrico, a los hermanos Wright y el aeroplano, pero ¿a quién debemos atribuir este nuevo progreso?

—Está William Shockley con su transistor —señaló Jennings.

—O Vannevar Bush y los comienzos de las computadoras electrónicas —dije— pero no basta. Se trata del "microchip", que mete la computadora en la línea de producción y la lleva a los hogares. ¿Quién hizo posible esto?

Fue entonces cuando advertí que por una vez Griswold no había cerrado los ojos sino que nos miraba atentamente, tan despierto como un ser humano cualquiera.

—Yo, entre otros —dijo.

—Tú, entre otros, ¿qué? —pregunté.

—Yo, entre otros, soy responsable del "microchip" —dijo con altanería.

Fue en los primeros años de la década del sesenta [dijo Griswold] cuando recibí un

llamado telefónico bastante desesperado de la esposa de un viejo amigo mío que, según anunciaban las noticias necrológicas, había muerto el día anterior.

Se llamaba Oswald Simpson. Habíamos sido condiscípulos en la universidad y bastante amigos. Él era un matemático extraordinariamente inteligente y después de graduarse fue a trabajar con Norbert Wiener en M.I.T. Se introdujo en la tecnología de las computadoras desde sus comienzos.

Nunca perdí contacto con él a pesar de que, como no hace falta recordar, mis intereses y los suyos no coincidían en absoluto. Sin embargo, existe una afinidad básica entre inteligencias superiores por diferentes que sean las respectivas formas de expresarse en uno y otro individuo. Tengo que recalcarles esto a ustedes tres porque, si no lo hiciera, serían incapaces de darse cuenta. Simpson tuvo fiebre reumática durante su infancia y tenía una lesión cardíaca. Fue un golpe, aunque no una sorpresa para mí, que muriese a los cuarenta y tres años. Su mujer, por su parte, insistió categóricamente en que su muerte no había sido un simple accidente. Me dirigí, por lo tanto a toda prisa al norte del estado de Nueva York, a casa de los Simpson. El viaje llevó sólo dos horas.

Olive Simpson estaba muy perturbada y no tiene sentido repetir su historia. Le llevó algún tiempo contarla con cierta coherencia porque, como podrán imaginar, hubo muchas interrupciones: médicos, encargados de pompas fúnebres e incluso periodistas, ya que Simpson era una figura relativamente conocida. Resumiré la historia.

Simpson era un hombre reservado y poco sociable, recuerdo, aun en la universidad. Tenía tendencia a ocultar las cosas referentes a su trabajo y se mostraba suspicaz frente a sus colegas. Siempre temía que le robasen las ideas. El hecho de que confiara en mí y se mostrara tranquilo en su trato conmigo se debe, enteramente creo yo, a mi mentalidad poco matemática. Simpson estaba convencido de que mi enciclopédica ignorancia en cuanto a lo que él estaba haciendo le garantizaba la imposibilidad de que se me ocurriera robarle ideas. Y en caso de que se las robara estaba convencido de que no sabría cómo usarlas. Es probable que estuviese en lo cierto, aunque tal vez debería haber tenido presente, además, mi acrisolada honestidad.

Esa tendencia suya a la reserva se volvió más pronunciada a medida que pasaron los años y la verdad es que llegó a ser un obstáculo para que se abriera paso en la vida. Solía reñir con sus colegas inmediatos y despertaba antipatía por su insistencia en mantener en secreto todo lo que hacía. Se oían, inclusive, quejas en el sentido de que demoraba el progreso de los proyectos de la compañía al impedir el libre intercambio de ideas.

Al parecer nada de esto hacía mella en Simpson, que también llegó a convencerse cada vez más de que la compañía estaba estafándolo. Como todas las compañías, la suya deseaba reservarse el derecho de propiedad de todos los descubrimientos efectuados por el personal, cosa

totalmente comprensible desde su punto de vista. Cualquier investigación que se hiciera no sería posible sin el trabajo previo de otros miembros de la compañía ni sin el uso de instrumentos, locales y procesos intelectuales de la compañía en general.

Lo cual no quita que cada vez que se llegaba a algún resultado satisfactorio, el éxito significara millones de dólares para la compañía y sólo unos cuantos miles para el investigador.

En consecuencia no había nadie que no se sintiera explotado y Simpson pensaba que abusaban de él más que de los demás.

La descripción del estado de ánimo de Simpson en los últimos años, hecha por su mujer, indicaba a las claras que sufría ya de una forma de delirio de persecución. No había manera de razonar con él. Estaba convencido de que la compañía lo perseguía y atribuía todos los éxitos de esta a su propio trabajo, aunque la empresa estuviera empeñada en despojarlo de todo reconocimiento y de toda recompensa económica. La idea lo obsesionaba.

No dejaba de tener cierta razón al suponer que su trabajo era esencial para la compañía - que a su vez reconocía el hecho pues, de lo contrario, no hubiesen retenido con tanta insistencia a alguien que, con los años, estaba volviéndose cada vez más difícil.

La crisis se produjo cuando Simpson descubrió algo que consideraba básicamente revolucionario. Estaba seguro de que ese elemento colocaría a la compañía a la cabeza de toda la industria internacional de computación. Además, se trataba a su juicio de algo que no podría ocurrírsele a nadie más en años, posiblemente en décadas, no obstante ser tan simple en su esencia que era posible enunciarlo por escrito en un trocito de papel. No pretendo comprender qué era, pero hoy tengo la certeza de que era el embrión de la tecnología del "microchip"

Decidió callar acerca de su descubrimiento hasta que la compañía se comprometiese a compensarlo ampliamente con una suma muchas veces mayor que la habitual así como con otros beneficios. Es fácil ver la motivación detrás de esta exigencia. Sabía que podía morir en cualquier momento y quería dejar a su mujer y a sus dos hijos en buena situación. Conservaba la documentación escrita del secreto en casa para que su mujer tuviese algo que ofrecer a la compañía en el caso de que muriera antes de completar su trabajo, pero era característico en él no decirle a ella dónde guardaba los documentos. Su manía del secreto sobrepasaba todos los límites. Una mañana, al partir para su trabajo, preguntó a su mujer, muy nervioso:

—¿Dónde está mi libro de la biblioteca circulante?

—¿Qué libro? —preguntó ella a su vez.

—Exploración del Cosmos. Lo tenía aquí mismo.

—¡Ah! —repuso ella—. Estaba vencida la fecha de devolución. Ayer devolví ese libro y varios más.

Simpson se puso tan pálido que su mujer temió que se desmayara allí mismo. Hablando a gritos, preguntó:

—¿Cómo te atreves a hacer tal cosa? ¡Era mi libro! ¡Lo devuelvo cuando se me antoja! ¿No te das cuenta de que la compañía es capaz de entrar a robarnos la casa y revisarlo todo? En cambio, no se les ocurriría tocar un libro de una biblioteca pública. No sería mío.

Logró dar a entender, aunque sin decirlo expresamente, que había ocultado su precioso secreto en el libro de la biblioteca circulante y la señora Simpson, muerta de miedo al verlo jadear y tratando de respirar, dijo, desesperada:

—Iré ahora mismo a la biblioteca, querido y volveré con él. En pocos minutos estaré de vuelta. Por favor, cálmate. Todo saldrá bien.

La señora me repitió una y otra vez que debería haberse quedado con él hasta que se calmara. Que podría haber llamado a un médico, pero habría sido inútil aun cuando hubiese venido. Estaba convencido de que alguien de la biblioteca, alguien que pidiese ese libro descubriría su importantísimo secreto y se guardaría los millones que correspondían a su familia.

La señora Simpson fue corriendo a la biblioteca, no tuvo ninguna dificultad para retirar el libro y volvió a toda prisa. Era demasiado tarde. Simpson había sufrido un ataque cardíaco, el segundo, y estaba agonizando. Murió, en efecto, en los brazos de su mujer, a pesar de que llegó a ver que ella tenía otra vez su libro, lo cual puede haberle servido de consuelo. Sus últimas palabras, pronunciadas con trabajo, fueron "dentro... dentro..." mientras señalaba el libro. Luego murió.

Hice todo lo posible por consolarla, por asegurarle que ella no habría podido nunca evitar lo sucedido. Más por distraerla que por otra cosa, le pregunté si había encontrado algo en el libro.

Me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—No, nada. Pasé una hora... es lo menos que podía hacer por él... su último deseo, ¿sabe?... Pasé una hora estudiándolo, pero no hay nada.

—¿Está segura? —pregunté—. ¿Sabe qué está buscando?

La señora Simpson titubeó.

—Suponía que podría ser un papel con algo escrito. Algo que dijo me hizo pensar. No

me refiero a esa última mañana, sino a antes. Muchas veces me dijo "Lo tengo escrito". Pero no sé cómo puede ser el papel, si era grande o pequeño, blanco o cremoso, liso o doblado... ¡Cualquier cosa! De cualquier manera, revisé todo el libro. Volví cada una de las páginas con el mayor cuidado, pero no había papeles de ninguna clase entre ellas. Después lo sacudí tomándolo por el lomo y no cayó nada. Por último miré todos los números de las páginas para estar segura de que no había dos pegadas. No las había.

»Después pensé que quizá no se tratase de un papel sino de algo que hubiera escrito en un margen. No tenía mayor sentido, pero pensé que debía verificarlo. Revisé cada una de las páginas. Había una o dos manchas que parecían accidentales, pero no había nada escrito ni tampoco subrayado.

—¿Está segura de haber retirado el mismo libro que antes, señora Simpson? La biblioteca podría haber tenido dos ejemplares o más.

Se mostró sorprendida.

—No se me ocurrió. —Levantando el libro, lo miró y dijo—: No, tiene que ser el mismo. Hay una manchita de tinta debajo del título. El libro que devolví tenía la misma manchita. No podría haber dos iguales.

—¿Está segura? —insistí—. Me refiero a la manchita de tinta.

—Sí —dijo con tono categórico—. Pienso que el papel se cayó en la biblioteca o que alguien lo retiró y con seguridad lo arrojó al canasto. No importa. Con Oswald muerto, no tendría fuerzas para librar una batalla contra la compañía. Aunque habría sido grato no tener dificultades de dinero y haber podido enviar a los hijos a la universidad.

—¿No contará con una pensión de la compañía?

—Sí, en ese sentido son muy generosos, pero no alcanzará con la inflación que tenemos. Y con su historia de trastornos cardíacos, Oswald nunca se aseguró debidamente.

—Entonces, vamos a encontrarle ese papel y también un abogado. Y por último, algún dinero. ¿Qué le parece?

La señora Simpson suspiró varias veces haciendo un esfuerzo por sonreír.

—Es muy gentil —dijo—, pero no veo cómo va a lograrlo. No puede hacer que el papel aparezca de la nada.

—Sí que puedo —dije, aunque admito que corría un riesgo al asegurarlo. Abrí el libro, conteniendo el aliento, y dije:

—¡Aquí lo tiene! —El papel estaba, sin duda, allí. Se lo entregué.

Lo que siguió fue un proceso prolongado y fatigoso, pero las negociaciones con la compañía terminaron bien. La señora Simpson no se convirtió en multimillonaria, pero consiguió cierta seguridad económica y los dos niños son hoy estudiantes graduados en la universidad. La compañía salió ganando, también, pues el "microchip" estaba en marcha. Sin mí no se habría lanzado y, por lo tanto, como les dije al principio, el crédito me corresponde.

Y con el consiguiente fastidio nuestro, Griswold cerró los ojos.

(#)

Di un grito.

—¡Vamos! —dije. Abrió un solo ojo—. ¿Dónde encontraste el papel? —le pregunté.

—Donde Simpson dijo que estaba. Sus últimas palabras fueron: "dentro... dentro...".

—Del libro, claro —dije.

—No dijo "dentro del libro" —recordó Griswold—. No pudo terminar la oración. Dijo solo "dentro..." y el libro era de una biblioteca circulante.

—¿Y?

—Los libros de las bibliotecas circulantes tiene algo que no tienen los comunes. Tiene un bolsillito en el que se guarda la tarjeta de la biblioteca. La señora Simpson describió todo lo que hizo, pero nunca mencionó el bolsillo. Pues bien, yo recordé las últimas palabras de Simpson, miré dentro del bolsillo, y... ¡Allí estaba!

LAS TRES COPAS

Aquella noche el ambiente de nuestro club era especialmente acogedor. Siempre ocurría eso en la biblioteca. Afuera llovía intensamente. El viento azotaba la lluvia y la lanzaba contra las ventanas acrecentando la sensación de tibieza y tranquilidad en el interior. Los ronquidos suaves y rítmicos de Griswold eran el único acompañamiento que necesitábamos.

Traté de no pensar en mi impermeable que había quedado empapado en el guardarropa y

en el momento inevitable en que tendría que retirarme para tratar de conseguir un taxi. Pero eso se vería a su debido tiempo...

Extendí las piernas perezosamente y dije:

—No sé si ustedes han pensado alguna vez en la mala prensa que tienen casi siempre los cuerpos de policía. Incluso en una sociedad donde son sin duda el muro sólido entre el ciudadano honesto y el criminal, rara vez son objeto de elogios.

—Esbirros —murmuró Baranov—. ¡Polis! ¡Cosacos! ¡Cerdos!

—No, no —dije, irritado—. No hablo sólo de esos motes. Cualquiera es capaz de gritar un insulto cuando se ofende. Hablo de lo que se dice de ellos a sangre fría. Piensen en tantos escritores de novelas policíacas que adjudican toda la inteligencia y la intuición a algún aficionado, en los Sherlock Holmes, Hercule Poirots, Peter Wimseys... ¿Y dónde está la policía? No, la policía es un conjunto de asnos de Scotland Yard, sin excepción.

Jennings hizo un ruido grosero con los labios.

—Vives en el pasado, viejo —dijo—. Ahora es muy común mostrar policías brillantes, desde Appleby hasta Leopold, tenemos esbirros oficiales que resuelven los crímenes más difíciles y sutiles. En realidad, el procedimiento policial es hoy mucho más popular que el tradicional material al estilo de Philo Vance.

Los había llevado a donde yo quería.

—Si escuchamos a Griswold, dirá lo contrario —dije. Miraba a hurtadillas a la figura dormida, sentada muy derecha en su sillón Reina Ana, con el whisky con soda firmemente sostenido en una mano—. Él siempre resuelve el crimen cuando la policía es impotente. Ese viejo zorro pretende que le creamos cada vez que usurpa sistemáticamente las atribuciones de la policía.

Los ojos de un azul glacial de Griswold se abrieron al instante tal como yo esperaba.

—Este viejo zorro pretende solo que los tontos crean tal cosa, y tú tienes condiciones —me dijo—. La policía cumple sus funciones, siempre las cumplió. La única dificultad es que su trabajo es de rutina, rutina empeñosa y poco espectacular, un noventa y nueve por ciento del tiempo. Solo algún hecho ocasional se presta para provocar ese destello radiante de intuición que permite al individuo dotado mostrar sus propios méritos. Por ejemplo...

Griswold bebió un sorbo y calló.

—Por ejemplo, decías —le recordé.

En general las armas de la policía en su guerra contra el crimen [dijo Griswold] no incluyen el talento. No se trata del genio teórico que teje la cadena de lógica inexorable y hace aparecer al criminal en una especie de juego de prestidigitación que quita el aliento. Eso no dará resultado.

En primer lugar, ese tipo de práctica no tendría validez alguna ante la justicia. Da resultado en los libros, donde el acusado confiesa cuando lo descubren o se suicida, pero eso no sucede nunca en la vida real. El acusado lo niega todo y su abogado arroja la duda sobre todo. Y si todo lo que tenemos para presentar ante el juez y el jurado es el talento, el acusado saldrá impune.

La policía debe reunir pruebas pasando de cada testigo posible al siguiente y tratando de obtener declaraciones o identificaciones que, a su juicio, soporten la prueba del careo. Deben localizar armas, documentos o boletas de empeño. Y ya que hablamos de buscar, deben buscar cadáveres, efectuando pesquisas, revisando tachos de desperdicios, rastreando el fondo de las lagunas.

Se requiere el trabajo concentrado y monótono de docenas de personas a través de semanas y meses.

En realidad, quiero contarles algo sobre el instrumento aislado más importante de la labor policial, el soplón.

Todos ustedes saben que nuestro gobierno no siempre puede detener las filtraciones de información, por muchos esfuerzos que haga. Bien, tampoco pueden hacerlo las diversas organizaciones criminales. Siempre hay alguien a punto de hablar.

¿Motivos? Son varios. Hay informantes que buscan vengarse porque se consideran víctimas de algún abuso y arden por resarcirse. Hay otros que pueden hacer uso de algún dinero extra y que cobran todo lo que pueden por la información que afirman poseer. Hay otros a los que les interesa sobre todo que les hagan la vista gorda, que les acuerden el privilegio de seguir viviendo una vida de delitos menores, como raterías o arrebato de carteras, seguros de que la policía se mostrará benévola, siempre que sean soplones útiles.

No es un oficio elegante, por otra parte. Los autores de novelas policiales que pretenden incluir soplones en sus relatos deben renunciar al elemento ingenioso y conformarse con la violencia. Habitualmente, el soplón es hallado muerto en el capítulo cuarto y sólo atina a jadear lo suficiente para dejar intrigado al detective.

Por cierto que a veces -aunque sean muy pocas comparadas con el total de las veces en que interviene la policía-, todo falla. Y, de vez en cuando, me toca a mí poder encarar esa parte final del rompecabezas que ellos no advierten porque su interminable trabajo de rutina los deja extenuados.

Tal fue el caso del sonado asunto de contrabando de diamantes que tuvo lugar hace algunos años. Seguramente ustedes se enteraron de él por los diarios. Si no se enteraron, no importa. Pueden estar seguros de que mi intervención no se mencionó para nada.

La policía no lograba establecer el método por el cual se efectuaba el transporte de los diamantes. Buscaban con desesperación en todos los vehículos sospechosos que entraban al país, pero nunca hallaron un solo diamante.

Eran piezas pequeñas, de no mucha importancia desde el punto de vista de su tamaño, al alcance de gente de clase media. Pero en su conjunto, representaban miles de quilates y millones de dólares. Además, el transporte continuaba sin interrupción.

Por fin, uno de los agentes del Departamento del Tesoro vino a consultarme. Se mostró muy nervioso, porque en ese momento yo estaba en relaciones especialmente tensas con el gobierno. Había calificado a alguien con un nombre bastante ofensivo, enteramente merecido, y me mantenían algo alejado.

No puedo culpar a los funcionarios menores, claro está, por lo cual accedí a escuchar a este hombre y a ayudarlo en lo posible. Lo que me contó acerca del contrabando de diamantes, me dio a entender que había un pequeño indicio alentador en el caso. Como cabía esperar, el indicio había sido obtenido a través de un soplón.

Sobre la base de dicho indicio el Tesoro se había informado de que estaba por entrar un paquete en los Estados Unidos, el paquete que contenía los diamantes. La forma de llegar podía ser más o menos directa. Es decir, los diamantes vendrían en el paquete o bien este contendría información sobre la fecha y el medio por el cual habrían de llegar. El informante carecía de detalles, pero tenía seguridad en cuanto a los hechos básicos, según dijo, y se trataría de un operativo de gran importancia.

El paquete llegó al lugar anunciado ya la hora prevista. Lo interceptaron y se lo llevaron a las oficinas, donde fue abierto con todas las precauciones del caso debo añadir, por si se trataba de un artefacto explosivo. No era tal cosa.

En el interior había tres copas de un hermoso cristal tallado, formas delicadas y estructura frágil. El precio de esas copas era muy alto pero su valor había sido debidamente declarado en la aduana. Una fuente respetable de la cual no teníamos motivos reales para desconfiar había pagado todos los aforos del caso.

—¿No había nada más en el paquete? —pregunté—. ¿Sólo las copas?

—Sólo las copas.

—¿Ningún diamante?

—Ni uno.

—¿Qué hicieron ustedes?

—Bien, para empezar, revisamos muy bien las copas para ver si encontrábamos algo...

—¿Quiere decir que se podrían haber incorporado los diamantes al vidrio fundido de modo que formasen parte de las copas?

—Nada de eso —dijo el agente, algo ofendido—. Los diamantes son carbono. Se oxidan a temperaturas muy elevadas y el vidrio derretido sin duda los habría dañado. Además, se harían visibles al instante al efectuarse mediciones de índice de refracción, cosa que también probamos, para no omitir nada.

(Aquí pueden ver ustedes el valor del trabajo policial. Yo no tengo equipo para realizar esas pruebas ni tampoco la preparación necesaria.)

—¿Qué más hicieron? —volví a preguntar.

—Era cristal tallado. Tenía formas abstractas y se nos ocurrió que podría contener información codificada. No contenía nada. Fotografiamos las copas y estudiamos las fotografías con microscopio. No encontramos nada, ninguna irregularidad en la simetría de las formas... y la simetría perfecta nunca proporciona información.

—Las copas tienen que haber estado envueltas en algo. ¿Pensaron en eso?

—Desde luego. Estaban envueltas en papel de seda, varias capas. Sacamos el papel y lo revisamos minuciosamente, hoja por hoja, de ambos lados. Lo sometimos al calor, a la magnificación, a los rayos ultravioleta. No apareció nada. Nuestros expertos en tintas invisibles lo trataron a fondo. Nada.

—¿La caja?

—Puedo asegurarle que no la descuidamos. Revisamos la caja centímetro por centímetro, por dentro y por fuera, con el mismo cuidado que al papel de seda. Hasta retiramos la tira adhesiva utilizada para asegurar la caja, así como los diversos rótulos y estampillas, para estudiar lo que pudiera haber debajo, para no hablar ya de la tira adhesiva, los rótulos y las estampillas mismas.

—Y supongo que no encontraron nada.

—Absolutamente nada.

Reflexioné un poco antes de preguntar:

—¿Se les ha ocurrido que el informante puede estar equivocado o mentir?

El agente hizo una mueca.

—Se nos ocurrió en seguida. Lo hicimos comparecer. No sé si su madre tiene tumba, pero juró por ella. Nos pareció que podíamos confiar con él.

—Tal vez recogieran ustedes un paquete equivocado.

—Armoniza en todos sus detalles con la descripción hecha por el informante. Las probabilidades de que nos hayamos equivocado son infinitamente lejanas.

—¿Qué tamaño tenía el paquete?

—Unos treinta centímetros por quince, más o menos.

—¿Y las copas?

—Unos quince centímetros de alto. Unos siete de diámetro.

—¿Alguna de las tres estaba astillada, rajada o dañada de alguna manera?

—No, no. Estaban en perfectas condiciones.

—¿Y tiene el paquete aquí, exactamente como estaba al llegar?

—Por supuesto —respondió el agente con tono melancólico—. Debemos devolvérselo al dueño legítimo, diciéndole alguna mentira. Que se extravió o que fue dejado en otro lugar. En realidad, no teníamos derecho a incautarnos de él.

—¿No tenían autorización?

—No.

—Bien, no se preocupe. Hay una pequeña probabilidad de que le encuentre esos diamantes.

Y claro está, los encontré. De una manera que seguramente ustedes han adivinado ya. Fue una de las pocas oportunidades en que un instante de lucidez vale por el paciente trabajo de todo un laboratorio de criminología.

Griswold bebió otro sorbo de su vaso y se arrellanó en el sillón.

(#)

Al unísono, gritamos:

—¿Dónde estaban los diamantes?

Griswold se mostró sorprendido.

—Increíble —murmuró—. Me oyeron decir que había preguntado por el tamaño de la caja y de las copas. Copas de ese tamaño, colocadas en una caja de éste tamaño, no dejarían de moverse en el interior y, a pesar de la envoltura de papel de seda, se harían trizas. Sin embargo, no estaban ni quebradas ni rajadas a pesar de que el agente había señalado que eran frágiles.

Eso quería decir que estaban muy bien embaladas. Hoy en día, como saben ustedes, el embalaje más usado es el de los trozos de goma pluma. Los que yo prefiero son los que tienen aspecto de granos de maní.

Sea como sea, la tendencia es no tener en cuenta el embalaje. Apenas nos fijamos en él, nos limitamos a desecharlo. Pero mirémoslo. Revisé la caja, estudiando cada uno de los trozos de material plástico y muchos de ellos mostraban indicios de haber sido abiertos, de que les habían introducido algo duro antes de apretar el orificio para cerrarlos otra vez.

Abrimos esos pedacitos y allí anidados, estaban aquellos bonitos diamantes. ¡Qué cosecha logramos!

CÓMO SE ESCRIBE

Jennings fue el último en llegar y cuando se sentó, extendió las piernas cómodamente y recibió su habitual martini seco con una cebollita.

—Detrás de las paredes de esta ciudad hay ocho millones de historias —comentó.

—¡Oye! —exclamó Baranov—. ¡Qué idea para una serie de televisión!

—La única dificultad es que las perdemos todas, probablemente yo mismo perdí una cuando venía de camino al club... siempre vengo a pie cuando hace buen tiempo. Es un buen paseíto y contribuye a mantenerme en forma. No como tú, gordo —dijo, dirigiéndose a mí.

Me sentí irritado.

—Te mantienes en forma dándote aire por el cerebro hasta que lo conviertes en un vacío perfecto. Ni siquiera tiene sentido nada de lo que dices.

Desde su alto sillón Griswold se movió y el suave rumor de sus ronquidos se interrumpió con un murmullo. No sé qué dijo, hablaba de una olla, creo, y de una sartén tiznada.

—Dime qué te perdiste, Jennings —dije—. En general tienes bastante poder de observación para no perderte ningún bache que haya en tu camino.

Jennings fingió no haber oído.

—Pasé al lado de una joven pareja que discutía. La muchacha, de no más de diecisiete años, diría yo, dijo en voz tan baja que apenas lo pude captar: "No debiste permitirle ver la sombra". El muchacho, de no más de veinte, respondió: "Otra cosa hubiera sido correr un riesgo".

—¿Y de ahí? —preguntó Baranov.

—Es todo lo que oí, porque seguí caminando. Pero luego me puse a pensar. ¿Qué sombra? ¿Por qué no debía haberla visto, quienquiera que fuese, y por qué habría de ser arriesgado no verla? ¿De qué estaban hablando?

—¿A quién le interesa? —pregunté a mi vez.

—A mí —dijo Jennings—. Había algo raro allí. Alguna historia de nuestra ciudad que nunca sabré cuál es.

—Pregúntaselo a Griswold —sugerí—. Él lo razonará todo y de esas dos simples frases hará una historia de intriga y acción. Vamos. Pregúntaselo.

Al principio Jennings trató de mostrarse desdeñoso, pero advertí que estaba tentado de hacerlo. Griswold tenía una inusitada capacidad para ver por debajo de la superficie de las cosas.

Miró al hombre dormido, las canas y las cejas blancas y, como siempre que se mencionaba su nombre, resultó que no estaba tan dormido como para perder lo que se decía.

El whisky con soda subió hasta sus labios. Abrió los ojos, se alisó el gran bigote con el dorso de la mano izquierda y luego dijo:

—No tengo la menor idea de a qué se refería todo ese tema de las sombras. Desde luego, alguna vez me he visto frente a pequeños hechos que pude estudiar a fondo, hechos en los que el crimen no parecía tener nada que ver y que, sin embargo, tenían algo de anormal.

—¿Por ejemplo? —le pregunté, incitándolo deliberadamente a hablar.

Siempre he tendido a inspirar confianza [dijo Griswold]. Supongo que se debe en parte a que la dignidad de mi figura hace que la gente confíe en mí y, en parte, a que la luminosa inteligencia que resplandece en mi mirada la lleva a imaginar que va a encontrarse con un pozo de sabiduría que saciará todas sus necesidades.

Sea como sea, la gente apela a mí cuando está en dificultades.

Conozco a un hombre, por ejemplo, que es escritor. Si mencionase su nombre, sabrían de inmediato de quién se trata. Cualquier norteamericano culto y aun cualquier europeo culto sería capaz de reconocerlo. Ese nombre es la esencia de esta anécdota pero, como me lo dieron en forma confidencial, no puedo revelárselo, aun en el caso poco probable de que confiara en la reserva de ustedes. Lo llamaré, por lo tanto, Reuben Kelinsky, habiendo verificado, inclusive, que ni siquiera las iniciales coinciden.

En general Kelinsky es un individuo sin preocupaciones. Tiene pocos de los estigmas del escritor. No lo atormentan los plazos de entrega; no lo amargan las críticas ni los rechazos; no lo deprimen los derechos de autor cercenados ni lo enfurece la estupidez de los editores... Para no hablar ya de la perversidad de las editoriales, agentes, revisores e impresores. Escribía siempre en un estilo llano, lo vendía todo, ganaba bastante y era un hombre feliz.

Imaginen mi asombro, pues, cuando una vez, que estábamos almorzando, lo vi particularmente abstraído. Se mordía el labio inferior, cerraba los puños y seguidamente murmuraba palabras entre dientes.

—¿Qué pasa, muchacho? —le pregunté con tono comprensivo—. Te veo alterado.

—¿Alterado? —repitió—. Estoy furioso. Hace tres semanas que estoy tratando de calmarme pero no lo consigo. Estoy tan mal, que tomo duchas heladas por la mañana y es inútil. Me siento tan acalorado y con tanto malestar que hasta el agua fría del baño sube de temperatura.

—Dime qué te pasa —dije.

—¿Me permites? —preguntó con una expresión esperanzada—. Quizás tú puedas ayudarme a sacarle algún sentido a esto.

—Cuéntame —dije.

—He conseguido una edición muy buena de la Historia de la Civilización de Will Durant por una bicoca y estaba encantado. Había leído ya la obra a medida que aparecían los volúmenes retirándolos de la biblioteca y siempre había deseado tener la serie completa. La única desventaja que tiene la que he conseguido es que le falta el Volumen 2: La vida en Grecia.

»Bien, tú sabes cómo es uno. Durante décadas he vivido sin tener ninguno de los volúmenes pero, ahora que tenía diez de ellos, sencillamente no podía vivir sin el undécimo. Es más, estaba empeñado en leer toda la serie volumen por volumen. No quería saltarme uno y tener que volver a él, y como estaba a punto de terminar el primero, me empecé a angustiar.

»Debí haber esperado hasta volver a Nueva York, donde hay muchas librerías de las que soy cliente. Todas habrían estado dispuestas a ayudarme en la búsqueda, pero debía quedarme en Washington por unos días y me daba fastidio tener que esperar. Al pasar por una librería importante camino de una cita, entré en ella, obedeciendo a un impulso.

»Tenía prisa, pues me esperaban a almorzar y estaba acostumbrado a encontrarme en la 'cancha propia' por así decir, cuando visitaba una librería, de modo que me dirigí directamente a un mostrador y le dije bruscamente a la mujer que estaba allí: '¿Dónde tienen la serie de obras de historia de Will Durant?' La mujer señaló vagamente una escalera semicircular. Subí por ella y me encontré sumergido en Tolstoi y Dostoyevski. Levantando la voz, dije a la mujer: 'Oiga, no veo a Durant'.

»Me señaló otro lugar y caminé en la dirección indicada. Allí encontré una estantería tras otra repletas de obras de Durant. Estaban César y Jesucristo, Nuestra Herencia oriental, la Era de la Razón. Había en verdad alrededor de una docena de ejemplares de cada volumen de la serie,

excepto el Volumen 2. Perdí bastante tiempo buscándolo, porque no podía creer que no hubiese ni un ejemplar de La Vida en Grecia.

»Completamente defraudado, bajé rápidamente por la escalera circular. Estaba ya retrasado para mi almuerzo, pero seguía empeñado en conseguir ese volumen. '¿Dónde puedo encargar un volumen?' pregunté. La mujer hizo otro gesto. En ningún momento me dijo una sola palabra, la muy idiota y fui corriendo hasta otro mostrador.

»'Quiero pedir un libro', dije agitado. Tanta carrera inútil para nada.

»El hombre detrás del mostrador me miró impávido y no dijo una palabra. Con tono impaciente, repetí: 'Quiero pedir un libro. Quiero el Volumen 2, La vida en Grecia de Will Durant.'

»El hombre no hizo ademán alguno de tomar un formulario. En verdad, no se movió. Al cabo de una espera más o menos larga, me preguntó: '¿Su nombre?'

»Con gran claridad, seguro de que quizás obtendría un poco de colaboración, dije: Reuben Kelinsky.

»Y él preguntó: '¿Cómo se escribe?'

»Era el colmo. Tuve la sensación de estar viviendo una pesadilla. No digo que todo el mundo haya oído hablar de mí. Tampoco que el diez por ciento me conozca y sepa deletrear mi nombre al oírlo, pero creo tener derecho a que en una librería sepan cómo escribirlo. En aquel momento había seguramente una docena de libros míos allí.

»Sobre el mostrador había una lista de Libros en Existencia, el volumen por autores, de la A a la X. Lo abrí hacia el final -sé perfectamente dónde está mi nombre- y dije: 'Aquí puede ver cómo se escribe'.

»Y el hombre replicó: 'No estoy aquí para que me insulten. Me niego a recibir su pedido'.

»¿Qué otra cosa podía hacer, salvo irme? Llevaba quince minutos de retraso para mi cita. Estaba tan furioso, que apenas pude probar bocado y lo poco que comí me sentó como un tiro. Tampoco había conseguido mi libro ni lo había encargado siquiera. Desde luego, cuando llegué a Nueva York obtuve el ejemplar sin mayor demora y ahora tengo la serie completa, pero sigo furioso. Envié una carta llena de indignación a la librería, pero me contestaron diciendo que yo me había mostrado altanero e insultante y que debía adquirir mis libros en otra parte. Y no hay nada que pueda hacer. No comprendo nada.

Kelinsky estaba sentado allí, meditabundo. Por fin dijo:

—Mira, es la primera vez que cuento toda la historia y ahora que te la he contado, me siento mucho mejor. Es como abrir un divieso.

—Por supuesto. En realidad, creo que debes olvidar el episodio. Si esto es lo peor que te pasa en tu vida, eres el hombre más afortunado del mundo.

—Es verdad. Pero, ¿por qué diablos me pidió que deletrease mi apellido?

Con mucha cautela, respondí:

—Mira, Reuben, he oído solamente tu versión de la historia. ¿Por casualidad no te mostraste altanero e insultante?

—No, te lo juro. Te he dicho ni más ni menos que lo que sucedió, palabra por palabra, paso por paso. No grité. No insulté a nadie. Tenía ganas de hacerlo, pero me contuve. Estaba impaciente por irme y quizá haya parecido impaciente o atropellado, pero no se me escapó una sola palabra que pudiera considerarse ofensiva.

—No te enojas —dije—, pero estoy pensando en todas las posibilidades. Pronunciaste correctamente tu nombre, me imagino.

Ahí Kelinsky se enojó de verdad.

—Oye, Griswold. ¿También tú entraste a formar parte de este complot? ¿Acaso no sé cómo pronunciar mi propio apellido? Desde luego que lo pronuncié correctamente. Me esmeré por pronunciarlo bien, porque quería que supiese quién era, que se moviera un poco y me encargara el libro. Pero fue una tontería. Debí haber esperado hasta volver a Nueva York.

—En tal caso —dije—, creo que estamos sobre la pista de un complot criminal y debo pedirte que me acompañes y cuentes tu historia a un amigo mío del Departamento. Supongo que ustedes ya han adivinado lo que quise insinuarle.

(#)

—No, no sabemos —dije yo, impasible.

—¿No? ¿Ninguno de los tres? —preguntó Griswold.

—Ninguno de los tres —repetí, sin que los otros me contradijeran,

—En tal caso, nunca lograrán captar las historias de nuestra ciudad al desnudo —dijo Griswold con desdén—. Escuchen. ¿Por qué iba el hombre que estaba detrás del mostrador a pedirle a Kelinsky que deletrease un apellido que obviamente sabía escribir?

Una posibilidad que era necesario explorar era que fuera alguna consigna clave. Gente que no se conoce mutuamente pero debe confiar entre sí en cuestiones que implican un gran riesgo, debe tener algún sistema para identificarse sin que nada quede librado al azar. La contraseña empleada no debe ser una palabra fuera de lo común, que podría alertar a cualquiera que la oyera.

Si la librería era utilizada como centro de una actividad criminal y tú, por ejemplo, quieres asegurarte de que no le estás pasando información a una persona no indicada, pero no quieres preguntar directamente quién es la persona a quien no corresponde, he aquí la táctica que podrías usar: encargas determinado libro, y, cuando el empleado te pregunta tu nombre, afirmas que es el de un escritor conocido: Mark Twain, Saul Bellow, Herman Melville o, si quieres, Reuben Kelinsky.

Si el empleado actúa de buena fe, sabe cómo deletrear el apellido y acepta el pedido o puede dudar y pensar que estás bromeando. Si el empleado, en cambio, está involucrado en actividades criminales, dice: ¿Cómo se escribe? cosa enteramente ridícula.

Si por el contrario, no parece sorprendido sabrá que eres un colega aunque manifieste no saber escribir tu nombre cuando evidentemente debería saberlo. Si tú, sin inmutarte, deletreas tu nombre, pueden pasar a hablar de negocios. Pero cuando tú te apoderaste de Libros en Existencia el hombre se dio cuenta de que eras un autor de verdad y, asustado, te acusó de ser altanero y de haberlo ofendido. Lo que quería era ahuyentarte.

Griswold abrió los brazos y dijo:

—¿Lo ven?

Jennings, con un tono bastante semejante al respeto, preguntó:

—Seguramente investigaron la librería y descubrieron algún tipo de delito, ¿no?

—Les diré —dijo Griswold—. A la sazón se investigaba en Washington una gran operación de contrabando de drogas. Yo pensé que podría tratarse de eso, pero me equivoqué. La verdad era que el empleado de la librería no tenía demasiada admiración por Kelinsky, pero lo reconoció y decidió divertirse un poco a costa de él y la verdad es que lo logró. Pero Kelinsky vive feliz ahora porque, como es natural, nuestra investigación hizo pasar un mal momento al empleado a pesar de que al final resultó ser inocente. La próxima vez será más cuidadoso en la elección de blancos para sus bromas.

Y ahora debo decirles, que nunca dije que yo estuviese invariablemente en lo cierto.

DOS MUJERES

Afuera hacía un hermoso día, sereno, tibio y despejado. Los árboles del parque a lo lejos se distinguían apenas bajo la luz del crepúsculo y la iluminación de la biblioteca de nuestro club comenzaba a adquirir esos tonos dorados que creaban en nosotros mismos una confortable sensación de bienestar. Los ronquidos suaves y rítmicos de Griswold añadían aquel toque infaltable que expresaba que todo estaba como debía ser.

Se me ocurrió como al pasar que podría hacer más perfectas aun las cosas inclinando el whisky con soda que sostenía Griswold y mojándole la pierna del pantalón, pero el sentido común me dijo que si avanzaba solo una fracción de centímetro hacia él, se despertaría.

Por lo que podía juzgar, era probable que Baranov y Jennings estuviesen pensando lo mismo. Les pregunté, entonces.

—¿Alguno de ustedes se ha cuestionado alguna vez porqué tenemos que invertir sumas tan enormes para mantener a la policía cuando Griswold es capaz de resolver cualquier crimen sin moverse de su sillón?

—Ah —dijo Jennings—. Ocurre que sólo recibimos la versión de Griswold. Me pregunto qué tendría que decir la policía si la consultáramos sobre alguno de estos casos.

Griswold se agitó en su sillón de alto respaldo y nos atravesó, o poco menos, con la mirada de sus ojos azules.

—No dirían nada —murmuró con voz profunda—, pues a menudo la he consultado en casos en que me pareció aconsejable.

—¿En serio? —pregunté con aire de triunfo—. Entonces admites que no puedes hacerlo todo.

—Jamás dije lo contrario —dijo Griswold con orgullo—, pero en general le resulto más útil a la policía que ella a mí. Hay un caso muy ilustrativo ocurrido no hace muchos años aunque no estoy seguro de que quieran que lo cuente.

—La verdad es que no —comentó Baranov—, pero ¿cómo impedirte que hables?

—Bien —dijo Griswold—. Ya que insisten, se los contaré.

Las noticias circulan, claro [dijo Griswold]. Se dice, por ejemplo, que soy un recurso de consulta en casos extremos. Por lo tanto cuando las cosas parecen insolubles y la gente se resiste a acudir a la policía y no puede pagar los servicios de un detective particular, suele recurrir a mí.

Por intermedio de una serie de personas cuya lista sería demasiado larga y aburrida, en una ocasión acudió a consultarme una señora Harkness, que se sentó frente a mí con la cara hinchada por el llanto y sin dejar de retorcer el pañuelo con los dedos.

El problema se refería a su hija, de quien no sabía nada desde hacía un año.

—¿Por qué acude a verme ahora, señora Harkness? —le pregunté.

—No caí en la cuenta de que se había ido. Había viajado a Europa, sabe, y...

—¿Qué edad tenía? —me apresuré a preguntar. La señora Harkness era una mujer baja y regordeta, obviamente de edad madura.

—Veintiocho años —respondió—. Bien, ahora tiene más de veintinueve. Treinta, cumplidos el mes pasado... si... si acaso está aún viva —De repente la señora Harkness se sintió tan acongojada que no pudo continuar. Esperé.

—Como le decía —prosiguió la señora Harkness—, tenía veintiocho años cuando la vi por última vez. Era una mujer adulta que se bastaba a sí misma como ilustradora de temas médicos. Hacía cinco años que vivía sola y tenía planes de viajar a Europa, según me dijo, en parte por razones de trabajo y en parte para pasear un poco. Me advirtió que quizá no tendría oportunidad de escribirme.

»Lo comprendí, desde luego. Nunca le gustó mucho escribir ni comunicarse, pero era muy independiente y capaz de cuidarse a sí misma, desde el punto de vista económico y desde otros también. No creí que tuviera motivos para preocuparme.

»Sin embargo, me dijo que no pensaba estar ausente más de dos o tres meses. Cuando transcurrió más de un año sin que tuviese ninguna noticia de ella, le escribí a su dirección en Filadelfia, donde reside, y me devolvieron la carta. Llamé al edificio de departamentos donde vivía y resultó que no había subalquilado su departamento sino que se había mudado después de guardar los muebles en un depósito. Fui a Filadelfia y localicé el depósito. Nunca había vuelto a retirar los muebles y la cuenta alcanzaba ya una suma importante.

»Sentí verdadero pánico. Sospechaba que estaba todavía en Europa y llamé a varias líneas aéreas con la esperanza de encontrar alguna punta del ovillo que me llevase hasta ella, pero no había ningún dato de que hubiese utilizado ninguna. En definitiva, creo que no se fue a Europa.

Desde el principio no era este evidentemente su plan o bien algo le impidió viajar. Ha desaparecido, ni más ni menos, de la faz de la tierra.

—Eso es mucho más difícil de hacer de lo que usted cree, señora —dije—. ¿Se le ocurre algún motivo por el cual haya deseado desaparecer?

—No —dijo la señora Harkness, muy agitada.

—¿Era casada?

—No, pero había uno o dos hombres en su vida. Después de todo, era muy bonita, quince centímetros más alta que yo y muy esbelta. Salía a la familia de su padre.

—¿Podría haber estado embarazada?

La señora Harkness resopló de desdén.

—Desde luego que no. Era una persona muy metódica y sistemática. Aún antes de irse a vivir sola tomaba la píldora y tenía un diafragma. No era de las mujeres que corren riesgos.

—Los accidentes suelen suceder incluso a quienes no corren riesgos...

La señora Harkness declaró con voz cortante:

—No, si no hubiese deseado un hijo, se habría sometido a un aborto. No es como hace cincuenta años. Hoy en día a nadie le preocupa mucho la ilegitimidad ni el embarazo. Decididamente no son motivos para desaparecer.

—Tiene razón, señora —admití—. Perdone a un viejo que no está con los tiempos... Le pediré, entonces, que me describa a su hija. Hábleme de sus hábitos y educación, de cualquier cosa que pueda señalarme algún camino para identificarla, incluidos los nombres de sus dentistas y médicos, si los conoce, aunque la hayan tratado hace años.

La señora Harkness lloró otra vez.

—¿Cree usted que está muerta?

—En absoluto —dije con el mayor tacto posible—. Sencillamente, quiero obtener tantos datos como pueda para cubrir todas las eventualidades. Por ejemplo, querría algunas fotografías, si las tiene.

Le llevó algún tiempo reunir toda la información solicitada y luego me despedí de ella.

Y acudí a la policía. Tuve que hacerlo. Tenía archivadas las desapariciones y lo que es

más, todo computarizado.

El jefe de Personas Desaparecidas me debía un favor. Varios, en realidad. Ello no quiere decir que estuviera encantado de tener que dedicarme parte de su tiempo, pero de todos modos, me lo dedicó.

—Filadelfia —dijo— y aproximadamente en marzo del año pasado. Un metro setenta y cuatro... —Murmuró luego otros elementos de la descripción mientras tecleaba sobre la computadora. Le llevó menos de un minuto. Levantando la vista, dijo—: ¡Nada!

—¿Cómo puede ser? —pregunté—. Es una persona. Es algo concreto. Existía.

El teniente murmuró algo.

—La desaparición en sí no significa nada. No entra en nuestros archivos a menos que alguien la denuncie. Los padres no lo hicieron hasta acudir a usted. Tampoco lo hizo ningún pariente, al parecer, ni amigo o amiga que tuviese bastante intimidad con ella para advertir que había desaparecido... o a quien le importase lo suficiente.

—¿Y los asesinatos no aclarados? ¿No apareció ningún cuerpo no identificado en la época en que desapareció ella?

—No hay muchas probabilidades —dijo Delaney—. Hoy en día es muy difícil que no identifiquemos un cuerpo, a menos que esté descuartizado y hayan ocultado partes esenciales o las hayan destruido. De todos modos, iré a averiguarlo. —Al cabo de un rato volvió para decirme—: Hay un solo cuerpo que podría responder a los datos dados. Era negra. Entiendo que la mujer que lo interesa no era negra.

—No.

—Mi idea es, entonces, que viajó en efecto a Europa. Las averiguaciones de la madre en las líneas aéreas no significan nada. La hija puede haber viajado bajo un nombre supuesto, por ejemplo, y estar todavía allá, o bien pudo haber muerto allá... En ninguno de los dos casos está dentro de nuestra jurisdicción. Tal vez la policía de Filadelfia...

Lo interrumpí.

—¿Por qué diablos iba a viajar con nombre supuesto?

—Podría haber estado implicada en un hecho criminal o... —En ese punto se interrumpió y luego exclamó—: ¡Vaya!

—¿Qué sucede ahora?

—Apareció alguien en esta ciudad por la época de la desaparición de la muchacha que le interesa. La misma talla, esbelta...

—¿Dónde está? ¿Quién es?

—No lo sé. También desapareció.

Saqué nuevamente las fotografías.

—¿Es ésta?

Delaney las miró brevemente.

—No puedo decírselo. No se dejaba ver. Llevaba peluca, anteojos oscuros, ropas holgadas. Es posible que haya sido miembro de una banda terrorista. Estábamos por atraparla cuando desapareció.

—No hay indicios —dije— de que la muchacha que estoy buscando tuviese intereses políticos o sociales que puedan haberla llevado a la actividad terrorista.

El teniente hizo un gesto desdeñoso.

—Lo único que sabe es lo que le dijo su madre y su madre no sabe nada de ella, desde hace años.

—¿Y qué sabe usted?

No escuchaba. Sus labios estaban muy apretados y cuando habló lo hizo como para sus adentros.

—El FBI está sobre la pista, después de que nuestra fuerza hizo todo el trabajo. Si conseguimos hacerlo antes que ellos puedan...

—Bien —dije, impaciente—. ¿Qué sabe?

Con un esfuerzo, volvió a prestarme atención.

—Revisamos minuciosamente su domicilio. No llegamos a tiempo para detenerla, pero cuando conocemos todos los objetos de los que se rodea una persona, no podemos dejar de saber muchísimo acerca de ella.

»Por ejemplo, tenemos aquí la imagen de una mujer intensamente femenina. Tenía un equipo impresionante de cosméticos, desde enjuague de color para el pelo, hasta barniz para las uñas de los pies. ¿Me creerá si le digo que tenía distinto barniz para las uñas de las manos y de

los pies?

Le señalé secamente:

—Quizá no sea tanto una cuestión de feminidad como de materiales para disfrazarse.

—Usaba papel higiénico floreado.

—¿Qué?

—Papel higiénico con diseños florales en cada hoja. ¿Es para disfrazarse ese papel? ¿O simplemente una muestra de feminidad? Además, era metódica. Tenía mucha cantidad de todo. De todo había reservas.

—Pero partió sin llevarse nada. ¿Por qué?

—Desesperación —dijo el teniente, muy serio—. Partió una hora antes de llegar nosotros. Seguramente. Seguramente le avisaron y cuando identifiquemos al informante le juro que batirá el récord de los arrepentidos. Pero por ahora, tendremos que pedirle a esa señora Harkness que haga una identificación.

—¿Sobre qué bases? —pregunté—. ¿Su lista de efectos personales?

—Por cierto. Según usted, la señora Harkness describió a su hija como femenina y metódica. Eso concuerda. Puede decirnos si su hija acostumbraba usar papel higiénico floreado y barniz para las uñas de los pies. Puede decirnos su marca de lápiz labial y de medias y si el color de ambos era el que su hija acostumbraba llevar. Si nos da las respuestas correctas, quizá yo tenga un nombre, una cara y una historia médica para adjudicar a la terrorista y con eso tendré un buen tanto de ventaja sobre el FBI.

Estaba estudiando la lista de todos sus efectos personales, ropa de todas clases, cosméticos, chucherías, toallas, champús, jabón, conservas, cubiertos, elementos de farmacia para dolor de cabeza e infecciones menores, peines, palitos con puntas de algodón, enjuagues bucales, píldoras de diversos orígenes legítimos, alimentos de diversas clases en la heladera, libros enumerados por nombre y título. Era obvio que no se había omitido nada. Fósforos de cocina, escarbadientes, seda dental. Unas botellas de vino, pero ningún elemento para fumar, dicho sea de paso, aunque en verdad la joven señorita Harkness no fumaba, según su madre.

Aparté la lista, y dije:

—Teniente quiero evitarle una situación embarazosa que puede costarle la carrera frente al FBI. Su supuesta terrorista no es la hija de mi cliente.

—¡No! ¿Y puede deducir esto de la lista de sus efectos personales?

—Exactamente. Estamos hablando de dos mujeres distintas.

Tenía razón, desde luego. Mediante mi información, el teniente condujo al FBI por el camino correcto, en lugar del errado y lo elogiaron en lugar de burlarse de él. Es posible que yo haya consultado a la policía, como ustedes ven, pero terminaron debiéndome un servicio más. Atraparon a la terrorista en menos de tres días y no era la señorita Harkness.

Griswold bebió rápidamente un sorbo de su vaso de whisky con soda y luego de enjugarse el bigote con un pañuelo que era apenas menos blanco que dicho bigote, adoptó una expresión satisfecha.

(#)

—Vamos, Griswold —le dijo Jennings—. Nosotros no sacamos nada en limpio, como bien sabes.

—¿Sí? —dijo Griswold, fingiendo asombro—. Les dije, creo que la hija de la señora Harkness no tenía más de treinta años y que era sexualmente activa, ¿no? ¿No recité una serie de artículos en la lista de efectos personales de la terrorista y no había allí una omisión de gran importancia?

—¿Qué omisión? —quiso saber Jennings.

—La terrorista parecía ser femenina y metódica, pero en la lista de sus efectos personales no estaba incluido nada que se pareciese a tapones de protección interna o toallas higiénicas. Ninguna mujer de treinta años con un carácter metódico como el de la señorita Harkness podría haber vivido nunca sin contar con una amplia provisión de estos artículos. El hecho de que la terrorista no tuviera ninguna de esas cosas era prueba suficiente de que probablemente había pasado ya la menopausia, de que tenía más de cincuenta años... lo cual resultó ser cierto.

—Entonces, ¿cuál fue la historia de la señorita Harkness? ¿La encontraste? —pregunté.

Con gran dignidad, Griswold respondió:

—Esa es otra historia.

ENVÍO DE UNA SEÑAL

—¿Han notado ustedes —dijo Baranov, levantando la vista del diario— que hoy todo el mundo manda señales? Nadie dice nada. Todo son señales.

Jennings, que sorbía su martini seco con aire lánguido, comentó:

—Es parte de la mentalidad de novela de suspenso. Nos invaden los relatos de espionaje e intriga y resulta imposible para nosotros rebajarnos a la simple comunicación. Todo está en código.

—Todo está desviado —dije—. Vivimos en un mundo de relaciones públicas y nadie quiere arruinar su imagen. Comenzó con Wallace durante su primera campaña presidencial. Pidió a los votantes que "enviasen una señal" a Washington. En otras palabras, si votaban por Wallace enviarían una tácita señal en el sentido de que estaban en favor de la supremacía de los blancos sin que hubiese sido necesario expresar en palabras concretas ese punto de vista horroroso.

Griswold, inusitadamente apacible hasta ese momento y sin haber roncado siquiera, nos miró fijamente como si jamás se hubiese quedado dormido.

—Sin duda alguno de ustedes debe vivir en el mundo de la realidad. Todo lo que decimos, todo lo que hacemos, cualquier movimiento de un músculo, cualquier desliz al hablar es una señal de algún tipo y siempre lo fue. No creo que piensen que nos comunicamos exclusivamente mediante el lenguaje formal, ¿no? El hombre sabio debe aprender a interpretarlo todo.

—Por sabio —dije con tono sardónico— te refieres, desde luego, a ti.

—Con toda seguridad no me refería a ninguno de ustedes tres —replicó Griswold—. Recuerdo algo que viene al caso...

Era el año 1966 [dijo Griswold] y el Departamento estaba recargado de trabajo. Me llamó el jefe, hecho que en sí, ya que hablamos de señales, era una señal de la desesperación del Departamento, pues nunca recurrían a mí sino como último recurso. Solían decir que no era confiable, con lo cual querían significar que no estaba de acuerdo con ellos casi nunca -cosa muy grave- que vocalizaba mi desacuerdo -que era lo peor-; y que, en general, en definitiva, tenía

razón lo cual era por cierto, lo peor de todo.

En ese momento, no obstante, el jefe estaba dispuesto a consultarme. En ese momento, como ustedes recordarán, había una crisis de creciente gravedad en el Medio Oriente y los Estados Unidos decían desplegar grandes precauciones en su apoyo a Israel. Hasta entonces no dependíamos todavía del petróleo del Medio Oriente, pero estábamos al borde de hacerlo. Y al parecer no debíamos confiar en uno de nuestros agentes. Los estados árabes tenían por lo visto acceso directo a nuestras decisiones políticas y el Departamento sabía que los árabes habían ubicado a uno de sus propios agentes entre nosotros o comprado a uno de nuestros propios hombres. Hasta tenía el nombre de código del agente, se tratase de uno plantado en nuestro medio o bien de uno de los nuestros. Era "Granito" y los árabes usaban la palabra en idioma inglés.

—¿Cómo lo descubrieron? —pregunté. El jefe sonrió de mala gana.

—Por el momento, no es esencial que usted lo sepa. Acéptela tal como se la doy.

Sin duda un nombre en código tiene utilidad en el sentido de que el sector que utiliza al agente sabe con quien está tratando mientras que el otro no lo sabe. El otro sector no puede traducir el nombre en código al nombre real. Pero como en cualquier código, hay posibilidades de descubrirlo.

El jefe manifestó:

—Por el carácter de la información que según sabemos se ha filtrado, la sospecha recae en cinco de nuestros agentes. Sería útil que pudiésemos tener una idea razonable de cuál de ellos puede ser el culpable, y con la mayor rapidez posible. Desde luego podríamos separar a los cinco, pero si lo hacemos, perderemos a cuatro buenos agentes y si lo hacemos por mucho tiempo, mancharemos la reputación de cuatro funcionarios sin justificativo alguno y les provocaremos daños que nunca será posible reparar.

—¿Conozco a esos agentes?

El jefe reflexionó un instante.

—Probablemente, no —respondió—. Le recuerdo que usted no trabaja muy cerca de nosotros. Le daré sus nombres y le contaré algo sobre cada uno de ellos.

—Buena idea —dije con ironía—. Es difícil llegar a una decisión sobre la base de una falta total de datos... Incluso en mi caso.

El jefe se ruborizó, pero dejó pasar el comentario.

—El primero de los agentes es Saul Stein. Padre, Abraham Stein. Nombre de soltera de la madre, Sarah Levy. Nombre de soltera de su mujer, Jessica Travers. Nacido en Nueva York en 1934. Concurrió a la Universidad de Nueva York. Especializado en estudios semíticos. Habla el árabe y el hebreo con gran fluidez.

—Supongo que es judío —comenté.

—Sí.

—Entonces, ¿no parece ridículo que pueda estar trabajando en secreto contra Israel?

—No es necesariamente ridículo —dijo el jefe—. No todos los judíos son sionistas. Y cómo sabemos si es judío, dicho sea de paso, cuando bien puede haberse inventado una identidad falsa... Es algo que estamos investigando, pero debemos movernos con cuidado. La sospecha injustificada es precisamente lo que deseamos evitar... si es posible.

—¿Está circuncidado?

—Sí. Pero también lo están los musulmanes. Y millones de cristianos. Tiene un conocimiento profundo del judaísmo y es practicante religioso pero todo ello podría ser un disfraz.

—Su mujer no tiene un apellido ostensiblemente judío. ¿Es gentil?

—Por nacimiento. Se convirtió al judaísmo al casarse. Todo parece demasiado perfecto, ahora que me detengo a pensarlo.

Murmuré algo, sin comprometer una opinión.

—¿Quién sigue? —pregunté.

—Es una mujer. Roberta Ann Mowery. Padre, Jason Mowery, diputado durante dos períodos en la década del cuarenta. Madre, Betty Benjamin. Marido, Daniel Domenico. Nacida en Fairfax, Virginia, en 1938. Estudió en Radcliffe y se especializó en economía. Es una mujer bastante enérgica.

—¿Es judía su madre? ¿Betty Benjamin?

—No es judía. Metodista. También es metodista la señorita Mowery.

—Conque usa apellido de soltera.

—Tiene derecho legal. Se casó con la condición de seguir usándolo.

—¿Podría tener motivos para cometer una traición? ¿Qué actuación tuvo su padre como diputado?

—Enteramente limpia. Recto. Con todo, Mowery es una de esas mujeres que está convencida de que existe prejuicio contra ella por ser mujer y que este prejuicio la perjudica en todo momento...

—Existe el prejuicio, ¿no?

El jefe carraspeó.

—No tanto como ella imagina. En realidad se debe a su personalidad. Es rígida, autoritaria y nadie la quiere, pero es una agente extraordinaria, de modo que la conservamos. Con todo, su resentimiento puede inducirla a vengarse. Podría ser ese tipo de mujer.

—¿Número tres?

—John Wesley Thorndyke. También metodista, como puede adivinar por su nombre. Su padre es un predicador metodista, Richard Arnold Thorndyke. Nombre de soltera de su madre, Patricia Jane Burroughs. Thorndyke nació en Olympia, estado de Washington, en 1931. Concurrió a la Universidad de Washington. Se especializó en filosofía y durante un tiempo, jugó con la idea de ser pastor. Sumamente religioso y profundamente interesado en lo que llama la "Tierra Santa". No es uno de nuestros agentes más brillantes, pero tiene coraje y es altamente confiable.

—¿Tan confiable es que ustedes consideran imposible que sea un doble agente?

—Nadie es nunca confiable hasta ese punto. Supongamos que su profundo sentimiento religioso lo lleve a creer que es una herejía que la Tierra Santa esté en manos judías.

—¿Sería mejor que estuviese en manos musulmanas?

—Posiblemente querría que la región se desestabilizase al punto de que sea necesario colocarla bajo un cuerpo internacional que represente las tres religiones para las que el lugar es sagrado. Tenemos, en realidad, un informe en el que se afirma que así lo dijo en una oportunidad, expresándolo como un ideal más bien que como una posibilidad práctica. Pero... ¿Quién sabe? Como doble agente, puede considerar que está trabajando por la consecución de ese ideal.

—¿Y el número cuatro?

—Es Leigh Garrett, hijo. Padre del mismo nombre, como es obvio. Nombre de soltera de la madre, Josephine O'Connell. Nació en Concord, New Hampshire en 1925 y concurrió a la

Universidad de Dartmouth, diplomándose como químico. Trabaja en el sector científico con nosotros. Su familia es católica, pero él mismo no es practicante.

—¿Algún motivo para sospechar de él?

—Pues bien. Es sumamente conservador y si no pertenece al grupo nacionalista llamado "John Birch", decididamente les muestra simpatía.

—Personalmente —dije muy serio— no creo que esto moleste mucho al Departamento.

Sin inmutarse, el jefe dijo:

—Siempre que no afecte su trabajo, aunque le diré que no aprobamos los extremos de ninguna clase. El elemento emocional no resulta positivo en nuestro trabajo. Hay motivos para sospechar que Garrett es antisemita, por ejemplo.

—No es ninguna originalidad...

—Sin duda, pero la cuestión es... ¿Es bastante antisemita como para desear la destrucción de Israel cumplida por otro grupo de semitas, los árabes, aun cuando la política del Departamento es hacer todo lo posible por asegurar la existencia de Israel? No podemos estar seguros en cuánto a eso.

—Hábleme, entonces, del número cinco.

—El quinto es un hombre mayor, Jeremiah Miller. Nació en 1908 en Minneapolis y estudió en la Universidad de Colorado, donde se especializó en literatura inglesa. Intentó escribir, pero no llegó muy lejos y se incorporó al Departamento antes de la Segunda Guerra Mundial. Obtuvo licencia para pelear a último momento y salió de las fuerzas con antecedentes muy honorables. Lo hirieron en Anzio. Sus padres murieron y es soltero. Es protestante, de la secta episcopal y practica su religión.

—Hace cerca de treinta años que entró en el Departamento —dije— y arriesgó su vida luchando. ¿No puede eliminarlo como sospechoso?

—No, no podemos eliminarlo. Carece del empuje necesario para progresar y ha visto cómo una cantidad de hombres más jóvenes han pasado a puestos superiores al suyo. En realidad, estábamos pensando en hacerlo jubilarse antes y acordarle media pensión. Él lo sabe.

—¿Está resentido?

—¿Usted no lo estaría? Sus padres murieron. No tiene hermanos. Ni mujer. Está solo en el mundo y no hay nada que lo distraiga de la amargura que pueda sentir. Además, existe el

problema del dinero. No gana mucho. Su pensión sería aun menor. Es demasiado viejo para comenzar nada. Es bastante probable que hayan podido comprarlo.

Después de cavilar unos instantes, el jefe prosiguió:

—Allí está la dificultad, como ve. Cada uno de los cinco tiene un motivo. Un motivo diferente en cada caso. No hay manera de determinar cuál de ellos tiene más peso ni cuál ha podido traducirse en acción concreta. Tenemos que descubrir algo y tiene que ser ya. Las cosas se mueven con mucha velocidad en el Medio Oriente y en cuestión de días tendremos que eliminar a los cinco a menos que podamos identificar a uno de ellos.

—Y esa tarea me corresponde a mí, ¿eh?

—Sí puede hacerlo. Estudie esos motivos y dígame cuál de ellos puede dar origen a un doble agente. Puedo facilitarle todos los datos con que contamos sobre los cinco...

—No es necesario —dije—. Creo que me ha dado ya toda la información que deseo.

—¿En serio? —El jefe parecía estupefacto.

—No puedo tenerla certeza absoluta, claro está, pero calculo las probabilidades en seis contra una de que he identificado al hombre.

—Quiere decir que uno de los motivos...

—Dejemos los motivos. Se ha preocupado tanto por practicar el psicoanálisis que no se ha detenido a contemplar los hechos más simples.

La verdad es que yo estaba en lo cierto. El resultado fue que le tocó a Israel sorprender a las naciones árabes en la Guerra de los Seis Días, en lugar de lo contrario.

(#)

Jennings, Baranov y yo nos quedamos mirándonos.

—Estás bromeando, Griswold —le dije belicoso—. No tenías manera de elegir entre los cinco y lo sabes.

Griswold adoptó expresión de sorpresa.

—¿No lo ven? Sin duda saben que un nombre en código para un agente no tiene ninguna utilidad cuando proporciona el menor indicio de la identidad del agente. Ninguno de los agentes aceptaría un nombre que lo delatase. En otros términos, si uno de nuestros agentes es conocido por el enemigo como "Granito" la señal que nos envía es que nuestro agente no tiene nada que

ver ni siquiera indirectamente con el granito. Esto es en efecto lo que yo llamo el "envío de una señal".

Sabemos, por ejemplo, que el agente en cuestión no puede ser de ninguna manera alguien nacido en New Hampshire, al que llamamos el "Estado de Granito" y eso elimina a Leigh Garrett, hijo. También elimina a Saul Stein, ya que Stein es el término alemán para "piedra", lo cual se aproxima demasiado abiertamente al granito para que sea un buen nombre en código para este último.

—Entonces tiene que haber sido el candidato a jubilarse —dijo Baranov—. Allí no hay relación con "granito".

Griswold arqueó las cejas.

—Yo les dije que había estudiado en la Universidad de Colorado que está ubicada, como recordarán, en la ciudad de Boulder, o sea "roca".

—La mujer... —comenzó a decir Jennings. Pero Griswold lo interrumpió.

—Era una feminista que insistía categóricamente en usar su nombre de soltera. Las mujeres como ella reciben popularmente apodos que recuerdan a otras que provocaron el asombro de los Estados Unidos del siglo diecinueve por retener su nombre de soltera. Se trata aquí de Lucy Stoner y Roberta Ann Mowery era obviamente una Lucy Stoner. Queda entonces John Wesley Thorndyke, hijo, el culpable. ¡La lógica es la lógica!

LA PIEZA FAVORITA

No es correcto -no se hace- cantar en la biblioteca de nuestro club. Lo reconozco. Lo que ocurría es que la noche anterior había asistido a uno de nuestros encuentros sobre temas musicales de Gilbert y Sullivan y tenía la cabeza llena de canciones como siempre. Por eso entré muy alegre, saludando con la mano a los otros y entonando, no muy fuerte, diré: "Cuando el viento de la noche presta alas a mi coche y el murciélago en la luna vuela ya..." con mi resonante voz de barítono.

La expresión de Jennings y de Baranov era estoica, pero Griswold abrió los ojos y preguntó con el tono más desagradable posible.

—Bien. ¿Qué es ese espantoso ruido?

Callé de inmediato y dije:

—No es un ruido. Es un fenómeno que me encanta y que llamo música.

—Sospecho que también te gustará llamarte apuesto, pero nunca lograrás el consenso general en ninguno de los dos casos.

—Lo que te pasa a ti —dije con cierta vehemencia, admito— es que careces totalmente de oído.

—Que tenga oído o no —dijo Griswold— no altera el hecho de que por respeto a la memoria de Sir Arthur Sullivan estás inhibido de estropearle su obra.

Inesperadamente, dijo Baranov:

—No me digas que tú también eres admirador de las operetas de Gilbert y Sullivan, Griswold.

—La verdad es que no, pero una vez...

Griswold se detuvo para beber y los demás esperamos. Sabíamos que nada lo haría callar.

Existen en el mundo individuos tales como los asesinos a sueldo [dijo Griswold]. Son

difíciles de manejar, porque trabajan con destreza profesional y no hay manera de relacionar a la víctima con el asesino desde el punto de vista de los móviles. Es muy grande el número de crímenes de este tipo que quedan sin resolver y la policía suele sentirse particularmente frustrada ante su fracaso. La irrita en especial encontrarse en la pista de uno y carecer de ese pequeño último elemento que les permita evitar un asesinato o bien atrapar a un asesino.

Es en circunstancias como ésta cuando se les ocurre llamarme. Por alguna razón, suponen que aun cuando todo los demás fracasen, yo triunfaré. Soy la imagen de la modestia, como saben, pero sin duda los hechos hablan por sí mismos.

El capitán me dijo:

—Hemos hecho grandes progresos, Griswold. Estamos sobre la pista de un grupo muy listo y muy bien pagado de asesinos, pero no hemos logrado llegar al punto de poderlos poner contra la pared delante de un juez y un jurado. Ahora tenemos la oportunidad de sorprender a uno que está apunto de entrar en acción, siempre que nos movamos con rapidez... y que sepamos exactamente qué hacer.

—Supongamos que me cuenta todo lo que sabe.

El capitán carraspeó.

—Mantenemos a estos asesinos a sueldo bajo vigilancia, sabe, dentro de lo posible. Pero tenemos que tener mucho cuidado porque no queremos que lo adviertan y, dadas las condiciones reinantes hoy en día, tenemos recursos limitados y es mucho lo que desearíamos hacer sin tener cómo.

—Doy por sobreentendido todo eso —dije—. ¿Qué sabe usted?

—Solo unos pocos fragmentos de diálogo.

—¿Obtenidos cómo?

—No viene al caso. No podemos presentarlos a la corte, pero son auténticos.

Me encogí de hombros y dije:

—Prosiga.

—Llegó uno de estos personajes diciendo, o mejor dicho, entonando "Un día pasará que encuentren a una víctima... y tengo la listita. Y tengo la listita". El segundo hombre preguntó: "¿Ah, sí?" y el primero le contestó: "Y la pieza favorita. Y la pieza favorita". Desgraciadamente no hay nada más. Sólo eso.

—Y ellos se pusieron fuera del alcance del micrófono oculto, ¿no? ¿O lo encontraron?

El capitán hizo un ruido ronco desde el fondo de la garganta.

—Veo que el primero estaba cantando un trozo de opereta de Gilbert y Sullivan.

—Me dicen que es de El Mikado. No estoy muy familiarizado con ese tipo de música.

—Los asesinos parecen tener cierta cultura de clase media.

—No son el tipo del asesino común —dijo el capitán—. Pero son igualmente eficientes.

—¿Les ha sido de alguna utilidad ese fragmento de diálogo?

—¡Hasta cierto punto! Descubrimos su modus operandi. Por lo menos hay dos asesinatos que creemos poder relacionar con ellos, cada uno registrado durante una función teatral del género en el que se oyen esporádicos aplausos y en los que estos aplausos se producen, indefectiblemente en determinados puntos.

—Prosiga.

—Nadie repara en un desconocido durante los aplausos. Todos están concentrados en el escenario, donde los ejecutantes o los actores sonríen haciendo reverencias y muecas. Si entra alguien y ocupa un asiento durante una de estos estallidos de aplausos y se retira cuando se produce el siguiente, nadie, absolutamente nadie, lo ve. Nadie es capaz de describirlo.

—¿Y la gente a quienes les pisa los pies al pasar?

—La platea vacía está en punta de fila. La víctima ocupa la segunda del pasillo. El asesino se sienta junto a la víctima. Durante los aplausos siguientes, el asesino se ubica un pequeño disparador de flechas contra las costillas, lo dispara y se retira. La víctima apenas lo siente, estoy seguro, pero la flecha está envenenada y en tres minutos se produce la muerte. Se inclina hacia adelante y nadie sabe que se ha muerto hasta que termina la función y el hombre no se levanta. Sabemos que alguien estuvo sentado junto a él en algún momento de la función, pero no tenemos testigos que sean de la menor utilidad.

—Muy inteligente, pero sin duda ustedes pueden establecer quién lo planeó. ¿Quién compró la entrada de la víctima y entregó una adyacente al asesino?

—La víctima la adquiere personalmente, dos plateas sobre el pasillo, solo que su mujer no va. Sufre un dolor de cabeza terrible. El hombre entrega la segunda entrada al taquillero y dice que espera a otra persona más tarde. La mujer no llega, pero el asesino, sí.

—Me suena como si la mujer hubiese contratado al asesino.

—Tenemos que probarlo —dijo el capitán—. Supongamos que esperamos que llegue alguien en mitad de la representación y ocupe la platea del extremo de la fila. Si tenemos una mujer policía disfrazada de vieja inválida en una silla de ruedas, podemos entonces moverla por el pasillo hasta la platea del extremo de la fila que está dos filas detrás de la del hombre. El hombre estará mirando al frente porque no quiere volver la cabeza en ninguna dirección para que alguien lo vea mejor, de modo que no verá a nuestra mujer policía. Las sillas de ruedas colocadas en el pasillo no dejan de ser frecuentes hoy, cuando se aboga por derechos iguales para los discapacitados.

»Entonces, en el instante anterior al comienzo del aplauso esperado, la mujer moverá su silla de ruedas hacia adelante hasta colocarla junto a la platea del asesino. Si el hombre es el asesino, extraerá su disparador de flechas, pero ella le pondrá un arma de verdad contra las costillas y otros dos policías lo cercarán. Lo tendremos a nuestra merced y le arrancaremos toda la información que podamos sobre el resto de la gente implicada en la organización. Para eso existe la negociación por proporcionar datos a la policía.

—Me suena muy bien. Vayan y hagan todo esto.

—No puedo —se quejó el capitán—. No sé quién es la posible víctima y por lo tanto no puedo localizarla. No sé cuál es la función donde tendrá lugar ni en qué momento entrará el asesino o se retirará.

—Puesto que usted me describió esos fragmentos de diálogo oídos y al parecer cree que son auténticos, yo diría que la función que buscamos es El Mikado.

—Hasta a mí se me ocurrió, pero no es. Bien, déjeme explicarle lo que hemos hecho.

El capitán se echó hacia atrás en su asiento y me miró de mal talante.

—Para empezar, tenemos motivos para creer que el asesinato tendría lugar en este mes y en algún punto de esta ciudad. No tenemos el ciento por ciento de certeza, pero sí el noventa y cinco... y no se anuncia la representación de El Mikado durante esta primavera en la ciudad ni en ninguna próxima.

»Pensamos entonces que podría tratarse de otra producción de Gilbert y Sullivan. Escribieron una docena de operetas, en las cuales, dicho sea de paso, me he vuelto un experto. Resulta que hay tres producciones este mes a cargo de tres grupos diferentes de aficionados: Iolanthe, Princess Ida y H.M.S. Pinafore.

—De modo que redujo las posibilidades a tres —observé.

—Sí. Pero, ¿cuál de las tres?

—Hay que estudiarlas todas.

El capitán apretó los dientes.

—Hay seis funciones de Iolanthe, cinco de Princess Ida y ocho de H.M.S. Pinafore. Diecinueve en total. ¿Cree usted que yo puedo dedicar una misma cantidad de mis hombres a despilfarrar todo ese tiempo?

—Impediré un asesinato.

—¿Y cuántos otros crímenes ocurrirán o quedarán impunes, por haber permitido que todos mis hombres estuviesen concentrados en esto? Existe ese factor que se llama efectividad y costo en la policía. De algún modo debo reducir el número de posibilidades. Por eso lo necesito.

—¿Usted me necesita a mí? ¿Qué puedo hacer?

—Decirme la pieza favorita.

—¿Qué?

—El hombre dijo, el hombre que canturreó "y tengo la listita" que era la pieza favorita. Supongo que se refiere a la pieza que puede provocar los aplausos más ruidosos y prolongados, lo cual tiene sentido, salvo que ¿cómo podemos decidir cuál es?

—¿Cómo puedo decírselo yo? —pregunté a mi vez—. No soy un fanático de Gilbert y Sullivan.

—Yo, tampoco. Pero hay un miembro del Departamento que tiene un amigo que sí es un fanático. Hablé con él.

—Muy bien.

—No sirvió para nada. En Iolanthe dice que hay un trío, "Corazón tímido nunca conquistó a una bella mujer" que a menudo hace detenerse la función. Pero también está el "Solo del Centinela", y la "Pesadilla del Canciller", y todo el final del primer acto. Dice que cada uno de estos números tiene sus adeptos. En el caso de Princess Ida están el trío, "Altiya, humilde, coqueta o libre" o bien "Una bella dama de alto linaje", sobre una princesa y un mono; y también la canción de Gama donde dice que es un filántropo. Dice que cualquiera de ellas podrían ser... y en H.M.S. Pinafore, enumeró una docena de temas, se lo juro. "Me llaman Rariunculita", "Cuando era un Joven", "Soy capitán del Pinafore", "No importa el porqué ni el cómo" y otras. Terminó diciendo que no había manera de elegir una pieza favorita porque cada uno tiene su tema predilecto y todos ellos son espléndidos.

—La cosa se presenta mal —comenté.

—Pero estuve pensando. La persona a quien oyeron cantar no dijo "Mi pieza favorita" sino "La pieza favorita" como si no se tratase de una preferencia personal sino general. Reflexioné sobre ese punto y decidí que no es una cuestión de pensar en términos exclusivos de Gilbert y Sullivan. Hay algún truco en esto y lo mejor que podía hacer era consultar a Griswold. Dígame que se le ocurre algo, por favor.

Nunca le había visto una expresión tan suplicante en todos nuestros años de amistad.

—Entiendo que quiere que elija una pieza de una función teatral que será la que verá el asesino, todo basándome en ese pedacito de diálogo que oyeron ustedes.

—Sí. Se lo dije. Era correr un albur, elegir una probabilidad muy remota, pero no pude resistirme a sus ruegos y se dio el caso de que tuve razón.

(#)

Griswold terminó su bebida, con mirada astuta nos dijo a través de su bigote blanco:

—Como ven; puede que no tenga oído, pero soy capaz de comprender una pista musical.

Indignado, exclamé:

—No hay tal pista. Yo soy un experto en Gilbert y Sullivan, y puedo afirmar que no hay forma de decidir cuál es la pieza favorita en ninguna de las operetas.

—No la hay para ti —dijo Griswold con sarcasmo—, porque tú pensaste que "Tengo una listita" era una cita de El Mikado. ¿No podría haber sido más bien un juego de palabras? Supongamos que escribimos la palabra correspondiente a "lista" en inglés, o sea list, como LISZT. La palabra se pronuncia del mismo modo, pero ahora estamos refiriéndonos a Franz Liszt, el compositor húngaro que escribió una serie de piezas entre las cuales la favorita de todos es la "Rapsodia Húngara N° 2". Aquí no se habla de gustos personales. Es la favorita. En la Filarmónica, el programa de una noche determinada incluyó la "Rapsodia Húngara" de Liszt. Fue objeto de aplausos estruendosos, como siempre. Protegida por estos aplausos, la policía prendió al asesino, luego desbarató la banda de asesinos a sueldo, salvó al marido y consiguió que la mujer fuera a dar con sus huesos a la cárcel.

MEDIO FANTASMA

La mayoría de los debates durante las veladas de los martes en el club surgen de nuestra indignación moral. Al parecer aquella noche era Baranov el que estaba de turno.

—Hay unos ocho diputados —dijo— a los que están investigando por sospechas de que consumen cocaína que les es suministrada por una banda de empleados jóvenes del Congreso. Mira, me parece repugnante.

También a mí me parece repugnante, pero me sentía irritado y por ese motivo, dije:

—¿Por qué? ¿Cuántos diputados más viven borrachos la mitad del tiempo? ¿Cuántos más están embotados mentalmente por el humo de su tabaco? ¿Por qué hacer tanta diferencia entre diferentes adicciones?

—Ciertas adicciones —señaló Baranov— son ilegales, lo cual marca una diferencia, o por lo menos, debería marcarla en el caso de un diputado.

—¿Cuántos de ellos escamotean cifras al máximo cuando tienen que pagar sus réditos? También eso es ilegal.

Jennings me señaló con un dedo.

—Ya está hablando Don Liberal. Si no prohíben el tabaco por el hecho de que él no fume, bien podrían permitir el consumo de cocaína.

Con tono glacial, respondí:

—Da la casualidad de que tampoco soy cocainómano. Solo trato de decirles que la hipocresía no es una respuesta. O solucionamos los problemas sociales que dan lugar a la drogadicción, y en ella incluyo el tabaco y el alcohol, o será lo mismo que tratar eternamente de vaciar el océano con un colador.

El suave roncar de Griswold, pareció entrecortarse. Separó las piernas, que tenía cruzadas, parpadeó al mirarnos, pues era obvio que nos había oído a pesar de dormir como solía hacer siempre. Arte de magia, quizá...

—Los responsables del cumplimiento de la ley deben hacerla cumplir, sea útil o no — dijo—. Otros deben solucionar los problemas sociales.

—Y seguramente tú hiciste tu parte —dijo Jennings con sorna.

—Una que otra vez —respondió Griswold—. Cuando me pedían ayuda. Recuerdo que una vez intervine en el hecho una historia de fantasmas, en cierto modo, diré. O por lo menos, medio fantasma.

Mientras bebía pequeños sorbos de whisky con soda, adoptó una posición más confortable en su sillón. Nos dimos cuenta de que estaba por hacerse el dormido otra vez, pero un zapato de Jennings le golpeó suavemente un tobillo.

—No... —dijo Griswold con tono de ingenua sorpresa—. ¿Querían oír la historia?

No es muy frecuente que soliciten mi ayuda en casos policiales comunes [dijo Griswold], ni que los métodos habituales de encararlos sean los que prescribió el inventor Edison para ser un genio: noventa y nueve por ciento de traspiración y uno por ciento de inspiración.

Si por ejemplo, existe la sospecha de que en algún punto está operando una banda de narcotraficantes que está tan fuera de todo control que no es posible pretender que no existe el momento en que comienza al llegar a la escuela pública, por ejemplo, a las mismas seccionales policiales o al Congreso, como sospechamos en este momento las fuerzas legales se ponen en movimiento.

Gran cantidad de gente debe realizar una paciente y silenciosa labor cumpliendo tareas de seguimiento, investigación, selección de datos recogidos y demás... Trabajan sin horarios, privándose de su derecho al descanso y arriesgando el pellejo.

Lleva mucho tiempo y, de vez en cuando, se confisca una cantidad importante de heroína, cocaína u otra droga. Se arresta y aun se condena a unas cuantas personas implicadas en la operación y los diarios salen ganando con la divulgación de la noticia.

Las drogas confiscadas, cuando se las destruye eficazmente, nunca llegan a tocar la fisiología humana. Se saca de la circulación a los narcotraficantes por lo menos durante un tiempo. Aun así, siguen llegando drogas al mercado y siempre hay narcotraficantes que aparecen por alguna parte. Como ha dicho nuestro amigo, se parece bastante a tratar de vaciar el océano con un colador.

Y a veces -la mayor parte del tiempo- el resultado de los esfuerzos es menos que espectacular. Se confisca la droga en cantidades insignificantes, cuando se la confisca, y el majestuoso brazo de la ley debe apoyarse en los hombros de los miembros menores de la fuerza

policial o bien en los de los impotentes y desgraciados drogadictos, que son más víctimas que pecadores en realidad.

Sin embargo, como dije ya, mis amigos del departamento de policía tienen que continuar luchando, haciendo lo que pueden. Es su misión, y si vamos a asignar responsabilidades por las dificultades del mundo, sería justo mostrarse indulgentes con ellos, por lo menos en la mayoría de los casos y la mayor parte del tiempo.

Pienso que a cualquier funcionario policial que dirige una investigación sobre drogas puede sucederle que un procedimiento al parecer de rutina se convierta de pronto en forma inesperada en un golpe importante. Aparece un elemento de juicio que puede, quizá, abrir el camino hacia los cuadros superiores del tráfico de drogas. Aparte de consideraciones de orden material -verse de pronto objeto de atención de los medios, ascensos, aumentos de salario- el funcionario en cuestión puede experimentar la satisfacción de asestar un golpe en favor de las fuerzas de la decencia y la vida civilizada.

En general, es el noventa y nueve por ciento de traspiración lo que lleva a la policía a esa etapa y es entonces cuando se pretende actuar con celeridad sin darle al enemigo la posibilidad de ocultarse ni de rodearse por una barrera protectora. Pueden requerir a veces ese uno por ciento de inspiración, y... si son inteligentes, es en ese momento cuando la policía acude a mí.

Fue precisamente eso lo que el teniente de policía hizo esa ocasión, hace unos veinte años. Era un viejo amigo mío y no tenía yo inconveniente alguno en ayudarlo si estaba en mis manos hacerlo.

—Griswold —dijo, levantando el pulgar y el índice arqueados para dejar un espacio de unos dos centímetros—, estoy a esta distancia de descubrir la pista de algo que puede llevarme a la arteria principal de la corriente de ingreso de drogas a esta ciudad.

—Excelente —comenté.

—Pero puedo no lograr cerrar este pequeño espacio. Me falta medio fantasma.

—¿Qué? —Por un instante creí que el teniente intentaba hacerme objeto de alguna broma, a pesar de que era notoriamente pobre en materia de humorismo.

—Tenemos una línea de investigación que nos ofrece casi la certeza de que podamos identificar a alguien que será el medio de información perfecto para llegar a la cumbre.

—¡Préndalo! —dije, pues me provocan impaciencia los rodeos en momentos en que es esencial una acción directa.

—No podemos —me dijo—. Sabemos sólo su apodo. Le llaman Medio Fantasma.

—No habla en serio.

—Según parece, se lo confirió él mismo y es el único dato que tenemos. En cuanto a nuestras probabilidades de identificarlo, yo diría que es más bien un fantasma entero.

—¿No tienen idea de dónde puede estar?

—Sí, la tenemos. Ciertas pruebas indirectas nos llevan a sospechar que es miembro de los Cintos Negros, una pandilla callejera.

—¿No hay probabilidad de que uno de ellos declare en favor de la policía, si se le ofrece el debido incentivo?

El teniente puso los ojos en blanco, como pidiendo al cielo que le diese paciencia para soportar mi tontería.

—¿Que hable uno de esos delincuentes juveniles? La regla principal en ese código de honor pervertido que tienen es no hablar. Además, para cuando lográsemos "ablandar" a uno de ellos, Medio Fantasma sabría que estamos detrás de él y desaparecería.

—Detenga a toda la pandilla.

—No podríamos mantenerlos detenidos. No estamos en un estado policial, por desgracia, creo. Y esto también alertaría al resto. ¿No hay alguna manera de que usted pueda decirnos quién es Medio Fantasma, con alguna probabilidad de que podamos sorprenderlo y conseguir que nos dé la información que necesitamos?

—¿Tiene usted algo de lo cual pueda yo partir? ¿Cualquier cosa? Ni siquiera yo puedo darle algo a cambio de nada.

—Sospechamos que Medio Fantasma tiene algo que ver con su nombre de pila. No me pregunte qué. Algún chiste privado, exclusivamente de él, sospecho. La dificultad es que tenemos los nombres de pila de los diez miembros de la pandilla, los que tienen edad y fuerza suficiente para ser Medio Fantasma, pero ni uno solo de ellos significa nada para nosotros que tenga relación con un fantasma.

—¿Cuáles son esos nombres?

—Aquí están, por orden alfabético.

Miré la lista: Alex, Barney, Dwayne, Gregory, Jimmy, Joshua, Lester, Norton, Roy, Simon.

Incrédulo, dije:

—¡No me diga que uno de ellos se llama Dwayne!

—Lo llaman en general Buggy. Cada uno de ellos tiene su apodo, pero a uno lo llaman además Medio Fantasma. ¿Cuál de ellos?

—Escuche —dije—. Si el apodo de uno de ellos fuese Rock, estaría bastante seguro de que proviene del nombre Simon. En arameico Simon quiere decir "roca", según la Biblia. Por eso al apóstol Simon se le dio el nombre de Petrus en latín, o Peter en inglés. La mayoría de la gente lo sabe. Pueden saberlo incluso esos delincuentes juveniles. Si el apodo fuese King o rey, yo apostaría por Roy, correspondiente a rey en francés. Si fuese Jericho, apostaría por Joshua.

—¿Por qué me dice todo esto? El apodo es Medio Fantasma.

—¿Está seguro? ¿No hay error?

—¿Quién puede estar ciento por ciento seguro? Digamos que lo estamos en un noventa por ciento.

—¿Está seguro de los Cintos Negros?

—Noventa por ciento, también.

—¿Está seguro de los nombres de pila?

—Ciento por ciento. Controlamos los certificados de nacimiento. Además, Griswold, tengo prisa. Lo necesito ahora. Vamos, estudie la lista.

Volví a mirarla.

—Decididamente no es nada que sea obvio.

—Si fuese obvio, ¿recurriría a usted?

—¿Sabe algo acerca de estos muchachos, aparte de sus nombres? ¿Antecedentes escolares?

—Todos fueron a la escuela... oficialmente. Cuánto tiempo asistieron, cuánto aprendieron..., supongo que saben leer más o menos. Pero están educados en la calle y no son nada tontos.

—¿No recibió alguno de ellos educación de verdad? Haber terminado estudios secundarios, por lo menos. Concurrido a la universidad, quizá. No me diga cuál. Dígame tan sólo si alguno fue universitario. Si uno de ellos es aficionado a la lectura y si se sabe que frecuenta alguna biblioteca... cualquier dato como ese.

El teniente se mostró sorprendido.

—En realidad, uno de ellos fue a la universidad. Concurrió a una de las universidades municipales antes de abandonar sus estudios. No tomé ese dato muy en serio. Hoy en día las universidades aceptan a cualquiera, ¿sabe? Sean cuáles sean sus antecedentes anteriores. ¿Quiere que revise otra vez su declaración?

—Tal vez no sea necesario. ¿Uno solo, dijo?

—Uno solo.

—¿Podría ser este? —pregunté, señalando uno de los nombres de la lista.

El teniente se quedó atónito.

—Sí. ¿Cómo diablos pudo haberlo deducido de esa lista? —preguntó por fin.

Se lo dije y añadí:

—¡Deténgalo!

El teniente así lo hizo y lo que siguió no fue quizá estricta y enteramente legal -ocurrió poco antes de hacer su aparición en la escena la Suprema Corte- pero consiguió dar su gran golpe. Hay que admitir que, en cierto sentido, esta es una historia de fantasmas.

(#)

Griswold bostezó, bebió un trago de su whisky y cerró los ojos, pero Baranov, que había copiado la lista de nombres cuando los dio Griswold, le dijo:

—Qué diablos, Griswold, en esta lista no hay nada que tenga que ver con un fantasma ni con la educación y no nos digas lo contrario.

Griswold esbozó su sonrisa desdeñosa.

—Un fantasma es un espectro, ¿no? Una aparición incorpórea. Bien, cuando Isaac Newton hizo pasar por primera vez la luz solar por un prisma, obtuvo un espectro de colores, una aparición inmaterial. Por ello lo llamó espectro, nombre que le damos todavía. Los que estudian física en la universidad o incluso en la escuela secundaria tienen que saberlo. Y si el muchacho tenía sentido del humor, cualidad de la que carecía el teniente, habría considerado el espectro como un fantasma.

El espectro está formado por una serie de colores y, como dije, esos colores están dispuestos en un orden determinado. En idioma inglés, para que los alumnos puedan recordar de

memoria esos colores en su orden correcto, suele dárseles una oración, como por ejemplo, Read Out Your Good Book in Verse, es decir, "Lee tu buen libro en verso". Las iniciales de cada palabra de esta oración representan los siete colores, es decir, Red, rojo; Orange, anaranjado; Yellow, amarillo; Green, verde; Blue, azul; Indigo, índigo y Violet, violeta. Aunque índigo no se incluye en general. Es un azul oscuro. Podemos representar entonces estos colores por sus iniciales y el espectro o fantasma es ROYGBY si omitimos el índigo. Las letras que componen la primera mitad de la sigla son ROY.

Si Roy era el único miembro de la pandilla con cierto nivel de educación, y si ROY representa, en cierto modo, medio espectro o fantasma, ¿qué otros datos hacen falta?

HABÍA UNA VEZ UNA JOVEN

Jennings permitió que su diario crujiere, cosa que no condecía mucho con la sombría magnificencia de la biblioteca de nuestro club, por lo cual el gesto constituyó una prueba de su indignación.

—Murieron cinco caballos en el último atentado del IRA en Londres —dijo—. Sabían que morirían esos caballos ¿Por qué tienen que pagar los caballos por las locuras de los hombres?

—Siempre pagaron —dijo Baranov tranquilamente—, desde que existe la caballería. ¿Sabes cuántos caballos murieron durante la carga de la Brigada Ligera?

Entonces tuve que intervenir:

—Mientras la humanidad se divida en grupos separados por triviales diferencias de cultura y considere que vale la pena morir por ellas...

Baranov me interrumpió, como suele hacer cada vez que trato de decir las cosas como son.

—Ha sucedido durante los cinco mil años de nuestra historia escrita. ¿Cómo lo impides?

Jennings hizo crujir el diario otra vez y murmuró:

—Israel en el Líbano, Irán en Iraq, rebeldes en el Salvador y en Honduras, terroristas en todas partes...

—Bastaría con tomar un concepto más decente de la que debe ser la humanidad, unir esfuerzos contra la ignorancia y la miseria —continué—, los verdaderos enemigos de...

—¿Y entre tanto?

Griswold que había estado tratando de cruzar las piernas, con cierta torpeza porque, parece, dormía profundamente, murmuró algo entre dientes y dijo:

—Entre tanto, se hace lo que se puede, actuando en cada caso según se presenta.

—Como lo has hecho tú, seguramente —dije, poniendo en mis palabras todo el sarcasmo que pude.

—A mi modesto entender, sí... de vez en cuando —dijo Griswold y, abriendo los ojos, me miró, con cara de pocos amigos.

El punto neurálgico que provoca más malestar al gobierno de los Estados Unidos es sin duda Irlanda del Norte [dijo Griswold]. Gran Bretaña es nuestro aliado más importante y, sin embargo, tenemos gran cantidad de ciudadanos de origen irlandés políticamente activos y con gran capacidad de expresar su punto de vista dentro de nuestras fronteras. Al gobierno le resulta casi imposible adoptar alguna medida de acercamiento a cualquiera de las partes sin ofender profundamente a la otra. Ni siquiera los deseos piadosos dejan de ofrecer peligros.

En consecuencia, si bien es sabido que el Ejército Republicano Irlandés, el IRA, obtiene buena parte de sus recursos y armas de los Estados Unidos, no hay nada que pueda hacer abiertamente nuestro gobierno. Sin duda Gran Bretaña lo sabe y extraoficialmente, expresa amargura frente al hecho. Por su parte, nuestro gobierno debe hacer todo lo que puede por disminuir esa ayuda, pero no puede hacerlo en forma abierta. Abierta, nunca.

El jefe del Departamento no tuvo necesidad de explicarme nada de esto cuando vino a visitarme una noche a mi casa después de la cena. Comprendí la situación.

—Hay una nueva ruta para el envío de armas —dijo— desde aquí hacia Irlanda y tenemos que acabar con ella. No podemos condonar el terrorismo por ninguna causa.

—¿Hay colaboración del gobierno de Irlanda?

—Abiertamente, no —respondió mi amigo.

Hice un gesto de asentimiento. Era fácil de comprender. Irlanda no quería que sus dificultades se desbordaran más allá de las fronteras entre el norte y el sur. Debía hacer lo posible para desarmar a los más exaltados miembros del IRA. Pero al mismo tiempo no podía hacerlo sin dar la impresión de estar aliándose a sus antiguos amos británicos para combatir a quienes luchaban por liberar la isla entera.

—Entiendo —dije— que no han logrado cerrar esta ruta y que solicitan mi ayuda.

Algo incómodo, el jefe dijo:

—Vine a mostrarle esto.

Me entregó entonces un papel en el que había cinco renglones reproducidos por una Xerox que decían:

Había una joven llamada

Alicia que decía:

Sin querer ser dura

diré que no aguanto a los palurdos de barrio, ni aun de Los Angeles, Houston ni Dallas.

Algunas de las letras eran ornamentales y estaban rodeadas por unos garabatos borrosos.

—No está mal—comenté—. Y supongo que el autor provenía del nordeste, o del centro del país.

—De Boston.

—Y expresaba su profundo desprecio por las grandes ciudades de la "Costa Dorada". Para él (o para ella), por muy dorada que sea, sus pobladores siguen siendo unos palurdos...

El jefe se encogió de hombros.

—Eso no tiene importancia, Griswold —dijo—. Lo importante es que esto fue escrito por uno de nuestros agentes, un joven que se infiltró en la red de contrabando de armas del IRA. Tenemos buenos motivos para creer que había descubierto los detalles de la ruta seguida por el tráfico.

—¿Hay algún motivo para no preguntárselo?

—Bastante bueno. Está muerto.

—En efecto, es un buen motivo, ¿Dónde encontraron esto?

—En su cuarto de hotel. Lo escribió la última noche de su vida. Tenemos la certeza de ello, así como una serie de elementos de evidencia circunstanciales que nos indican que debió de haberlo escrito durante una conferencia con la gente responsable de la ruta. Tres horas más tarde, mataron a nuestro agente en el cuarto que ocupaba en un sórdido hotel.

—Lo mató quizás algún intruso que no tiene nada que ver con el caso.

—Creemos que no, porque tampoco creemos en las coincidencias. El cuarto estaba en desorden y posiblemente obtuvieron buenos resultados porque, en el curso de nuestro propio allanamiento, no encontramos ningún indicio útil, excepto, tal vez, ese versito que acabo de mostrarle. El papel estaba doblado varias veces y metido debajo de la vieja bañera, uno de esos modelos con patas. Es posible que lo haya arrojado allí al advertir que sus amigos habían descubierto su identidad y golpeaban la puerta,

—¿Y con esto creyó que podría ayudarlos a ustedes? ¿Cómo?

—Era muy aficionado a hacer garabatos. Lo sabemos. Siempre se ponía a garabatear mientras observaba o escuchaba algo. Ni siquiera tenía conciencia de su hábito. Suponemos que, cuando hablaban de la ruta, se puede haber mencionado, digamos, "Alice de Dallas". Lo puede haber tentado la rima de ciertas palabras y escribió el versito.

Reflexioné algunos instantes.

—¿Alice de Dallas? ¿Para qué nos sirve? Dallas es, como reza el verso, una ciudad grande. Las Alicias que puede haber serán miles. Es un nombre bien común.

—Tiene razón —concedió el jefe—, pero no trabajamos completamente a ciegas, ¿sabe? Tenemos pistas independientes y también áreas sospechosas. Pudimos restringir muchísimo la zona de investigación cuando buscamos a Alice de Dallas. A pesar de lo cual... no encontramos nada. No apareció ninguna Alice en ningún lugar ni en ninguna situación que nos permitiera advertir de inmediato que estábamos con el ojo puesto sobre la ruta buscada ni mucho menos.

—¿Están seguros?

—Sí —dijo con firmeza.

—¿Está así completa la historia?

—No. Nuestro agente mencionó tres ciudades. Teníamos que considerar las otras dos.

—¿Los Angeles y Houston? Son más grandes aun que Dallas. Y ya que hablamos de todo esto ¿qué hay de Alice de Dallas, la estrella de esta brillante pieza poética?

—Puede que no se haya tratado de un indicio directo. Podría haberse aludido a Alice de Houston, digamos, y que el hombre haya pensado, al pasar: "Qué lástima, de haber dicho Alice de Dallas, habría rimado", con eso comenzó su versito.

—Habrán investigado bien Los Angeles y Houston, ¿no?

—Desde luego. Sucede que ninguna de esas dos ciudades es centro de apoyo al IRA, lo cual simplifica un poco el problema. De haberse tratado de Boston y Nueva York, habría sido mucho más complejo.

—¿Encontraron algo en Los Angeles o en Houston?

—Nada.

—Puede ser que el verso no quiera decir nada, entonces.

—No podemos creerlo. Nuestro agente lo arrojó debajo de la bañera. Sin duda consideró

que aunque hubiese escrito aquello sin pensar en otra cosa que garabatear algo al azar, tenía algún interés para nosotros. ¿Por qué no podemos descubrirlo?

—¿Hay algo en el dorso del papel? —pregunté.

—Nada.

—¿Señales de...?

—No hay tinta invisible, si es lo que quería decir. ¿Cómo diablos iba a escribir con tinta invisible sentado en una conferencia? Bien puede ser que, en esa ocasión sus garabatos hayan despertado sospechas contra él.

—¿Y los ornamentos alrededor de las letras y otras marcas en el papel? ¿Pueden significar algo?

—No encontramos nada. Mírelo otra vez, ¿quiere? —El jefe me acercó el papel.

—No —debí admitir. Seguidamente, dije—: Le diré que es muy posible que el garabato no quiera decir nada. Lo hizo por hacerlo en cualquier momento, lo encontró en el bolsillo al llegar al cuarto, lo dobló, lo arrojó al canasto de los papeles y no lo embocó. Rodó luego al cuarto de baño y no tiene significado alguno. ¿No es esto una posibilidad?

El jefe se mostró irritado.

—Claro que es posible, pero no podemos arriesgarnos. Cuando llegue una avalancha de armamento nuevo al IRA desde los Estados Unidos, Gran Bretaña empezará a meter presión, intensa, aunque silenciosa, sobre nuestro gobierno. Y nuestro gobierno, a su vez, ejercerá la misma presión, dura y no tan silenciosa sobre nosotros. No quiero sufrir golpes como cabeza de este Departamento y decididamente no quiero perder mi empleo por culpa de este asunto.

—¿Qué piensa hacer, entonces?

—Lo único que puedo hacer, por ahora, es investigar bien esas tres ciudades otra vez. En realidad, no hemos dejado de hacerlo ni de pasar las pruebas por un cedazo, pero necesito una pista. Tiene que haber alguna información en este papel que no alcanzamos a ver. Hay algo relativo a los palurdos de barrio, aunque sean de la gran ciudad, que tiene significado, pero no sé cuál puede ser. ¿Y usted?

Volví a estudiar el papel.

—¿Pretende que yo advierta de un vistazo lo que todo el Departamento no logró ver?

—¿Podrá?

—¿Serviría mencionar una cuarta ciudad? —pregunté.

—¿Qué quiere decir? —El jefe me miró con hostilidad y, arrebatándome el papel, procedió a mirarlo atentamente—. ¿Qué algunas de las letras de las palabras, si las combinamos, dan el nombre de una ciudad?

—Por lo que pude ver, no —respondí—. Es mucho más obvio.

—No comprendo en lo más mínimo.

Se lo expliqué. El jefe me miró, resopló y dijo:

—¡Absurdo!

—Como quiera —dije a mi vez—. Es todo lo que puedo sugerir.

Se retiró furioso y nunca me comunicó lo que había sucedido después. Desde luego, tampoco yo iba a darle el placer de preguntárselo. Pero por otra parte, tengo mis amigos en el Departamento y sé positivamente que en ese momento no pasó ningún cargamento de armas hacia Irlanda. Sospecho, pues, que la cuarta ciudad era en verdad la buscada, que alguien llamado "Alice" o tal vez cuyo nombre de código fuera "Alice" estaba destacado allí. Según supuse, había llegado al nudo del problema y desbaratado esa ruta. Hecho que no me sorprendió, por supuesto.

(#)

Griswold terminó de beber con una expresión insufrible de complacencia.

—¿Por qué los veo desconcertados? —preguntó.

—Desconcertados, no —dijo Baranov—. Divertidos, sí. Esta vez has dado realmente un salto al vacío.

—No hay ninguna cuarta ciudad en ese verso —dijo Jennings.

—Como sabes muy bien, Griswold —le dije.

—Nunca dije que se la mencionase. Solo pregunté al jefe si podría ser una cuarta ciudad.

—¿Qué cuarta ciudad? —pregunté. Griswold respondió:

—Lo que me mostraron no era un simple versito ni un disparate. Era un pequeño poema de determinada estructura, lo que llaman una quintilla limerick en inglés.

—Sí, los conozco —dijo Jennings—. Los conocemos todos.

—Limerick no es solamente el nombre de una forma poética. Es el nombre de una ciudad en Irlanda, un puerto importante del sudoeste, en la desembocadura del río Shannon. El nombre del poema deriva del nombre de esa ciudad, si bien los detalles son un tanto oscuros. Si el agente oyó hablar de alguien, Alice, que desempeñaba un papel importante en el tramo de la ruta que llegaba a la ciudad de Limerick, bien es posible que se le haya ocurrido escribir un versito de los llamados limerick acerca de Alice. Al parecer, es realmente eso lo que sucedió.

EPILOGO

Tenía la vaga sospecha de que cuando entregué "Había una Vez una Joven" y le dije a Eric que con ese había ya bastantes cuentos para formar una colección completa, suspiraría aliviado y diría:

"Gracias a Dios, dejarás de escribirlos para nosotros". Si lo hubiera dicho no voy a negar que me habría dolido un poco. Pero tampoco iba a tardar mucho en recuperarme. Después de todo, crear un nuevo episodio de Griswold durante la primera semana de cada mes no deja de ser una tarea. Y no es lo único que tengo entre manos.

Pero Eric no dijo tal cosa. Lo que dijo fue: "¡Qué bien!" Le pregunté entonces: "¿Están cansados de mis cuentos, Eric? ¿Quieres que deje de escribirlos?"

Él se mostró sorprendido y respondió: "Claro está que no. ¿Por qué? ¿Piensas dejar de escribirlos?"

¿Qué podía decirle? Tengo mi amor propio. "No, por supuesto que no", respondí. "¿Cansado? ¿De imaginar un nuevo enigma cada mes? No seas tonto. Con una docena o más de libros contratados para su publicación, ¿qué otra cosa tengo que hacer?"

Continuaré, pues, y dentro de dos años y medio, más o menos, suponiendo siempre que la tarea no me mate, tendré treinta enigmas más. Creí que tenía la obligación de no pillarlos desprevenidos.

ÍNDICE

EL CLUB DE LOS ENIGMAS.....	iError! Marcador no definido.
PRÓLOGO.....	2
NINGÚN REFUGIO PODRÍA SALVAR... ..	4
EL NÚMERO TELEFÓNICO.....	10
LOS HOMBRES QUE NO HABLARÍAN	16
UN DISPARO CERTERO	22
IRRESISTIBLE A LAS MUJERES	28
NO ERA ÉL.....	34
LA LÍNEA DELGADA.....	40
MELODÍA MISTERIOSA	46
ESCONDIDAS	53
GIFT.....	60
FRÍO O CALIENTE	67
LA PÁGINA 13	73
UNO EN MIL	79
DOCE AÑOS DE EDAD	86
¡PRUEBAS... PRUEBAS!.....	93
LA HISTORIA DE APPLEBY	100
DÓLARES y CENTAVOS.....	107
AMIGOS y ALIADOS	114
¿CUÁL ES CUÁL?	121
EL SIGNO	127
CAZA DEL ZORRO	134
COMBINACIÓN DESCUBIERTA	141
EL LIBRO DE BIBLIOTECA CIRCULANTE	147
LAS TRES COPAS	152
CÓMO SE ESCRIBE	159
DOS MUJERES.....	166
ENVÍO DE UNA SEÑAL	173
LA PIEZA FAVORITA.....	180
MEDIO FANTASMA	186
HABÍA UNA VEZ UNA JOVEN	193

EPILOGO	200
ÍNDICE.....	201

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>